

Superando *el odio*



David B. Smith
E. Lonnie Melashenko

Superando el odio

¿Qué tiene que hacer un cristiano... cuando le roban el auto? ¿Cuando es descartado para un ascenso laboral y la persona a la que él entrenó consigue el puesto? ¿Cuando su hijo es abusado sexualmente? ¿O asesinado?

¿Tragar saliva, y sólo "dejárselo todo a Dios"? ¿O los creyentes tienen derecho a tener sentimientos como el odio candente, o inclusive la furia?

Superando el odio nació de una serie de programas radiales, de tres semanas de La Voz de la Profecía, que establece la premisa de que no todo enojo está mal, sino que lo importante es lo que hacemos con el odio. Lonnie Melashenko, el orador de La Voz de la Profecía, y David B. Smith, el guionista, se asociaron para dar consejo sincero y ayuda a los creyentes que luchan con sentimientos de dolor, odio y deseos de venganza.

¿Qué haces cuando has intentado perdonar a la persona que te ha lastimado en repetidas ocasiones, pero simplemente no puedes? ¿Te enferma literalmente el odio no resuelto? Los cristianos, ¿deberían simular que lo que les pasó no importa? Los responsables, ¿alguna vez aprenderán a enmendar sus errores si seguimos excusando sus malas acciones? Estas y otras preguntas profundas están tratadas en este libro escrito para dar a los cristianos los principios bíblicos probados para manejar el odio, y una imagen de la disposición de Dios a quitar la agobiante carga de nuestros rencores atesorados.

E. Lonnie Melashenko es director/orador del programa de radio La Voz de la Profecía y autor de varios libros incluyendo *In the Presence of Angels* y *Stand at the Cross*.

David B. Smith, autor de más de veinte libros, escribe y produce los sermones para la emisión diaria de La Voz de la Profecía, y es pastor de la Iglesia Adventista de Ojai Valley.



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

ISBN 950-573-997-4



Superando el *odio*

UNA GUÍA DEL CREYENTE PARA SUPERAR HERIDAS,
ODIOS Y DESEOS DE VENGANZA

David B. Smith y E. Lonnie Melashenko

ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Título del original: *Rising Above Anger*, Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 2001.

Dirección editorial: Aldó D. Orrego

Traducción: Betina Pizzuto

Diagramación y tapa: Nancy Reinhardt

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

Primera reimpresión

MMVII - 2M

Es propiedad. © Pacific Press Publ. Assn. (2001).

© ACES (2004).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-950-573-997-4

Smith, David B. y Melashenko, Lonnie

Superando el odio. - 1ª ed., 1ª reimp. - Buenos Aires : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2007.
128 p. ; 20 x 14 cm.

Traducido por: Betina Pizzuto

ISBN 978-950-573-997-4

1. Superación personal. I. Betina Pizzuto, trad. II. Título.
CDD 158.1

Se terminó de imprimir el 28 de noviembre de 2007 en talleres propios
(Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

CONTENIDO

1. ¿Cuánto tiempo sostendrías una granada de mano? ...	5
2. Pena de muerte... y un poquito más	16
3. Odio retorcido en <i>The West Wing</i>	21
4. Tercera Guerra Mundial por un cuarto de frutillas ...	32
5. Una fisura en el cerebro	38
6. Estafado dos veces	49
7. "Hagamos de cuenta que no pecaste"	54
8. Cómo perdonar a un presidente no arrepentido	67
9. Perdón en una tabla de madera	73
10. Perdona nuestra suciedad	79
11. Gritándoles a los ciegos	84
12. Siempre furiosos con el Sr. Inconsciente	89
13. Entregándole tus rencores al Presidente	95
14. Perdonar siete veces	105
15. Muerte a larga distancia en la Playa Omaha	111
16. Cobrando fuerzas de la tormenta	117
17. Matemática absurda	123

NOTA DEL EDITOR: Como Estados Unidos es la ambientación de estos escritos (que son transcripciones de temas presentados por radio en dicho país), invitamos a los amables lectores a ubicarse mentalmente en dicho contexto cultural. Pues, para no perder el estilo particular de los autores, se conservaron frases, nombres, lugares, etc., muchas veces acompañados de una nota aclaratoria (al pie de la página y dentro del texto [entre corchetes]).

OI

¿Cuánto tiempo *sostendrias* una granada de mano?

“¡ESTOY TAN ENOJADO QUE REVENTARÍA DE UN TIRO A ESE MUCHACHO!” ES ASOMBROSO CUÁN RÁPIDAMENTE, CUÁN REPENTINAMENTE, PUEDE AFLORAR NUESTRO TEMPERAMENTO. EN EL DESTELLO DE UN INSTANTE, ALGUNA INJUSTICIA RECIBIDA, ALGÚN ACTO EQUIVOCADO COMETIDO CONTRA NOSOTROS, NOS PONE FURIOSOS. ¿PODEMOS ADIVINAR EL RESTO? LA BIBLIA DICE QUE ESA CLASE DE IRA NO ES CENSURABLE.

La película: una realización ingeniosa ganadora de un Oscar a la mejor actriz. *Dead Man Walking* [en su versión española, *Pena de muerte*] fue dirigida por Tim Robbins (1995) e interpretada por el actor Sean Penn (como el asesino convicto Matthew Poncelet) y la actriz Susan Sarandon (como la monja Helen Prejean). El libro que inspiró la película [escrita por la Hermana Prejean]: toda una epopeya. Es un estudio profundo acerca de la pena de muerte en los Estados Unidos, y esa devota monja católica se encuentra inequívocamente en la vereda de enfrente.

Hay muchas historias de crímenes atroces en ese libro: asesinatos en masa, asesinatos con violación, asesinatos con torturas. Chicas jóvenes que repentinamente desapare-

cen de sus pequeñas casas de campo donde vivieron durante toda su vida; mamá y papá esperan y esperan, mientras la policía recorre todo el campo buscándolas. La túnica de graduación de un joven cuelga en un armario; no ha sido usada. Fotos del baile de promoción en la mesa de la cocina... Y finalmente llegan las terribles noticias: "Señor y Señora LeBlanc, lo siento... encontramos el cuerpo de David".

¡Lo que hace el odio de estos padres aún mayor es que cuando llegan a la Corte, o cuando van a la Penitenciaría de Angola, ven allí a la Hermana Helen con el hombre que mató a su hijo! Ella está ahí con Patrick Sonnier, orando con él, confortándolo, luchando por una prórroga de su sentencia de ejecución. Parece como si la iglesia y, por extensión, Dios estuvieran del lado del enemigo, socorriendo y siendo cómplices, ayudando a que la propia tortura se prolongue.

La Hermana Prejean describe la experiencia de una pareja cuya hija fue raptada, violada y asesinada. Llevó varios días encontrar el cuerpo descompuesto en el bosque, por lo que la policía necesitaba un análisis de identificación positivo. Pero creían que sería demasiado para los padres, de modo que el hermano de la madre, que era dentista, fue a la funeraria y confirmó por medio de una restauración dental que se trataba de su sobrina.

El padre dijo más tarde: "El hermano de Elizabeth estaba destruido cuando volvió de la funeraria. Antes de meter su mano en esa bolsa llena de cal y sacar la mandíbula de Faith, decía que siempre había estado en contra de la pena de muerte. Pero ahora, después de aquello, estaba a favor".

Este libro que tienes en tus manos es una compilación de tres programas radiales. El más reciente es: "¡Tengo que tratar este rencor porque está ENFERMO!" También hay una serie de sermones en cinco partes titulados: "¡No puedo dejar de ODIARTE!" (un juego de palabras con la vieja canción *country* tan conocida de Hank Williams).* Y finalmente: "Qué hacer con el odio amado".

La mayoría de nosotros puede decir rápidamente:

* Hank Williams fue un famoso cantante norteamericano.

“He estado ahí, he pasado por eso”, refiriéndose a esas tres tramas humanas. Hemos sentido alguna vez ese odio corrosivo, destructor e interminable hacia cierta persona. Esa persona que te lastimó. Esa persona que siempre ha ganado a expensas de ti. Esa persona que saltó lugares hasta el principio de la fila, siempre tomando el lugar que tú deberías haber tenido.

Cierta vez, en su sección de deportes, el diario *Los Angeles Times* describió el estado emocional de una mujer cuyo esposo había sido dueño de un equipo de fútbol en la liga nacional. Poco tiempo después de su muerte se supo públicamente que había tenido una serie de relaciones extramatrimoniales. Su esposa nunca se había enterado; y ahora esta miserable suma de aventuras había salido a la luz.

¿Cuáles fueron sus pensamientos acerca de lo que su marido había hecho? Él ya estaba muerto, sepultado y yaciendo bajo tierra. ¿Era suficiente? Que él ya no estuviera, ¿era suficiente como para calmar su enojo y resentimiento? No. “Me gustaría sacarlo de la tumba”, decía, “y dispararle cada una de las balas que me fuera posible conseguir”.

Creo que a toda persona en este planeta le gustaría cambiar una palabra en la conocida canción de Hank Williams, y cantarla así: “¡No puedo dejar de ODIARTE!”** Esa expresión, esas cinco palabras, son irremediabilmente reales.

“¡No puedo dejar!” La gente lo intenta; realmente trata de perdonar, de reprimir o de ahogar sus sentimientos por esa persona en particular. Tal vez van a un pequeño grupo de apoyo, consiguen asesoramiento o hacen terapia; tratan de conectarse con su odio. (Aunque la mayoría de nosotros está en suficiente “contacto” con su odio.) Quizás inclusive arman sus valijas y se mudan a otra parte del país para intentar el tratamiento que reza el viejo dicho: “Ojos que no ven, corazón que no siente”.

Pero esa canción, ahora revisada, permanece en el primer puesto del *ranking* de música pop de nuestra psiquis: “No puedo dejar de ODIARTE; es inútil intentarlo”.

** La canción dice: “No puedo dejar de amarte”.

¿Qué podemos hacer con el odio? ¿Nos enseña la fe cristiana algo acerca del odio? ¿Nos provee respuestas que son mejores y más exitosas que las que se consiguen en charlas radiales y en libros de autoayuda?

Ciertamente la Biblia habla acerca del odio y comparte principios que se supone deben funcionar. Pero aun los mejores cristianos experimentan muy poco éxito al aplicar estas estrategias esbozadas en la Palabra de Dios. Los creyentes a menudo andan por la vida tan furiosos y con la cara tan encendida de rabia como el resto de la población. Pero ese no es un error de los principios. En realidad, esto se reduce a dos cosas: nuestro desgano y la enormidad del problema. La furia no resuelta es simplemente una tentación fulminante, una herramienta de increíble éxito para nuestro enemigo.

No sé si consuela el descubrir que la gente en la Biblia –inclusive algunos de los escritores bíblicos– tenía esos mismos problemas. ¿Has leído algún salmo? Cuando uno se aleja un poco del Salmo 23 y sus aguas de reposo y lugares de delicados pastos, algunos de los demás escritos del rey David ocurren en furiosos rápidos y pastos envenenados. Philip Yancey, en su último libro acerca del Antiguo Testamento titulado *The Bible Jesus Read* (La Biblia que Jesús leía), escribe: “No tienes que leer muchos salmos antes de encontrar algún pasaje problemático, arranques de furia escondidos como minas terrestres en medio de la poesía pastoril sosegada. Algunos parecen estar al nivel de epítetos de patio de escuela como éste: ‘¡Ojalá que te atropelle un camión!’ Esta clase de salmos se llaman ‘Imprecatorios’, a veces ‘Vengativos’, o, de un modo más terminante, ‘Salmos de maldiciones’, por todas las maldiciones que son derramadas sobre sus oponentes”.

El diccionario nos dice que una imprecación es una maldición lanzada contra alguien. Es esencialmente despotricar a los gritos. “¡Estúpido, feo, esto y aquello, ojalá que tu perro se muera! ¡Ojalá que un huracán se lleve tu casa! ¡Ojalá que se te corte el cable en la mejor jugada!”

¿Crees que estoy bromeando? Aquí tienes el Salmo 3:7: *"Levántate, Jehová; sálvame, Dios mío; porque tú heriste a todos mis enemigos en la mejilla; los dientes de los perversos que-brantaste"*.

De hecho, muchos de estos escritos tienen estos rasgos: "Señor, por favor, sólo enciérralos. Declara de alguna forma, con voz desde el cielo, que yo obré bien y ellos mal. Todo lo que quiero es justicia".

La Biblia cuenta muchas historias que nos muestran odios y resentimientos a punto de estallar. La saga de Jacob y Esaú es un clásico del Génesis. Dos hermanos mellizos que se odiaban mutuamente. Y con justa razón, porque Jacob había robado la "primogenitura" de su hermano mayor, también considerada herencia espiritual. Luego siguió engañando a Isaac, su padre ciego y que envejecía, poniéndose una piel de animal sobre sus brazos para que él lo sintiera tan velludo como Esaú. Y cuando el hermano mayor descubrió que había sido estafado, prometió venganza y destrucción sangrienta; Jacob tuvo que escapar a medianoche hacia Harán o Padan-aram, al noroeste de la Mesopotamia. Su hermano, así dice en Génesis 27:41, "...aborreció... a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido. Y dijo en su corazón: Llegarán los días del luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob".

Pasa por alto algunos capítulos hasta Génesis 32, ¡a un escenario unos 20 años más tarde! ¿Y qué encontramos? ¡El rencor aún está allí! La madre le había prometido a su hijo: "No te preocupes, cariño. Cuando Esaú deje de odiarte, te voy a mandar a buscar y podrás venir a casa..." pero 20 años más tarde ella no pudo enviar ese telegrama. El resentimiento de Esaú para con su hermano menor está a punto de estallar tan firmemente como dos décadas antes; de hecho, ¡él venía por la autopista con un ejército personal de 400 hombres!

Afortunadamente, al leer la historia, Jacob demuestra verdadero arrepentimiento y humildad, y además trae un gran regalo para Esaú. Pero Dios interviene y no hay derra-

namiento de sangre. Porque inclusive en los tiempos bíblicos hubo algo así como odio entre familias y antiguos resentimientos. Seguramente, “No puedo dejar de odiarte” era el tema favorito de Esaú.

Siglos más tarde, al leer el libro 1 Samuel, un nuevo monarca llamado Saúl, el primer rey de Israel, lucha contra el odio; de hecho, esa es su peor carga. Odia a David, el asesino de Goliat; odia las canciones que todas las chicas lindas cantan sobre este guerrero de moda en Israel: “Saúl mató a miles, y David a diez miles”.

¿Qué rey no se sentiría agraviado por una canción tan exitosa como esa que suena en todas las estaciones de radio a lo largo de todo Israel? Y pronto, “No puedo dejar de odiarte” también se convirtió en su mantra.* Varias versiones de la Biblia usan palabras como “odio”, “celos”, “abatido”. Enfrentalo, Saúl alimentó un resentimiento que simplemente no iba a desaparecer, aún cuando el joven David era una gran bendición para él personalmente por su destreza militar y su madurez espiritual. Aunque David era muy bueno en la administración de Saúl, él simplemente no podía dejar de odiar. Finalmente tomó una lanza y, literalmente, trató de colgar con ella a su enemigo a la pared del palacio; de hecho, dos veces intentó esa misma proeza desesperada e inspirada por rencor. (Una acción no muy inteligente, puesto que David era un tirador de lanza diez veces mejor que él.)

Bueno, quizá no haya lanzas volando hacia tu cabeza en el trabajo o en tu hogar, aunque probablemente tú estés tentado a tirar algunas, por lo menos verbales. ¿Pero qué cosas están provocando nuestro resentimiento, esa clase de odio que parece tener siete vidas y que simplemente no desaparecerá ni morirá?

En un artículo titulado “Handling Anger on the Job” (Manejando el odio en el trabajo), Susan Bixler, la autora,

* En el hinduismo y el budismo, sílabas, palabras o frases que se recitan, se repiten, constantemente durante el culto o la meditación para mantener un estado especial de la mente, el cuerpo y el espíritu.

comparte con los lectores de la revista *Management Digest* catorce disparadores de odio con éxito asegurado. Son éstos:

1. Tener un(una) jefe(a), o compañero(a), que regularmente critica tu apariencia.
2. Que a uno(una) lo(la) dejen plantado(a) en una cita.
3. Ser criticado(a) injustamente sin tener la oportunidad de responder.
4. Que a uno(una) le mientan deliberadamente.
5. Observar un trato descortés para con la(el) secretaria(río) o el(la) asistente.
6. Ver que un(una) compañero(a) de trabajo demuestra una indiferencia notoria hacia las reglas establecidas.
7. Quedarse atascado(a) con los “quehaceres domésticos”.
8. Trabajar con alguien que se rehúsa a admitir sus errores.
9. Tratar con alguien que interrumpe constantemente en tus reuniones y en medio de las conversaciones.
10. Tener un(una) colega que termina las oraciones por ti.
11. Tener que soportar llegadas tarde habituales.
12. Escuchar charlas interminables sobre temas que no están relacionados con los negocios.
13. Que traicionen tu confianza.
14. Que alguien te haga parecer inepto(a), mal informado(a) o completamente estúpido(a) frente a otros(as).

Cualesquiera de estos asuntos pueden hacerte enojar, pero algunas personas sienten que honestamente se enfrentan a las catorce juntas sobre la base de una semana de siete días. Hace unos pocos años, cuando La Voz de la Profesía dio un mensaje radial titulado: “La tarjeta de Navidad de Dios para Dilbert”, muchos oyentes respondieron: “¡Tengo que ver con eso!” La frustración y el resentimiento continuo

son muy, muy familiares a la condición humana.

¿Qué hacemos cuando en nuestra vida el problema simplemente no se va? Tal vez sea tu jefe, y él simplemente no se va a ir. No se va a jubilar, no se va a mudar ni va a ser arrollado por un tren. Le acercas esa tira cómica de Dilbert, y él no se da cuenta de que le estás dando un mensaje. Simplemente no lo “capta”. Y obviamente, esa persona vino a tu vida para quedarse; está instalada.

O probablemente sea un(una) colega de trabajo. O un padre o una madre, o un esposo, o una esposa, o un hijo. O tu cónyuge divorciado(a), que ahora vive a una cuadra con su nueva(o) noviecita(o)... y están juntos en la iglesia cada fin de semana. Todo esto habla de resentimientos y de la modificación canción *country*: “¡No puedo dejar de ODIARTE!”

Bueno, mientras como cristiano estudias este tema difícil y piensas acerca de Saúl y Dilbert, el primer concepto es simple: **No está mal enojarse.**

Eso es todo. No es pecado tener enojo en tu corazón. ¿Sabías eso? Efesios 4:26 lo dice muy claramente: “Airaos, pero no pequéis”.

Es interesante que Pablo está citando aquí... ¿adivina de qué fuente? Así es, de Salmos. De hecho, esa línea: “Airaos, pero no pequéis”, se encuentra exactamente cinco versículos después de esta diatriba de David: “Quebranta los dientes de los perversos”. Pero la Palabra de Dios (Sal. 4 y Efe. 4) nos dice que hay un tiempo y un lugar en donde el odio no es una emoción mala.

Eso tiene que ser reconfortante para algunas de las personas en los casos de estudio de la Hermana Helen Pre-jean, que ella misma comparte en *Dead Man Walking*. Ella estaba luchando contra la pena de muerte con todas sus fuerzas. Estaba tratando de rescatar a todos esos hombres del Corredor de la Muerte.* Pero también llegó a darse cuenta

* Así se denomina, en las cárceles de máxima seguridad de los Estados Unidos, al largo pasillo que conduce al condenado desde su celda hasta el lugar de ejecución.

del increíble dolor, del odio arrollador, sentido por las víctimas. Empezó a observar a los parientes heridos sentados del otro lado de la Corte, a la gente que esperaba desesperadamente que el Estado conectara el interruptor de electricidad para terminar con sus miserias. Sus rencores eran una carga agobiante.

Ella cuenta acerca de un hombre llamado Jimmy Christian, a quien la policía le dijo en 1988 que su hijo había sido asesinado. ¿Alguna vez los policías volvieron a él? Las autoridades, ¿quedaron en contacto con él? Ni una palabra. Con el tiempo escuchó “en la calle” que alguien había sido arrestado.

Otra víctima, Johnny Johnson, volvió un día de la iglesia y encontró a su esposa muerta. Con la garganta cortada. Lo único que la policía hizo fue arrestarlo a él por el crimen, siendo que su inocencia era firme y obvia.

Mildred Brewer un día presencié cómo le disparaban a su propia hija, allá por 1979. Pero en vez de dejarla ir en la ambulancia con su hija hacia el hospital, la policía la llevó hacia el cuartel general y desperdiciaron tres horas interrogándola intensamente. Durante esas tres horas, su hija murió. Cuando la policía finalmente arrestó a alguien, el fiscal ni siquiera se molestó en llamar a la señora Brewer para contactárselo.

Y por supuesto, estas historias se multiplican más y más, algunas en agonizantes detalles. Los padres esperando largos y horribles años mientras los asesinos de sus hijos se burlan del sistema, presentando una apelación tras otra. Los titulares en la televisión se mofan de ellos noche tras noche. Para ellos fue un momento brutal, una montaña rusa emocional.

No nos asombra entonces que la Hermana Helen y estas víctimas apesadumbradas, enojadas e indigentes –en sus reuniones de doce pasos con nombres como “Sobrevive”– propusieran como eslogan significativo: *Dios abre un camino donde no lo hay*.

Por tanto, algo de enojo no está mal. Alguien comete

un fraude en el trabajo o es poco amable, desleal o descor-
tés y cruel. Y ese primer impulso de odio o indignación po-
drían ser apropiados, especialmente según dice la Biblia,
cuando estamos enojados e indignados por el pecado y su
naturaleza destructiva. El pecado debería hacernos enojar
siempre.

En un librito maravilloso de Vera Sinton, *How Can I Forgive?* (¿Cómo puedo perdonar?), ella aclara este punto desde un principio: “Sentir odio cuando alguien te ha herido no está mal”. Luego agrega: “Es una reacción normal y la se-
ñal de una personalidad saludable”.

Ella sugiere que, así como el dolor es una señal im-
portante para el cuerpo de que algo está peligrosamente
mal, el enojo es a menudo una advertencia apropiada de
que algo está fuera de lugar. Luego continúa diciendo lo
mismo que la Biblia dice: el odio inicial es a menudo algo
bueno, algo necesario e inclusive justo. A Jesús mismo le pa-
saron cosas que causaron, en ese momento, un enojo bueno.
Pero aquí viene la segunda parte del diagnóstico. El odio
continuo, el odio que no acaba, el odio “rencor”... eso es al-
go diferente. Ese es dañino. Y peligroso. Y te coloca en un
camino que conduce al pecado.

Realmente tenemos que leer el versículo completo
de la Biblia, que siempre es una buena idea. He aquí Efesios
4:26 de nuevo, y por favor toma nota: “Airaos, pero no pe-
quéis”. Hasta aquí todo bien. Pero continuemos: “No se
ponga el sol sobre vuestro enojo”. Y el versículo 27: “Ni deis
lugar al diablo”.

Me gusta cómo la paráfrasis *The Clear Word* interpreta
este pasaje bíblico, porque se refiere directamente al resen-
timiento. “Si te enojas, no centres tu atención en tus senti-
mientos hasta que se conviertan en odiosos y degeneren en
pecado. Enójate con el pecado, pero no peques al enojarte
con el pecador”. Luego Pablo agrega en el versículo 27: “De-
cídete a superar cualquier enojo antes de que caiga la no-
che, o el diablo logrará establecerse”.

En su rutina, la comediente Phyllis Diller siempre se

enfrentaba a esta situación con el imbécil de su marido, Fang. "Nunca te vayas a la cama enojado", aconseja. "¡Quédate levantado y lucha!" Pero en algún punto, ella tiene razón. Es mejor quedarse levantado y arrojar almohadones por un rato; quedarse levantado y pelear antes que guardar rencor o quedarse furioso toda la noche, o durante un mes, o durante toda una vida.

Entonces, el consejo de la Biblia de la "puesta de sol" es bueno, aún siendo dolorosamente difícil; y aquí podríamos preguntar un enorme y universal ¿CÓMO? ¿CÓMO hacemos para no centrarnos en nuestros rencores? Ese estúpido jefe que está frente a nosotros cada día, de lunes a viernes, ¡además de recibir sus obsesivos faxes llenos de trivialidades todo el fin de semana! ¿Cómo podemos dejar de lado nuestro odio cuando cae el sol si los sentimientos encendidos de enojo no bajan también con él?

Philip Yancey, en una referencia a Miroslav Volf y el libro *Exclusion and Embrace* (Exclusión y aceptación), comparte otra opinión sobre las "imprecaciones": "Para los seguidores del Mesías crucificado, el mensaje principal de los salmos imprecatorios es este: la ira le pertenece primero a Dios (son de la clase de 'Quebranta los dientes de los perversos'). Esto no es mera catarsis de agresión reprimida ante el Todopoderoso, quien debería ocuparse de eso. Es mucho más significativo, pues al poner nuestra ira descuidada ante Dios estamos poniendo a nuestro enemigo Injusto y a nuestro propio ser vengativo cara a cara con un Dios que ama y hace justicia".

¿Eso es fuerte, no? Quizá podríamos decir que inclusive el enojo bueno es como una granada de mano que inesperadamente cae en tu falda. No es tu culpa. No está mal. Pero la espoleta está haciendo tictac. Entrégala rápido, antes de que caiga el sol esta tarde, al equipo de demolición divino.

02

Pena de *muerte*.. y un poquito más

SI PUDIERAS PONERLE UN CÓDIGO DE BARRAS O UNA ETIQUETA CON EL PRECIO A TU RENCOR FAVORITO, A TU ODIÓ MÁS ACARICIA-DO, ¿DE CUÁNTO SERÍA? ¿CUÁNTO COSTARÍA, EN PESOS Y CENTAVOS, HACER QUE VALGA LA PENA RENUNCIAR A ÉL? LA REALIDAD SORPRENDENTE ES QUE NUNCA LOGRARÁS AJUSTAR CUENTAS Y QUEDAR A MANO. NO PUEDES COBRAR TODO.

¿Has pensado esto alguna vez: “¡Fulano me hirió, realmente me lastimó! Pero si yo puedo hacerle ‘tal cosa’ a él, ¿estaríamos a mano?” Y esa “tal cosa” era algún acto sucio en devolución o un discurso maravillosamente apasionado, elocuente y penetrante pronunciado no sólo frente a tu enemigo, sino también ante 150.000 *fans* alentando, o alguna otra clase de castigo ideal. Un castigo absolutamente perfecto, hecho a medida por ti mismo, luego de dedicarle muchas horas de cuidadosa planificación. ¿Te suena? Creo que puedo oír todo un coro sonando en este preciso momento. Todos lo hemos hecho. Se llama “alimentar un rencor”, y muchos de nosotros tenemos título universitario en esto; de hecho, tenemos una licenciatura y un doctorado en esto de alimentar rencores.

Tal vez recuerdes una línea clásica de la comedia de bromas pesadas de 1973 titulada *The Sting* [en español, *El golpe*]. Ganó siete premios de la Academia, incluyendo el de

mejor película, y tal vez a la audiencia le gustó mucho porque era esencialmente una historia acerca de la búsqueda de venganza. El poco honrado banquero de Nueva York, Doyle Lonnegan, había mandado a dos de sus matones para que se deshicieran de un estafador de Chicago llamado Luther. Y toda la película gira alrededor de un guión en el cual el compañero de Luther, Robert Redford, y Paul Newman tratan de vengarse estafando a Lonnegan por medio millón de dólares en un negocio turbio de una falsa carrera de caballos.

Al final de la aventura, ellos embaucan al señor Lonnegan logrando una maleta llena de dinero en efectivo. Y Newman se da vuelta y le pregunta a Redford: "¿Está bien? ¿Es suficiente?" En otras palabras, ¿es este montón de efectivo suficiente como para compensar la muerte de tu amigo Luther? ¿Ha sido satisfecha tu venganza? ¿Estás feliz ahora?

Y Redford mueve lentamente la cabeza negando. "No", dice finalmente. "No es suficiente". Luego se ríe. "Pero está cerca, realmente cerca".

Esa línea antes de los títulos finales en *The Sting* en realidad dice mucho acerca de nuestros deseos de venganza. El punto fundamental es que no puedes llegar a eso. Puedes acercarte, pero de ninguna manera puedes lograr equilibrar la balanza. No puedes desquitarte. No hay "allí" allí, como dice el viejo dicho.

En su libro *What's So Amazing About Grace?* (¿Qué es lo tan asombroso acerca de la gracia?), Philip Yancey tiene un capítulo titulado "Ajustando cuentas". Algunas de las historias que comparte te dejan tambaleando; de veraz lo hacen. Pero al llegar a la mitad, él incluye una línea del gran escritor Lewis Smedes: "La venganza es una pasión por desquitarse. Es un deseo muy fuerte de devolver tanto dolor como alguien te ha provocado".

¿No es exactamente así? Tú me diste 50.000 voltios; yo quiero darte 50.000 voltios. Tú me causaste "X" cantidad de dolor o vergüenza; y yo no dormiré de noche hasta haber armado un plan para devolverte hasta el último centavo. Pero Smedes nos dice cuán infructuoso es esto: "El problema

con la revancha es que nunca consigue lo que quiere; nunca empata el resultado. La justicia nunca llega. La reacción en cadena causada por cada acto de venganza siempre sigue su curso normal sin obstáculos. Ata a los dos, al dañado y al que hace daño, a la escalera mecánica del dolor. Ambos están atascados allí siempre que la igualdad sea demandada, y esa escalera nunca se detiene, no perdona a nadie”.

Y por supuesto, la historia de este planeta es una historia salpicada de sangre acerca de cómo la gente simplemente no puede bajarse de la escalera de la revancha. Si intentas equilibrar la balanza, nunca lo logras. No puedes alcanzar la “paridad”; no hay forma. Porque por supuesto, tan pronto como tragas saliva para comenzar el proceso de devolución, tu enemigo (pensando exactamente lo mismo acerca de ti) empieza todo otra vez. No puedes ponerte al día. En realidad es como esa vieja política nuclear entre EE.UU. y la URSS: “MAD” (Destrucción Mutuamente Asegurada). Yo tengo tantos aviones de combate; tú tienes tantos aviones de combate. Yo tengo tantos silos con misiles nucleares; tú también los tienes. Fortaleciéndose, fortaleciéndose, más y más furiosos.

Sólo una página más adelante en el libro de Yancey, él cita a un teólogo llamado Romano Guardini, quien ve a toda nuestra raza humana en esta escalera de ida: “Mientras estés enredado en el mal y la venganza, golpe y contragolpe, agresión y defensa, serás constantemente atraído a un nuevo mal... sólo el perdón nos libera de la injusticia de otros”.

Helen Prejean, quien trabajó con Internos del Corredor de la Muerte y también con familiares de sus víctimas, plantea una pregunta: ¿Qué precio podría compensar el hecho de que este hombre, este violador, destruyó a tu hija adolescente? Él la violentó, la aterrorizó, la mató a quemarropa. Y ahora te preguntamos a ti, la madre de la víctima: ¿Alguna cierta cantidad de pesos equilibraría la balanza? Esa es la pregunta más estúpida del mundo. Un cierto número de años en prisión, una prisión terrible, ¿haría que las cosas estén bien?

¿Y qué hay con la muerte misma? “Ojo por ojo y muerte por muerte”, ¿sería suficiente para equilibrar la balanza y realmente traer paz a un corazón herido? Con sorpresa, la Hermana Helen Prejean dice que aún la silla eléctrica no fue suficiente como para pagar completamente por esos crímenes atroces. Este es su testimonio completo: “Ver-non empieza a llorar”, escribe. “Él dice que no puede recuperarse de la muerte de Falth. Ocurrió hace seis años, pero para él es como ayer, y me doy cuenta ahora, con Robert Willie (el asesino) muerto, que ya no tiene un objeto para su ira. También le quitaron eso. Sé que él podría ver morir a Robert mil veces y eso nunca lograría aliviar su pena”.

Y esta línea que sigue es muy elocuente: “Salió de la cámara de ejecución con su odio satisfecho pero con su corazón vacío. No, ni siquiera su odio satisfecho, porque todavía quiere ver a Robert Willie sufrir y ya no puede lograrlo más. Intenta apretar el puño y empezar a repartir golpes, pero el alre corre entre sus dedos”.

Una cosa es verdad: una historia como esta ayuda a poner nuestros propios rencores en perspectiva. Pero yo sé que mis heridas acariciadas en ocasiones siguen siendo preciadadas para mí, y las tuyas también. Puede ser que no estés esperando a las puertas del Corredor de la Muerte, listo(a) para encender fuegos artificiales y festejar. Pero probablemente haya una persona allí afuera ahora mismo, y has estado esperando mucho tiempo que una buena cantidad de sufrimiento cayera sobre su cabeza. Y aún el expediente de la Corte es dolorosamente claro: No puedes llegar allá desde aquí. No hay una olla llena de oro al final del arco Iris de la venganza.

La Biblia no lo expresa de ese modo, pero sí nos dice que ni siquiera intentemos ajustar cuentas. “No te encargues de devolver el mal por ti mismo; déjale eso al Señor” (Prov. 20:22, *The Clear Word*). Y exactamente un capítulo después: “Los Impíos acarrearán sobre sí mismos el sufrimiento que han causado a otros, y los transgresores terminarán pagando por lo que han hecho a los justos” (v. 18, *The Clear Word*).

Sé tanto como tú que, sin importar lo que la palabra de Dios intente decirnos, algo en nuestro interior nos va a decir que sigamos subiendo por la escalera mecánica que baja. Aún cuando nunca podamos llegar a la cima. Aún cuando no podamos reclamar una venganza perfecta. Tomaremos la venganza imperfecta si tenemos que hacerlo. Aceptaremos cincuenta centavos si es necesario. “Inclusive si el viaje no llegue a destino, disfrutaré el paseo”, pensamos. “¡Lo disfrutaré!”

Pero eso no es cierto. Vernon, ese padre con un corazón quebrantado en *Dead Man Walking*, encontró que nada acompañaba el camino a la venganza sino sólo la miseria. No hubo felicidad para él, ni siquiera al estar sentado en una pequeña sala una medianoche en Angola, viendo a un hombre caminar “la milla verde”^{*} y morir en la silla eléctrica.

Y es lo mismo para todos nosotros. Todos hemos visto el resultado de ese odio no resuelto y a punto de estallar. Siempre ha demandado un costo. Ha terminado mal en toda ocasión. Ha traído tristeza y daños espirituales, nunca satisfacción. Nunca.

Pero volvamos a ese versículo de Proverbios: “No te encargues de devolver el mal por ti mismo; déjale eso al Señor”. Si se necesita una restitución perfecta para algún enemigo tuyo, sólo Dios puede hacerlo. Sólo Dios puede castigar a la perfección. Sólo Dios puede ajustar de tal modo la balanza de la justicia que se equilibre al milímetro. Y lo hará. Él promete que lo hará. En su momento, a su manera y con su sabiduría e infinito poder. Pero tenemos que permitir que él lo haga. Tenemos que dejar que él muestre su poder y cumpla con su promesa a su manera.

Y allí mismo está el perdón. En entregarle todo a Dios y después bajarse de la escalera mecánica. “Que no se haga mi voluntad, sino la tuya”.

^{*} Al Pasillo o Corredor de la Muerte, que conduce al condenado a una muerte segura, se lo llama “la milla verde” porque sus paredes están pintadas de verde (una milla tiene 1.609 metros).

03

Odio *retorcido* en *The West Wing*

VOLÓ EN EL AVIÓN VICEPRESIDENCIAL DURANTE OCHO AÑOS. ESTABA EN LAS SOMBRAS MIENTRAS BILL CLINTON, ESE PRESIDENTE “MÁS GRANDE QUE LA VIDA MISMA”, RECIBÍA TODOS LOS APLAUSOS Y APARECÍA EN TODOS LOS TITULARES. Y LUEGO, DESPUÉS DE OCHO AÑOS DE ESPERAR TRAS BAMBALINAS, EL VICEPRESIDENTE AL GORE SE MARCHÓ CON... NADA EN ABSOLUTO.

Fue uno de los temas más calientes de la televisión Norteamericana por esos días, una vez que pasabas por los programas de sobrevivientes en islas desiertas. Pero la serie *The West Wing* (El Ala Oeste)* de la NBC, situado en la Casa Blanca de los Estados Unidos, nos da un cuadro penosamente perfecto del dolor causado por los celos y la codicia humana.

En este caso, Martin Sheen representa a un presidente progresista y demócrata llamado Josiah Bartlet. Y el interesante guión secundario trata sobre un vicepresidente, el Sr. John Hoynes, un papel pequeño representado por Tim Matheson. Y es realmente una parte *pequeña*. En el sitio de Internet oficial de la NBC, donde se describen los papeles principales, el del vicepresidente no se menciona. En algunos epi-

* Oficina de coordinación del presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca, y zona del edificio donde se desarrolla dicha tarea.

sodlos ni siquiera aparece en acción con los protagonistas.

Pero aquí tenemos a un hombre consumido por sus celos hacia el presidente. Lo odia. Lo detesta. Él debería ser el que se siente en ese gran escritorio de la Oficina Oval. De hecho, el episodio que abrió la temporada en octubre de 2000 reveló cómo, volviendo a las elecciones primarias, fue John Hoynes quien, en cierto momento, encabezaba los votos con 40 ó 45 puntos. Ahora él está por debajo de Bartlet, subjefe de Bartlet, asistiendo a bodas y funerales mientras ese hombre a quien desprecia gobierna el país. ¡Estamos hablando de un dolor que retuerce el estómago!

A menudo nos quejamos: “¡Tengo que tratar este rencor porque está ENFERMO!” Y la palabra “enfermo” está allí por una razón, porque el odio no resuelto y el resentimiento pueden de hecho enfermarte. Una vieja revista médica llamada “La Santa Biblia” también lo dice. Este es el diagnóstico de Proverbios 14: “Un corazón lleno de paz da vida al cuerpo, pero la envidia y los celos corrompen los huesos” (v. 30, *The Clear Word*).

Cuando tú y yo andamos por la vida a punto de estallar de resentimiento o celos, cuando albergamos odio o amargura en nuestro corazón, esto afecta nuestro corazón realmente. Te puede enfermar. Todos hemos experimentado los nudos físicos que pueden aparecer cuando permites que el rencor se instale justo en tu estómago.

No es sorpresa que la enemistad de ficción en este programa de televisión de la NBC tome sus bases de la vida real. Muy a menudo los vicepresidentes se mantienen aparte mientras que millones adoran y aclaman a su jefe. Cortan cintas para inaugurar pequeñas fábricas, mientras que el hombre importante vuela a Europa y Asia a bordo del Avión Presidencial.

En su biografía en dos partes titulada *Robert Kennedy and His Times* (Robert Kennedy y sus tiempos), Arthur M. Schlesinger, h., describe las frustraciones que consumían a Lyndon Baines Johnson, quien había tenido que permanecer a un lado mientras que a un joven millonario de Massachu-

setts, John F. Kennedy, le tomaban juramento en el poder. Johnson, una figura enorme y atractiva en el Senado de los Estados Unidos, un hombre acostumbrado a que lo adorasen, un hombre acostumbrado a salirse con la suya, ahora tenía que contar clips de oficina y sentarse tranquilamente en las reuniones mientras J. F. K. conducía ese programa llamado “Camelot”.

“Cada vez que entraba a la oficina de John Kennedy”, dijo más tarde Johnson, “me sentía como un... cuervo dando vueltas en el aire por sobre su hombro”. Y él odiaba eso. Lo odiaba por completo. “Detestaba cada uno de esos minutos”, confesó unos años más tarde. Y “minutos” llegó a ser una palabra predictiva, porque su tiempo frente a él se acortaba más y más. La secretaria de la Casa Blanca, Evelyn Lincoln, quien llevaba los registros, calculó que L. B. J. y Kennedy habían pasado diez horas y diecinueve minutos juntos en conferencias privadas en 1961. En 1963 habían disminuido a sólo una hora y 53 minutos. Ni siquiera dos horas juntos en todo un año. Y por supuesto, como saben los historiadores, después del asesinato y los siguientes cinco años antes de la tragedia de Los Ángeles de 1968, Johnson y el hermano de John Kennedy, Bobby, desarrollaron un odio mutuo que fue fanático, casi paranoico.

Helen Prejean describe en forma bastante extensa a los “heridos que caminan”, las víctimas de terribles crímenes con pena de muerte, las madres y los padres que perdieron a sus hijos. Muy frecuentemente las cargas y los rencores eran casi aplastantes. Excepto por la gracia de Dios, algunos padres simplemente no se recuperaron. “Estoy espantada al descubrir”, escribe esta monja católica, “que el porcentaje de divorcios de parejas que han perdido un hijo es del 70%... Encuentro que cuatro a siete meses después del asesinato es un momento crítico para los sobrevivientes, porque para esa época el shock y la parálisis desaparecen y el odio y la pérdida comienzan”. Luego ella agrega: “Descubro un nuevo significado para la palabra ‘aniversario’ ”.

Estos sentimientos no resueltos de odio y amargura

estaban literalmente envenenando a esas personas. No podían dormir, comer, relajarse o jugar. Todo lo que podían hacer era conspirar, planear, echar culpas y fanatizar interminablemente acerca de ajustar cuentas. Y como dice tan sencillamente la Biblia, después de un tiempo los huesos comienzan a corromperse.

En 1 Samuel 25 se cuenta de un hombre malhumorado y resentido llamado Nabal, quien, irónicamente, debería ser más alegre, considerando que es alguien más bien pudiente. Pero tiene el hábito de contestarle bruscamente a todo el mundo. Como Scrooge, en *A Christmas Carol* (Un villancico de Navidad), va por la vida cantando: "Odio a la gente". Y cuando el guerrero David, quien ha protegido silenciosamente los territorios, los rebaños y las tropillas de Nabal sin recibir su paga por un largo tiempo, manda una delegación en el momento de esquila las ovejas para pedirle algunas provisiones y unas jarras de jugo de uva, este hombre de rostro poco afable les contesta de una forma no muy educada y les dice que se larguen. Pero luego la esposa de Nabal, la hermosa Abigail, interviene y manda un enorme remolque lleno de provisiones y regalos para David y sus 600 hombres, evitando un derramamiento de sangre.

Sin embargo, esto es lo que le da impulso a la historia. Nabal se emborracha en una fiesta, y cuando su esposa le dice lo que ha hecho, cómo deshizo sus enemistades con el regalo que envió por la puerta de atrás, él tiene un ataque de histeria. Así es. "Se quedó como una piedra" (v. 37), dice la Nueva Versión Internacional. Y hablando de piedras, leemos que su corazón falla, tiene un paro cardíaco, y diez días más tarde este individuo está muerto y frío como una piedra. Me hace acordar de una cita de nuestra "segunda Biblia" en la Voz de la Profecía: ¡el *Reader's Digest*! La edición de noviembre de 1999, en la sección "Citas citables", nos dio ésta de Jim Scancarelli: "Una lengua afilada a veces corta su propia garganta".

El libro de Vera Sinton, *How Can I Forgive?* (¿Cómo puedo perdonar?), contiene en abundancia una imperturba-

ble sabiduría en sus 48 páginas. Y esta observación va directamente al punto que tiene que ver con las heridas físicas causadas por nuestros rencores. "Si el resentimiento es lo suficientemente fuerte", dice, "el estrés interno puede tener su efecto en el cuerpo. Todo doctor conoce a pacientes cuyas condiciones crónicas empeoran debido a resentimientos internos no curados. Entonces, el odio inicial puede ser saludable; pero, a largo plazo, el odio no curado es realmente muy peligroso".

Nuevamente, es real que un sacudón inicial de enojo pueda ser algo apropiado, un despertador necesario cuando algo anda mal: cuando ocurre un hecho de codicia, o cuando la injusticia se presenta delante de tus ojos. La Biblia nos dice que esa clase de odio, el primer impulso, no es pecado. Pero cuando te aferras a él, cuando alimentas un rencor y lo dejas seguir su curso durante cuatro u ocho años, mientras alguien más gobierna el país que creíste que por derecho divino debías gobernar, el resentimiento puede transformarse en un verdadero veneno, física y espiritualmente.

A una pequeña compañía de Texas le estaba yendo bastante bien, creando y manufacturando panfletos religiosos y otras cosas para que usaran grupos basados en la Iglesia. Tenían líneas telefónicas gratuitas, un buen equipo de ventas, y habían crecido al punto de tener cincuenta personas en la junta directiva. Sin embargo, lentamente se empezó a manifestar un problema dentro de la organización. En ella el lema siempre había sido: "Armonía"; la gente se llevaba bien y disfrutaba de la atmósfera cristiana. Pero por alguna razón, uno de los dos vicepresidentes comenzó lentamente a apartarse del grupo de diferentes maneras.

Lo primero podría haber pasado casi inadvertido. Pero él arregló un puesto para incorporar a su hermana, Moneta. Normalmente el departamento de personal publicaba las creaciones de nuevos puestos, y los empleados regulares eran los primeros en enterarse para aspirar al cargo. Pero sin ningún trámite burocrático, esta mujer que venía de Minnesota de repente estaba sentada en un escritorio. Bill había

utilizado sus contactos y había abierto una vacante para ella.

Menos de un año más tarde, ella consiguió un aumento de sueldo. Seis meses luego de esto, consiguió otro. Lo que lo hacía aún más difícil de digerir era que Moneta habitualmente llegaba tarde. Los demás llegaban a las 7:30; ella aparecía a las 10 o inclusive recién después del almuerzo. Esto parecía ser un rasgo familiar, porque después del receso de Navidad, Bill, el vicepresidente, parecía haber heredado las mismas tendencias que su hermana mayor a estar ausente. Pasaban días enteros donde él no atravesaba la puerta.

Y pronto hubo rumores alrededor de la máquina expendedora de café: “Revisan NUESTRAS tarjetas de entrada y salida en detalle, pero Moneta va y viene como se le antoja”. Desafortunadamente, con sus dos aumentos de sueldo, la Hermana Mayor cayó en el hábito de encargarle a uno de los empleados que hiciera un buen número de sus propias tareas. Él era un chico de apariencia muy joven, recién salido de la secundaria y dispuesto a causar una buena impresión, que muy pronto comenzó a quedarse después de horario para cubrir algunos de los informes de ella, esperando que Bill lo notara. Pero todo siguió como si nada, y las murmuraciones continuaron.

El otro vicepresidente, un hombre pronto a jubilarse, estaba tomando la actitud de no intervenir estrictamente. “No puedo meterme en esto”, decía rígidamente cada vez que un empleado juntaba coraje para quejarse. “Siempre y cuando el trabajo se haga”.

Y bien, Proverbios 24:19 y 20 pronto pasaron a ser textos claves para esta atormentada corporación: “No te entremetas con los malignos, ni tengas envidia de los impíos; porque para el malo no habrá buen fin, y la lámpara de los impíos será apagada”.

Ahora bien, quizá la palabra “malignos” sea demasiado fuerte como para usarla aquí. Pero el efecto sobre la moral colectiva *fue* el mal. La gente se molestó con esa escala de valores doble, y no pasó mucho tiempo para que las mur-

muraciones se convirtieran en quejas a viva voz. Irónicamente, esto creó una situación de “amor-odio”. Algunos de los empleados de hecho disfrutaron cuando este vicepresidente errante se sirvió de otros beneficios salariales o arregló otro ascenso de primera clase para sí mismo cuando se fue de viaje a la costa oeste. “Eso sólo prueba lo que hemos estado diciendo”, rumoreaban los empleados del departamento de envíos, dándose codazos unos a otros al hacer circular el último titular con malas noticias. Ya era casi una especie de feliz preocupación, ya que las opiniones negativas se confirmaban una y otra vez.

En poco tiempo toda esta gente se estaba yendo a la cama enojada, y se levantaba a la mañana siguiente igualmente frustrada. Tenían rabia en la ruta, y aún antes de sacar el auto del garage cada día.

Piensa acerca de otra clase de pecados con los que el enemigo nos hace tropezar al comenzar con el enojo. ¿Acaso no es verdad que mucho de nuestro resentimiento hacia otra persona tiene que ver con el orgullo, especialmente un orgullo herido? Esta hermana mayor llegó muy fresca y obtuvo un trabajo que no merecía, un trabajo que no había sido ofrecido. Algunos en la compañía pensaron que tenían oportunidad de alcanzar ese puesto. Creían estar más capacitados. Y entonces el orgullo estaba herido. Este vicepresidente y su pariente tenían oportunidades que los demás no tenían, y como resultado sus autoestimas recibieron un impacto.

Aquí hay otra secuela pecaminosa que usualmente sigue al resentimiento: no estar satisfecho(a) con el propio papel o lugar. Muy a menudo en el Nuevo Testamento la Biblia le habla a los cristianos de cómo cada persona es necesaria; cada persona en el cuerpo de Cristo tiene una posición valiosa que ocupar. Primera de Corintios 12 es explícito al enseñar esto. Pero en su odio, la gente que está furiosa de celos a veces llega a detestar su propia posición al ver que alguien más parece conseguir ilegítimamente una parte mayor.

Luego, por supuesto, nuestro odio a menudo provoca que bajemos la guardia en nuestra relación de fe con Jesús.

¿Es nuestro Dios capaz de corregir todo mal con el tiempo? Bueno, sí, creemos que sí. ¿Pero entonces por qué no lo hace? Esa confusión continúa; la política se vuelve cada vez peor y no vemos actuar a Dios. Es cierto, ese versículo en Proverbios parece aseverarlo: “Porque para el malo no habrá buen fin, y la lámpara de los impíos será apagada”. Pero ¿cuándo? Justo ahora el vicepresidente Bob está esquilando en los Alpes mientras tú estás todavía afuera, en la cubierta del barco, invirtiendo horas extras no pagas. Esa persona que odias parece tener una lámpara que brilla más y más, alimentada por todas las millas ilegales conseguidas por ser cliente frecuente, y Dios no aparece dispuesto a apagarla y terminar pronto con sus buenos tiempos.

En un aspecto un poco más suave –aunque quizá no *tan* suave–, es verdad que el dilema, el pecado del odio que continúa, inclusive lleva a pisotear el tercer mandamiento. Andar quejándose y protestando puede llevar a maldecir y blasfemar; ciertamente, así ocurrió en el baño de mujeres de esta compañía de Texas. Los(las) buenos(as) cristianos(as), que tanto lucharon con esta larga novela de prácticas laborales injustas, estaban cada vez más afilados en sus comentarios sobre todo el asunto.

Y por supuesto, el problema del pecado es sólo una parte de este tema. Cuando persistimos en una norma de odio, de acariciar nuestros propios dolores, realmente pagamos el precio físico. En su fascinante libro *The Ten Challenges* (Los diez desafíos), el Dr. Leonard Felder, un médico psiquiatra entrenado, relaciona el resentimiento con el sexto mandamiento, lo cual podríamos considerar casi como homicidio en primer grado. Él sugiere, sin embargo, que el cielo también nos está advirtiendo de los peligros del odio prolongado, del cuál Jesús mismo habla.

Luego Felder va directamente al sillón del psiquiatra, y revela cinco resultados que conllevan el albergar este tipo de trauma:

1. Un problema continuo con la comida, las drogas o

el alcohol, los cuales ayudan a entumecer el dolor prolongado que llevas dentro.

2. Un sentimiento de retener o de ser incapaz de relajarse en ciertas situaciones, las que te recuerdan el incidente doloroso del pasado.
3. Un enfriamiento tal de tu espíritu, que hace que a veces no puedas sentir alegría, experimentar intimidad o llorar las lágrimas que corresponden al adormecimiento psicológico dentro de ti.
4. Problemas dermatológicos, irritaciones estomacales y otros síntomas relacionados con el estrés, que pueden deberse a incidentes traumáticos de tu pasado.
5. Una tendencia a querer castigar o a levantar una barrera hacia tus hijos, tu pareja o tus compañeros de trabajo si te empujan o actúan irrespetuosamente hacia ti de un modo que impulsa nuevamente tu odio escondido.

Es una buena lista, ¿no? Y ciertamente el mismo enemigo, Satanás, a quien le encanta atraparnos en el pecado del odio, y luego tender sus otras redes, también se complace cuando herimos a otros física y espiritualmente a causa de vivir en un odio permanente. Él ama las paredes que terminamos construyendo entre nosotros y nuestras amistades y colegas. Es como una guerra que él construye interminablemente, escalando, formando la torre más alta que se pueda.

No hay respuestas fáciles. Recuerdo el título de una vieja película: *Men Don't Leave* (Los hombres no se marchan). Y en esa compañía, ese vicepresidente errante tenía ese trabajo. No se iba a ninguna parte, y su hermana mayor estaba instalada justo ahí, al lado suyo. Los trabajadores tampoco se fueron, ni salieron. Y los que sobrevivieron lo hicieron simplemente sumergiéndose en las promesas de Dios. Tuvieron que entregar ese problema cada semana y cada día, e inclusive cada hora, al Padre celestial que nos promete que TODAS las injusticias finalmente serán reparadas. Tuvieron que

confiar en que un Padre invisible algún día apagaría las lámparas de los egoístas y del poder inapropiado.

Y de una manera efectiva y silenciosa, eso en realidad era el perdón. Porque desde una perspectiva cristiana, el perdón NO implica que los actos de una persona no están mal. El perdón no dice: "Lo estamos ignorando". El perdón no dice: "No importa". Lo que en realidad dice es: "Estoy entregando este problema, este problema prolongado, a mi Dios, quien es infinitamente poderoso. Estas injusticias, que siguen 'ante mí', ahora son entregadas por completo a él".

Martin Luther King, h., una vez declaró: "El perdón no es un acto meramente ocasional: es una actitud permanente".

Entonces la solución verdadera es quizá dura de enfrentar, pero es realmente la única que ofrece una promesa. **Entregale tu odio a Dios.** Si te aferras a tu odio, vas a ser destruido(a), porque los rencores y el resentimiento son una escalera mecánica de una sola mano hacia la ruina. Tú simplemente no puedes, con tu propio poder de venganza, equilibrar la balanza. No puedes pagar con la misma moneda.

Vera Sinton, en un capítulo posterior titulado "El papel del amor", escribe sobre los momentos en que nuestros rencores se dirigen hacia una persona con la que hemos tenido una relación cercana: tal vez un hijo o un cónyuge. ¡Y amamos a esa persona! Pero ahora esa pequeña herida, esa irritación insignificante, ha crecido a tal punto que llegó a ser mayor que el mismo amor. "Perdonar será difícil y dolerá", dice la autora. "Pero también sabemos que a la larga nos va a lastimar aún más el perder su amor".

Sí, perdonar es difícil. Es un acto de fe. Es la disposición a esperar, mientras Dios, el Juez justo, se toma su propio tiempo para equilibrar todo lo bueno y lo malo del mundo. Porque al final, sería un dolor mayor el perder a la persona que amas. Y aún si en este momento estás detestando a alguien que de verdad odias, tu rencor también te va a causar más dolor.

Imagino que el brillante guionista televisivo Aaron Sorkin, quien alimenta las líneas cargadas de celos de este

vicepresidente de ficción, John Hoynes, no quería que leyera en Proverbios: “No sean envidiosos de la gente deshonesto [o inclusive honesta] que tiene más que ustedes; dejen que el Señor sea el centro de vuestras vidas”.

Sí, “permite que el Señor sea el centro de tu vida”. Para el vicepresidente que hay en todos nosotros, esta es la mejor calcomanía para autos que hay en la ciudad.

4 Tercera Guerra Mundial por un cuarto de frutillas

UNA MUJER CON SUS SENTIMIENTOS HERIDOS TENÍA IDEAS DESCABELLADAS COMO ÉSTA: "DEBERÍA INICIAR UNA DEMANDA. REALMENTE DEBERÍA CONSEGUIRME UN ABOGADO Y DEMANDAR A ESE FULANO HASTA QUE QUEDE EN RUINAS". PERO FINALMENTE SE CALMÓ, Y SE DIO CUENTA DE QUE DEMANDAR A SU INSTRUCTOR DE MANEJO POR HABER REPROBADO EL EXAMEN PROBABLEMENTE ERA REACCIONAR DEMASIADO.

Era un barco barreminas de la Marina, en aguas hostiles en los momentos más críticos de la Segunda Guerra Mundial. Y el capitán estaba nerviosísimo, a punto de comenzar una investigación a gran escala. El hurto estaba ocurriendo a bordo del barco, y el capitán delineaba su estrategia exhaustiva de exponer a la parte culpable.

Bueno, si esta historia no te es familiar, el plan del capitán constaba de cuatro partes.

Primero, cada hombre a bordo del barco (y había una gran cantidad), debía escribir bajo juramento una declaración acerca de su paradero durante la noche en cuestión, desde las 23:00 hasta las 3:00, tener dos compañeros de tripulación que lo justifique y firme, y entregar todas las decla-

raciones para las 17:00.

Segundo, como el capitán estaba convencido de que alguien a bordo tenía una llave ilegal, cada una de las llaves a bordo del barco debía ser marcada con el nombre del dueño y entregada al oficial ejecutivo.

Tercero, asegurarse de que todas las llaves tuvieran su justificativo, y Steve, el oficial, suponía que podrían haber unas 2.000 desparramadas por todo el barco, los oficiales debían conducir una búsqueda minuciosa en ese enorme barreminas: de proa a popa.

Cuarto, para garantizar que el marinero culpable no tuviera la llave escondida en su zapato, cada uno de los hombres a bordo tenía que ser requisado sin ropas.

¿Todo esto suena simple? Bueno, Steve Maryk, el oficial ejecutivo, no pensaba que eso fuera sencillo. No creía que pudiera tener una mínima oportunidad de funcionar. "Capitán", le dijo, "aún si hubiera una llave de contrabando a bordo, el hombre que lo hizo simplemente la arrojaría por la borda. O la escondería. Hay un millón de lugares en este enorme barco donde no encontraríamos una llave aún si buscáramos durante 50 años".

Pero el Teniente Comandante Philip Francis Queeg insistió en que él podría encontrar la llave y que sus hombres comenzaran con el Plan Uno, y siguieran con el Plan Dos, Plan Tres y Plan Cuatro para descubrir esa llave y restablecer un estado de ley y orden en el *USS Caine*.

Esta es una de las historias navales más grandes de todos los tiempos, contada de un modo muy convincente por el novelista Herman Wouk. Tal vez has visto la película *El motín del Caine*, donde Humphrey Bogart hacía rodar pequeñas bolitas de acero en su mano mientras el tifón atacaba, y más tarde, cómo Barney Greenwald lo expuso inexorablemente como un capitán paranoico y mentalmente incapaz que merecía ser reemplazado.

¿Pero qué tiene que ver esta historia de llaves y tormentas y el Artículo 184 de la Marina con el tema de rencores y venganza? Ciertamente, los hombres a bordo del *Caine*

estaban a punto de estallar de rabia contra el capitán; pensaban interminablemente en diferentes formas de deshacerse del "Viejo Yellowstain", incluyendo arrojarlo por la borda en una noche sin luna. Y considerando el resentimiento de Willie Keith, Maryk, Keefer y los otros, el principio espiritual a tener en cuenta es simplemente este: **A menudo mantenemos un rencor en algún área en la cual estamos sobredimensionando la situación enormemente.**

Humphrey Bogart quería poner patas para arriba el barco ¡en tiempos de guerra, con balas volando por el aire y submarinos enemigos al acecho alrededor de ellos en aguas oscuras y verdes! Y quería buscar una supuesta llave perdida... a causa de un cuarto de frutillas que faltaban.

Eso es todo. Un cuarto de frutillas desaparecido. Y Queeg decidió que alguien había robado las frutillas; entonces, alguien tenía que tener una llave, y él iba a encontrar esa llave. Luego Maryk llama a los hombres a cubierta y los hace desnudar para registrarlos, y limpia ese barreminas entero desde el cuarto de las calderas hasta la torreta del vigía, y detiene la Segunda Guerra Mundial para encontrar esa llave, porque tiene que haber una llave... porque se ha perdido un cuarto de frutillas. Un cuarto de frutillas.

La conclusión es esta: No inviertas un millón de dólares en una campaña de rencor por un problema de 50 centavos. Allí en el *Caine*, Maryk le dijo a Queeg, cuando daba sus órdenes insensatas: "Señor, permítame preguntarle, con el debido respeto: ¿Vale la pena hacerle todo esto a la tripulación por un cuarto de frutillas?"

Jesús mismo trató de enseñarle a sus seguidores la importancia de mantener una perspectiva sana de las cosas. En su famoso Sermón del Monte, que se encuentra en Mateo 5, él da este consejo: "¿Por qué eres tan criticón con tu hermano cuando probablemente tienes faltas mayores que las que tiene él?" (v. 3, *The Clear Word*).

Podrías recordar la metáfora de la Reina-Valera sobre la paja, o pequeña astilla, en el ojo de tu prójimo, por la cual te ofreces a ayudar voluntaria y amablemente... mientras hay

una enorme viga de dos metros por cuatro en tu propio ojo. “¿Cómo esperas ayudarlo”, pregunta Jesús, “cuando ni siquiera puedes ver tus propios errores?”

El número de enero de 2000 del *Reader's Digest* tenía este tesoro inspirado de Georges Courteline: “Si fuera necesario tolerar en los demás todo lo que uno se permite a sí mismo, la vida sería insoportable”.

Y en algunas de las parábolas de Jesús se nos recuerda de nuevo que tenemos que tener en mente ese cuarto de frutillas. Por ejemplo, a alguien con quien trabajas le dan cinco talentos, mientras que tú recibes tan sólo dos, o inclusive sólo uno. Y Cristo, en esa famosa parábola, dice esencialmente: “No se preocupen por eso. Tan sólo sean fieles con esos dos o ese uno que tengan”. O trabajas todo el caluroso día cubierto de sudor para conseguir tu sueldo, y alguien más trabaja sólo una hora, en la parte del campo que tiene más sombra, y durante la hora más fresca del ocaso, y le pagan exactamente lo mismo que a ti. ¿Qué dice Jesús? “No te preocupes por eso”. Pedro descubre que al final de su vida va a morir como un mártir, inclusive una muerte en una cruz. Entonces, por supuesto, le pregunta inesperadamente a Jesús: “Señor, ¿y que hay con Juan? Tú que conoces el futuro, ¿qué va a ocurrirle a él?” ¿Qué dice Jesús? “No te preocupes por eso”.

Y realmente eso es todo. ¡No te preocupes por eso! Porque si eres vertical con Dios, si tienes una relación de nuevo nacimiento y salvación con el Salvador del universo, y vas a vivir billones de años en una mansión celestial, ¿no parecen reducirse, hasta llegar al nivel de un cuarto de frutillas, la mayoría de nuestros problemas aquí abajo? Quiero decir, ¿no se reducen realmente?

Algunas veces nos enojamos tanto por nuestros dilemas, nuestros rencores. Y luego leemos un libro como *Dead Man Walking*, donde la gente soporta injusticias increíbles. Sus propios hijos violados, descuartizados, asesinados. Y eso nos ayuda a mantener nuestros propios resentimientos en perspectiva. Jesús nos está diciendo aquí: “Amigo, cuando

apiles todas las heridas de tu vida frente a la centralidad de la cruz, ellas van a perder su magnitud”.

Recientemente mi hija Karli se fue a la Universidad de Cal Poly en San Luis Obispo. Lisa y yo estábamos encantados cuando finalmente la asignaron con otra jovencita cristiana. Pero, como nuevas compañeras de habitación, y las que son elegidas al azar a veces lo hacen, hubo que hacer algunos ajustes al intentar aprender a tratarse, a adaptarse a los caprichos de la otra persona, horarios de dormir elegidos, etc. Y cuando Leah, por su propia cuenta, invitó a algunos amigos al cuarto para un grupo de estudio de la Biblia semanal, y no consultó a su compañera de cuarto, bueno, hubo un poco de tensión. ¿Chicos extraños en mi cuarto? ¿Sentados en mi cama? ¿Quizá tomando prestado un lápiz de mi escritorio sin permiso? Deberías haber preguntado antes, ¿no te parece? Esa clase de cosas, y por un par de días, hizo que el rencor se sentara entre ellas.

Ahora, éste era seguramente un pequeño dolor del tamaño de una pizca de aserrín, quizás un litro o medio litro de algo simple, o una cucharada de frutillas. Pero no valía la pena una Tercera Guerra Mundial, eso es seguro.

Y entonces, sólo un día o dos después de esta pequeña escaramuza de “sublevación del *Caine*”, Leah recibió un llamado telefónico de su casa. Había ocurrido un accidente aéreo. Dos de sus mejores amigas habían estado en aquel avión. Ahora una estaba seriamente lesionada, la otra muerta.

Y de esta forma, el paradigma en esa habitación de Cal Poly fue diferente. ¡Un amigo cercano estaba muerto! ¡Leah estaba acongojada! ¡Su hermana en Cristo, afligida! Con eso en mente, realmente, ¿valía la pena que Karli se preocupara por un par de chicos en su cuarto que desarrugaban el acolchado sobre su cama mientras tenían un grupo pequeño de estudio de la Biblia? ¿Valía la pena pelear por eso, cuando ese era el momento de cerrar filas y luchar contra el enemigo en común?

Nuevamente, esta es otra frase de la “Escritura” que

es nuestra segunda Biblia: el *Reader's Digest*, el número de mayo de 1999: "El arte de ser sabio es el arte de saber qué pasar por alto" (William James).

Escucha amigo, no pases por alto la cruz. Pasa por alto el resto.

05

Una *fisura* en el cerebro

A VECES SE LA LLAMA SONATA DE UNA NOTA, O VIOLÍN DE UNA SOLA CUERDA. Y ES LA SINFONÍA DE TU ODIO, TU RENCOR CONTRA CIERTA PERSONA. A VECES LITERALMENTE PERDEMOS HORAS POR DÍA OBSESIONÁNDONOS, ECHANDO CULPAS, ALIMENTANDO MENTALMENTE LA REVANCHA QUE PARECE NO MATERIALIZARSE NUNCA.

Recientemente ella ha recibido bastantes críticas en el mundo de las relaciones públicas de los medios, pero tengo que hacer una confesión: me gusta un libro escrito en colaboración por esa celebridad de radio llamada Schlessinger, mejor conocida como Dra. Laura. Existe una buena cantidad de revelación que puede encontrarse en esa obra titulada *The Ten Commandments: The Significance of God's Law in Everyday Life* (Los Diez Mandamientos: El significado de la ley de Dios en la vida diaria). Una vez escribí unos programas de radio donde compartía algún material del capítulo 10, que trata sobre la tentación de la codicia: el estar disconformes con las cosas que tenemos y ofendernos con la gente por las cosas que ellos tienen.

Por supuesto, la tendencia a guardar rencor, a alimentar un rencor, es parte esencial de cada tentación; de modo que fui a los archivos de su radio para encontrar una anécdota que ilustrara el dilema. Y la Dra. Laura cuenta so-

bre una mujer que llamó a su programa y confesó que estaba siendo consumida por sus celos y resentimientos hacia un amigo que había conseguido un trabajo importante.

¿Te ha pasado esto alguna vez? Alguien más está en la cima de la felicidad: nuevo empleo, auto nuevo, vacaciones caras. ¡Y esa persona es tu amigo(a)! Porque al comparar tu boleta de compras con la de ellos, tu álbum de fotos Polaroid describiendo tu viaje a Fresno en un Winnebago* con su álbum digital sobre Dinamarca y el Danubio azul... comienzas a alimentar un rencor.

Y gritas a cualquiera que quiera escuchar: “¡Tengo que atender este rencor porque está ENFERMO!” Pero piensa en lo que una enfermera hace. Él o ella dan vueltas alrededor de ti, por lo menos durante los días previos al momento en que la obra social se hace cargo, prestándote atención. “¿Está usted cómodo?” “¿Le consigo otra almohada?” “Aquí hay una píldora para bajar la inflamación o calmar su dolor”. “Sírvese un vaso de agua”. “Aquí tiene una bandeja de riquísima gelatina de la cafetería”. Te hacen el centro de atención, el centro de sus propias vidas.

Y cuando atendemos un rencor, ¿no es eso lo que hacemos? Prestamos interminable atención al dolor, a la envidia. Pasamos la escena una y otra vez en nuestra mente, inflando los almohadones alrededor de nuestro dolor, dándole a nuestro ego dañado toda clase de medicamentos para que pueda crecer y florecer. No queremos que a nuestro rencor le den el alta en el hospital; no, sino que deseamos que esté lo más sano posible en la unidad de terapia intensiva.

Entonces se nos aconseja poner nuestra mente en otros temas, otros intereses. No alimentes un rencor ni des de comer a los leones hambrientos de resentimiento. Y allí es donde comienza el debate difícil. ¿Cómo cambiamos una mente cuando se trata de *nuestra* mente?

Aquí tienes otro retorcido renglón que continúa ese poquito de sabiduría del tema *country* de Hank Williams: “No

* Marca de fábrica. Casa rodante.

puedo dejar... de ODIARTE. Es inútil decirlo. Entonces sólo viviré mi vida en sueños del ayer". ¿Recuerdas esa parte? Y a veces, cuando estamos enojados, tomamos una decisión consciente de seguir enfocando ese mal sueño del pasado, ese recuerdo negativo. Elegimos ofendernos y estar continuamente enojados.

Pero ¿por qué? Reiteremos una vez más –y parece extraño enfrentar esta realidad–: ¡el resentimiento es algo divertido! Es un sentimiento de justicia propia, autocompasión, autojustificación; y "auto" es una de nuestras palabras favoritas. A todos nos gusta un poco de consentimiento, aún si tenemos que hacerlo por nuestra propia cuenta. Como Eric Hoffer, un filósofo estadounidense de años atrás, observó irónicamente en su libro *The Passionate State of Mind* (El estado mental apasionado): "¡Tener un motivo de queja es tener un propósito en la vida!"

Una vez alguien notó que hacer que una enemistad siga adelante ¡cuesta mucho trabajo! Y a veces encontramos ese trabajo casi placentero. Y sin embargo, al enfrentar lo que Dios quiere que seamos, mientras consideramos el efecto venenoso del resentimiento a largo plazo, en el fondo sabemos que necesitamos ser liberados. Especialmente cuando tratamos de medir cuán herida resulta la iglesia, y cómo la misión de Dios en este mundo es estorbada por nuestros odios.

¿Qué le recomendó la Dra. Laura a su oyente envidiosa? "Sugerí que ofreciera una fiesta de agasajo para su amigo", dice, "o que enviara una nota de felicitación, o algo que expresara exactamente lo opuesto a aquello que su envidia podría guiarla a hacer".

¿No sería difícil hacer eso? ¿Escribir una nota de elogio a esa persona cuyo triunfo te hace estar a punto de estallar de ira? Ese es un diagnóstico fuerte, doctora, y una prescripción aún más dura. Pero nota cómo resulta eso: "Cada vez que hice esa recomendación", escribe la Dra. Schlessinger, "el(la) oyente expresó alivio inmediato de la fea carga que había estado llevando, así como un sentimiento más

positivo. Al contemplar la buena acción, sus mentes retornaron a buenos pensamientos. No sólo los buenos pensamientos resultan en buenos actos, sino que también pueden hacer que el buen juicio resucite”.

Entonces, aquí en el capítulo 5, esta es nuestra meta para el día: **Decide no alimentar tu dolor.**

Cuando alimentamos un rencor, ¿de qué se llena nuestra mente? De malos pensamientos, por supuesto. Ensayamos y practicamos las cosas airadas que nos gustaría decir; mentalmente acariciamos la imagen de ese enemigo recibiendo su justo castigo. Ponemos sobre un altar el momento cuando serán apartados del sacerdocio, degradados, despojados de sus glorias mal habidas, puestos al descubierto demostrando lo cretinos y vacíos que sabemos que son en realidad. Jugamos con esa escena en nuestras mentes; jugamos y jugamos. Pensamientos negativos, dando vueltas alrededor, apilándose uno sobre otro, creciendo desde un grano de arena hasta llegar a ser una montaña que empequeñece al Everest por su sombra. Pero nota esta observación lógica de la Dra. Laura: Un buen acto hace que tu mente retorne a los buenos pensamientos. Lo que queremos arriba son buenos pensamientos, no negativos. Queremos darle a la enfermera su funda de almohada rosa y decirle que sus servicios ya no son necesarios.

C. S. Lewis, el gran escritor cristiano, pasó largos años intercambiándose correspondencia con una mujer norteamericana a la que nunca conoció. Durante casi trece años, a pesar de su agenda completa, este estudiante ocupado, a menudo fatigado y cansado por trabajar demasiado, se tomó un tiempo para contestar su carta a mano, respondiendo sus preguntas espirituales, aconsejándola sobre las tentaciones y congojas que estaban invadiendo su alma. Ella debe de haber sido una persona más bien rencorosa y excéntrica, porque sus respuestas, publicadas en un libro luego de su muerte, *Letters to and American Lady* (Cartas a una dama norteamericana), a menudo trata con este tema de alimentar rencores. ¿Qué debería hacer una persona cuando la lucha

con el resentimiento simplemente no se va del cerebro? ¡No se va! El odio no disminuye. Apparently, “Mary” debe de haber tenido un enemigo verdadero al acecho en su vida. Y observa el diagnóstico que comparte el Dr. Lewis, o “Jack”, al firmar estas más de 1.000 cartas:

“No debo alentarla a seguir pensando en ella”, escribe el doctor. “Eso, después de todo, es casi el peor mal que la gente rencorosa nos puede hacer: convertirse en una obsesión, para perseguir nuestras mentes”.

Y su próximo consejo suena como una prescripción tan desdichada como la que la Dra. Laura escribiera en su bloc de notas. “Una breve plegaria por ellos y después a otro tema; ese es el asunto, si uno puede circunscribirse a eso”.

¿Es esto posible? Si Jesús oró por sus enemigos... ¿es realmente posible que tú y yo hagamos lo mismo? Por supuesto, también debe notarse que Jesús toleró más de lo que nosotros toleramos, y él oró por las personas que estaban martillando clavos en sus manos y pies *mientras los martillazos ocurrían*. ¿Podemos orar por nuestro enemigo? ¿Podemos orar por las personas de las cuales hemos estado despotricando y con las cuales estamos furiosos?

Y entonces nota este desafío acerca de esa canción que suena adherida a nuestros cerebros: “A otro tema”. Esa es una de las cosas más difíciles de hacer en el mundo. “¿Pasar a otro tema?” Porque el tema nos ha calado profundo, no alejándonos de él. Todos los caminos conducen a Roma, y Roma es el lugar donde levantamos nuestro magnífico altar de odio. Nuestra mente se inclina naturalmente hacia el entrañable odio, no hacia el otro lado. Y aún así, ésta es la forma en la que se nos aconseja que actuemos: “A otro tema”.

El Dr. Lewis escribió esa misma carta el 10 de marzo de 1954. Dieciséis páginas más adelante en el libro nos lleva directamente al 21 de junio de 1955, más de un año más tarde, y el rencor sigue aún en terapia intensiva, recibiendo un montón de atención. Entonces él escribe esto: “Siento mucho lo de sus dos compañeros celosos”. Esta metáfora es más interesante. “Supongo que cuando uno tiene espinas en la

carne –y hasta que logramos sacárnoslas–, la cuestión es no presionar el lugar donde están clavadas; por ejemplo, frenar los pensamientos que uno tiene (fírme pero suavemente: ninguna cachetada a uno mismo; eso sólo incrementa el problema)”.

¿No es esa una ilustración que irrita los pensamientos? Tienes esta espina incrustada en tu brazo. O, en este caso, tu mente. La mayoría de las veces no es un problema tan grande... sólo un cuarto de frutillas. Pero tienes la tendencia a magnificarlo más allá de la razón. Pero entonces tú presionas sobre ella. Piensas en ella, te obsesionas con ella. Y entonces duele.

Por supuesto, te gustaría extraerla y arrojarla afuera, pero hasta que llegue el tiempo cuando puedas hacerlo, Lewis escribe, ¡sólo deja de presionar sobre la herida! ¡Deja de insistir en eso! ¡Deja de atenderlo! Haz esa oración rápida, y luego fuerza tu mente a salir de ahí. Si tu mente regresa sigilosamente marcha atrás veinte segundos más tarde, fuérzala de nuevo a salir. Escucha buena música cristiana en tu equipo musical. *¡Escucha La Voz de la Profecía o Una Luz en el Camino!* Lee un capítulo de la Biblia. Siéntate y haz una lista de todas las cosas buenas que Jesús ha hecho por ti, empezando por la cruz y el Calvario y siguiendo a partir de eso. Pero sigue alejándote, y alejándote. Encontré en mi propia vida –seguramente no tanto como quisiera– que si buscamos la ayuda de Dios, ciertamente es posible evitar, suave pero firmemente, que nuestros pensamientos se dirijan hacia el rencor favorito.

Algunos de nosotros nos pescamos en la ducha a la mañana pensando acerca de esa persona con la que estamos enojados. O tal vez al salir en la caminata vespertina o correr con dificultad por la pista de cinco kilómetros en las primeras horas de la mañana. Estos son momentos cuando estamos tentados a ensayar ese mismo discurso entrañable pero anticuado. Es un discurso que en realidad nunca llegamos a pronunciar, ¡pero insistimos en practicarlo!

Y entonces Lewis nos aconseja, y la Biblia nos aconseja,

seja: “¡Sal de ahí!” Haz una oración por esa persona, ¡y después ordénale a tu mente que siga adelante! ¡Que pase a otro tema! Como dice la gente en estos días: “¡Vive tu vida!” Si respiramos una plegaria, pidiendo la ayuda de Dios, y luego deliberadamente ponemos nuestra mente en otro tema, ¡la mente puede ser dirigida! “¡Suavemente pero con firmeza!” podemos pasar a niveles superiores.

Por supuesto, puede ser necesario tomar la misma decisión ¡diez o quince minutos más tarde! El mismo C. S. Lewis menciona en otro libro que cuando Jesús habló a sus discípulos acerca de perdonar a alguien 490 veces, bien podría haber implicado el perdonar a una persona 490 veces por la misma cosa, el pecado cometido sólo una vez. Pero tenemos que seguir perdonando mentalmente una y otra vez, alejando nuestra mente resueltamente de ese pozo negro de odio acariciado vez tras vez.

En su libro *Beyond Ourselves* (Más allá de nosotros mismos), Catherine Marshall recomienda esta oración: “Señor, me has dicho lisa y llanamente que toda la venganza es tuya, de ninguna manera un asunto mío. Has dicho que debo perdonar. Estoy dispuesta(o) a hacerlo, pero he intentado una y otra vez, y el resentimiento sigue resurgiendo. Ahora te entrego esta amargura a ti. Aquí te lo entrego con mi mano abierta. Sólo prometo que no volveré a cerrar mi puño y reclamar el resentimiento. Ahora te pido que lo tomes y manejes estas emociones que yo no puedo dominar”.

La Biblia nos dice en Romanos 3: “*Sí, todos han pecado; ninguno alcanza el ideal glorioso de Dios*” (v. 23, TLB). “*Ninguno de nosotros alcanza la gloria de Dios*”, dice en la versión King James. Esa persona con la que te ofendiste tan amargamente es sin duda un pecador. La Biblia lo dice. Pero tú también lo eres, y también lo soy yo. La raza humana es una colección diversificada de gente bastante desesperanzada. Tal vez haya diferentes matices de iniquidad y egoísmo, pero dudo que esos matices le importen mucho a Dios. Tú y tu enemigo están en la misma situación de necesidad.

Entonces, si es difícil orar por esa persona estúpida,

ese(a) cruel e insensible hombre(mujer), tranquilamente podría estar bien, ante todo, pararse ambos a la sombra de la cruz por unos pocos minutos. Trata de sentir cómo tú y él necesitan la gracia de Jesús, el manto que nos cubre con la justicia de Cristo, el poder salvador de la sangre derramada por los dos.

Y entonces quizá podemos orar por esa persona. En otra de sus cartas a la mujer norteamericana, C. S. Lewis hace esta confesión constructiva: “Oraría antes por la misericordia de Dios que por su justicia sobre mis amigos, mis enemigos y sobre mí mismo”.

Lo que da miedo es esto: Cuando alimentas un rencor interminablemente, cuando lo atiendes, lo tratas, lo acaricias y lo irritas por prestarle demasiada atención –y la fisura mental hacia tu odio se hace más y más profunda que cualquier camino que pueda salir de él–, eso literalmente puede pervertir tu mente hasta que no puedas pensar rectamente. Pierdes toda objetividad. Comienzas a ver fantasmas: injusticias e insultos donde no los hay.

Si alguna vez alguien tuvo derecho a albergar un rencor, Martin Luther King, h., sería esa persona. Él soportó mucho dolor a lo largo de su brevísima vida y ministerio. Pero esto es lo que escribe en su libro *Strength to Love* (Fuerza para amar): “Como un cáncer desenfrenado, el odio corroe la personalidad y desgasta su energía vital. El odio destruye el sentido de los valores del hombre y su objetividad. Hace que describa lo hermoso como feo y lo feo como hermoso, y que confunda lo verdadero con lo falso y lo falso con lo verdadero”.

Eso da miedo, ¿no? Tal vez recuerdes cómo en *Los Miserables* [Los miserables [una obra del escritor francés Víctor Hugo]] el personaje Javert acecha e investiga al héroe de la historia, Jean Valjean, por espacio de casi 20 años. ¡Valjean es un criminal! ¡Robó una rebanada de pan! Para Javert, que Valjean sea ahora un honorable ciudadano, alcalde de la ciudad, asistente de tanta gente que está en la pobreza, no quita que deba seguir estando en una prisión francesa [por lo

menos eso cree). Para él, Valjean aún es el interno N° 24601. Y a lo largo de toda la saga, que dura más de tres horas si viste el musical, él no puede permitir que su rencor se equípere. Debe encontrar a su hombre. Debe pagarle a su adversario con la misma moneda.

¿Cómo podemos vencer el hecho de que realmente AMAMOS la persecución, la eterna caza por devolver el mal, por poner a nuestro enemigo tras las rejas? En la Biblia fueron Saúl y David. ¡Se odiaban mutuamente! Aún cuando David era un gran guerrero a favor de Saúl, matando a los enemigos de Saúl, el rey no podía soportar a ese hombre. Pasó años siguiéndole el rastro por todas partes.

Y llegó al punto en donde Saúl no podía ver nada bueno en David. ¡Nada! Tal como Javert, el celoso gendarme, no podía reconocer nada de su enemigo, Jean Valjean, excepto que era el N° 24601. Debía ser encerrado. Punto. Ninguna circunstancia atenuante podría ni debería ser considerada. Y al final de la historia, cuando Valjean de hecho salva a su adversario Javert de la muerte, el oficial de policía no puede soportar *eso*. ¿Estar en deuda con Valjean? Psicológicamente arruinado por ese estado de total confusión de las cosas, Javert termina con su propia vida; se suicida.

En *The Ten Challenges* (Los diez desafíos), el Dr. Leonard Felder escribe sobre esta tendencia: todos nos inclinamos a ver a nuestro enemigo como *completamente* equivocado. “En psicología, este proceso de creer que eres 100% bueno y que la otra persona debe ser mala o perversa, es conocido como sobreidentificación”.

Luego agrega un poquito más, y esto viene a cuento de su exitosa práctica en el asesoramiento a personas con estas mismas tentaciones: “Lleva un esfuerzo consciente y deliberado el poder sacarse de encima la trampa de la auto-complacencia y ver más profundamente la humanidad de la otra persona. Requiere una disposición casi antinatural el estar abiertos a un punto de vista opuesto cuando nuestro instinto más ‘natural’ es a persistir en nuestra idea de auto-compadecernos de que somos 100% buenos y la otra perso-

na es estúpida, está resuelta a atraparnos, o sólo se está comportando 'irracionalmente' ".

Y muy a menudo, al rebotar sobre los baches en el camino de nuestra propia vida, tomamos la misma actitud que el inspector Javert: Nuestro enemigo está equivocado, equivocado, equivocado... SIEMPRE equivocado.

Bueno, es un gran salto desde los grandiosos temas orquestales de *Les Misérables* (Los miserables) a la gangosa música de un banjo que lleva a aquella reposición de los viejos *Beverly Hillbillies* (Los Beverlyricos); ¿recuerdas la escena? El viejo tío Jed, el señor Clampett, descubre petróleo en su propiedad. Sale a borbotones en crudo. Oro negro. El té de Texas. Y lo primero que sabes es que el viejo Jed es millonario.

¿Y cuál es el consejo que sigue? ¡Inclusive rima con millonario! Todos los amigos de la colina dicen "¡Jed, aléjate de ese escenario!" Aléjate de las colinas y la miseria y el guiso que la abuela solía hacer. Aléjate del dolor de la pobreza e instálate en Beverly Hills, jeso es!

Y esta es seguramente la línea que necesitamos hoy. "¡Aléjate de ahí!" Cuando hay una herida infectada de resentimiento en tu vida, una persona cuyos malos actos consumen tu mente, en cada despertar, esto es lo que la Palabra de Dios nos enseña a hacer: "¡Aléjate de ahí!" Más vale focalizarse en esa maravillosa lista de ocho cosas que Pablo nos da en Filipenses 4:8: "Las cosas que son verdaderas, nobles, justas, puras, amables, admirables, excelentes, dignas de alabanza" (paráfrasis). ¿Y cómo concluye? "Piensa en ESAS cosas".

Volviendo al viejo Jed Clampett y ese petróleo rebosante del suelo. En un sentido, el petróleo es una sustancia sucia y viscosa que se pega a la ropa y satura toda la tierra para cultivo. Es cuando se ha formado ese grano maligno en tu relación que se te ofrece el consejo: "Aléjate de ahí". Pero veámoslo de otra forma. ¿Qué representaba ese petróleo para la familia Clampett? Millones de dólares, por supuesto. Por eso es que Jed, la abuela, Elly Mae y Jetro pudieron en-

frentar el gasto y alejarse de ese lugar. Pronto tuvieron millones de dólares en el banco del señor Drysdale; pudieron mudarse y vivir en una mansión.

Aquí está el punto, y puedes verlo venir. Tú y yo somos millonarios, ¿no? A causa de la cruz, y a causa del río de gracia que fluye a borbotones de ese lugar que llamamos Calvario, ¿no podemos “alejarnos de ahí”, de nuestros resentimientos y nuestros pedacitos de enojo? Tal vez tengas una discusión por 50 centavos que ha estado allí durante 20 años. Has estado persiguiendo a tu propio Jean Valjean por mucho, mucho tiempo, decidido a tener tu revancha. ¡Pero vamos! Es un asunto de 50 centavos... y eres millonario. No tienes un banquero llamado Drysdale; en cambio tienes un Padre a quien le pertenece ¡todo el ganado de miles de colinas! Tienes un Salvador llamado Jesús que te hizo millonario en el minuto en que exclamó: “¡Consumado es!”

Y justo ahora, ese estatus de millonario es ofrecido para liberarte, para devolverte la salud. Lewis Smedes escribe: “La primera, y a menudo la única, persona que es curada por el perdón es la que perdona... Cuando perdonamos genuinamente, liberamos a un prisionero, y luego descubrimos que el prisionero que liberamos... éramos nosotros”.

En *How Can I Forgive* (¿Cómo puedo perdonar?), Vera Sinton casi hace que el dejar de lado rencores suene más difícil aún que dejar de fumar. Qué desafío poderoso es este: “Decídete a no atender tu dolor. No esperes a que lo haga la otra persona; da el primer paso. Cuando hables con otras personas, habla cariñosamente de la persona que has perdonado. Si el resentimiento vuelve sigilosamente a tus pensamientos, recuérdate a ti mismo que has borrado los registros, así como Dios lo ha hecho contigo. La herida fue desinfectada y suturada. Estás curando(a). Eres libre”.

Estafado dos veces

CIERTA VEZ EN UN HIPÓDROMO ALGUIEN LE DIJO A SU AMIGO: "¡ESE CABALLO ME LAS DEBE!" Y EL AMIGO, ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS, DIJO: "BUENO, ENTONCES APUESTA A ÉL OTRA VEZ Y TE DEBERÁ DOS VECES". SI MANTIENES UN RENCOR, Y ESE ENEMIGO RONDA TU MENTE LAS 24 HORAS DEL DÍA, TÚ ERES EL QUE PAGA DOBLE POR SU AVARICIA.

En su libro *A Man Named Dave* (Un hombre llamado Dave), Dave Pelzar señala esta interesante realidad: "Cuando perdonamos, nos liberamos a nosotros mismos de los amargos lazos que nos atan a aquél que nos hirió". ¿Alguna vez has considerado esa ironía? Aquí está la persona que te ha herido, lastimado. Y realmente lo ha hecho. Reconozcámoslo. Con respecto a la balanza, el equilibrio y todo lo demás, te debe un montón. Lo cual, por supuesto, es el motivo por el que tú pasas tantas horas pensando en la revancha, las maldiciones y las gomas pinchadas para él. Te gustaría vengarte.

Pero ahora échale la culpa a esta *doble* Ironía. Cuando ya te han herido una vez, y ahora pueden ocupar tu mente y robarte horas del día –y tal vez lleguen a hacerlo por quince años–, ¡te están estafando dos veces! Por el pecado original,

y ahora de nuevo porque esencialmente le perteneces. Si una persona es dueña de tu mente, tú le perteneces.

El crítico de cine Roger Ebert comentó acerca de una escena en la película *Jerry Maguire*, donde Renee Zellweger y Bonnie Hunt y un gran grupo de mujeres estaban en una especie de programa de doce pasos. Se sentaban en ronda, se quejaban, dialogaban y dramatizaban sobre cuán terribles habían sido sus ex maridos con ellas. Y podría haber un valor terapéutico en algunos de esos diálogos, pero Ebert mencionó en su reseña: "Alguien debería decirles simplemente que el resentimiento está permitiendo que alguien ocupe sus mentes... sin pagar el alquiler".

Eso es verdad, ¿sí? Sin pagar alquiler. Cuando pierdes horas complotando, intrigando y fanatizando sobre lo que esa persona te hizo (y especialmente si tu fanatismo y complot son del tipo de esas que nunca solucionan nada, que es generalmente el caso), todo lo que estás haciendo es permitir que esa persona ponga a andar tu motor. Esencialmente, tiene sus manos al volante de tu vida.

En el libro *Pain And Pretending* (Dolor y fingimiento) hay un rasgo peculiar interesante de la enseñanza del Nuevo Testamento donde Jesús dijo a sus seguidores que si un enemigo, como esos odiados soldados romanos, te obligara a llevar su carga por una milla, tú deberías llevarla por dos. Y para cualquier persona que luche con el complejo de Javert, un resentimiento al rojo vivo, suena como la propuesta más estúpida del mundo. ¿Por qué harías una cosa así?

Ah, pero nota lo siguiente. El autor, Rich Buhler, señala que, de acuerdo con la ley romana, ese soldado tenía derecho a ordenarle a cualquier judío que le llevara su carga por una milla. Y durante esa milla, amigo, él era tu DUEÑO. Estabas a su entera disposición; él te había puesto la marca de propiedad como se le pone al ganado.

Pero ahora, ¿qué pasa si voluntariamente sigues adelante y llevas su carga y su cantimplora por una segunda milla? ¿No puede obligarte a hacer eso! Y Buhler escribe: "Esencialmente, lo que Jesús estaba diciendo era: 'Durante la

primera milla, el soldado te tiene bajo su control; estás atrapado. Durante la segunda milla, tú estás bajo tu propio control y estás caminando en completa libertad de la ley. En otras palabras, durante la primera milla él te tiene. Pero en la segunda milla, tú lo tienes a él. Es un acto de poder, responsabilidad y elección, y el resultado es la libertad' ”.

No sé cuán a fondo queremos explorar la metáfora del PODER a través del perdón. Aunque la misma Biblia enseña en ese famoso capítulo, Proverbios 24, que cuando eres bueno con tus enemigos, de hecho estás “apilando brasas de fuego sobre sus cabezas”. Pero es verdad que siempre que busquemos a Dios con el propósito de alejar nuestras mentes de nuestros dolores y nuestro resentimiento, la libertad es el resultado prometido.

Recuerdo una vieja anécdota, de la cual no pude localizar el origen, aunque me hace acordar al fallecido Dale Carnegie. Cierta persona estaba maniobrando en el denso tráfico... y todos a su alrededor manejaban como idiotas. La gente le impedía pasar. Ahogaban sus autos en los semáforos en rojo. Peatones imbéciles dejaban caer sus bolsas de compras justo frente a su auto, etc. Y un pasajero en el asiento delantero estaba a punto de tener un paro cardíaco por todo eso. Estaba listo para que le estalle un vaso sanguíneo. Pero el conductor continuó su viaje tranquilamente. Cuando el pasajero furioso finalmente explotó: “¿Cómo puedes soportarlo? ¡Me estoy volviendo loco!”, el hombre que conducía dijo muy tranquilamente: “¿Por qué debería permitir que toda esta gente dictamine cómo debo vivir?” En otras palabras, ¿por qué su comportamiento y sus acciones deberían gobernarme?

Es interesante el hecho de que la Biblia toma una postura similar en todo esto. En el libro de Proverbios, el rey Salomón comenta que nuestro resentimiento a menudo nos traga a nosotros en vez de hacerlo con la otra persona. “Un hombre que cava un pozo para otros terminará cayendo en él. Un hombre que intenta echar a rodar una piedra sobre otro termina con la piedra rodando sobre sí mismo” (26:27,

The Clear Word).

El mismo principio se enuncia en el Nuevo Testamento, donde Jesús enseñó tan poderosamente sobre el perdón y el amar a tu enemigo. En 1 Corintios 7, Pablo escribe sobre la esclavitud... ¡y eso era realmente esclavitud! Hombres y mujeres eran instrumentos, vendidos de por vida a veces a causa de su propia pobreza. Y Pablo dice básicamente: “No te preocupes por eso. Si eres esclavo siéntete satisfecho, aunque si puedes comprar tu libertad, ciertamente, ve por ella”.

Pero después le dice a sus lectores: “Si has aceptado a Jesucristo como tu Salvador mientras eras esclavo, en el momento en que lo hiciste ¡tu espíritu fue liberado!... Cristo pagó el precio para que cada uno de ustedes sea libre. No pienses en ti mismo como esclavo” (vs. 22, 23, *The Clear Word*).

La paráfrasis *The Message* lo dice así: “Bajo tu nuevo Maestro [Jesús] vas a experimentar una libertad maravillosa que nunca habrías soñado”.

Si el apóstol Pablo (por supuesto, Jesús estaba inspirando esas maravillosas palabras) quería que los verdaderos esclavos, esclavos encadenados, se sintieran libres por dentro porque la gracia del Calvario estaba en sus corazones, ¿cuánto más aún deberíamos sentirnos libres nosotros, librarnos de nuestros rencores hacia alguien que abolla nuestro paragonos en el estacionamiento? La Biblia nos dice: ¡Tienes a Jesús! ¡Entonces eres libre! No pienses en ti mismo como esclavo... y ciertamente no un esclavo mental de alguna persona. De vuelta al Evangelio de Juan, y esto es de la misma paráfrasis *The Message* (un increíble regalo para el Cuerpo de Cristo), Jesús lo dice con estas palabras: “Entonces si el Hijo te hace libre, eres completamente libre” (8:36). Así es como lo puedes recordar de la versión King James: “Serás libre en efecto”.

Nuevamente, tú y yo podríamos tener que decirle a nuestras mentes muchas, muchas veces: “¡Aléjate de allí! ¡Aléjate de ese pantano de resentimiento pecaminoso! ¡Je-

sús nos ha rescatado de allí!” Y ahora podemos agregar una motivación extra: Lisa y llanamente, no queremos que esa persona en particular siga siendo nuestro dueño. ¡Le pertenecemos a Jesús, no a ellos! Nuestras mentes le pertenecen a él, ¡no a ellos! De hecho, en ese capítulo de 1 Corintios, donde Pablo habla de nuestra liberación aún teniendo cadenas, agrega: “Experimentarás una encantadora ‘esclavitud a Dios’ con la que nunca habrás soñado”.

Pienso con genuino arrepentimiento sobre horas e inclusive días, semanas y meses que he perdido en la esclavitud a un rencor. Dejé que alguien más gobernara mi mente, la ocupara, la llenara... y sin darme ni 10 centavos de alquiler. ¿Y todo para qué? El *New York Times* tenía una cita de Malachy McCourt, que circuló también por el *Reader's Digest* en el número de noviembre de 1998, cortesía de Alex Witchel. Esto realmente duele: “El resentimiento es como ingerir veneno y esperar que la otra persona muera”.

¡Esto es un aguijón! Y la maravillosa realidad que nos hace pensar es que Jesucristo quiere absolvernos de esa sentencia de muerte: “Quiero que tengas libertad”, nos dice. “Quiero darte reposo, darte un respiro de esa enorme y venenosa carga de resentimiento que llevas”.

07

“Hagamos de cuenta que no pecaste”

¿ES EL PERDÓN LA EXPERIENCIA DE “PONER SIEMPRE LA OTRA MEJILLA” TODO EL TIEMPO, DONDE TU ENEMIGO QUEDA IMPUNE LUEGO DE GOLPEARTE EN LA CARA? A VECES SENTIMOS QUE EL PERDÓN QUE OTORGAMOS MINIMIZA LA REALIDAD DE LA FALTA, CASI COMO SI ESTUVIÉRAMOS DICIENDO: “NO IMPORTA”. ¿ES EL PERDÓN EN REALIDAD UNA FORMA DE PERMITIR?

Pueden ser dos de los libros de historias de crímenes más cautivantes que alguna vez se hayan escrito, y la ironía es que ambos fueron redactados por una joven mamá del montón de 20 años llamada Joy Swift. Ella cuenta su violenta historia personal en el best-séller cristiano *They're All Dead, Aren't They?* (Están todos muertos, ¿no?). Unos pocos años más tarde volvió a contar la historia en un estilo más secular para una audiencia más amplia; ese libro fue titulado *A Cry for Justice* (Un clamor por justicia).

En pocas palabras, Joy tenía sólo 15 años cuando se casó con un hombre mayor llamado George, y “heredó” a sus tres hijos. La novia adolescente inmediatamente tuvo dos niñas propias, y ya jugaba “a ser mamá”, por así decirlo, formando entonces una armoniosa familia de siete. La hija ma-

yor de George, Stephanie, era sólo dos años menor que Joy, pero ella se las arregló para ser una buena madrastra, una figura maternal de autoridad para la joven y los otros cuatro niños de la casa.

Y entonces, una noche de septiembre de 1977, mientras ella y George estaban en un juego de bingo en una comunidad de la Legión Norteamericana,* hubo un sonido de sirenas de policía. Cuando condujeron hasta su casa, descubrieron la ladera de la colina bañada en estroboscópicas luces rojas de los autos de la policía y la cinta amarilla marcando un cuádruple homicidio. Los cuatro niños más chicos habían muerto a balazos, asesinados justo allí, en la casa. Todo el Estado de Missouri lo llamó el crimen del siglo. Y aturdió a esa comunidad del Lago Ozark el descubrir que el asesino no había sido otro que el vecino de 14 años, Billy Dyer. Por alguna extraña razón, él se había vuelto loco, contratando a un amigo bobo de 22 años llamado Ray para que lo ayudara a saltar y pasar a la casa de los Swift y masacrar a los dos chicos y a las dos bebas, Stacy y Tonya.

La historia cuenta de una manera fuerte cómo esta joven madre, de tan sólo 20 años, tuvo que hacerle frente a su dolor y odio. ¡Ser madre era su vida! Era todo para ella, George y los niños. Y así, simplemente, se habían ido. La furia en proceso que ella sentía hacia los dos asesinos era un enorme demonio dentro de ella. Y en las páginas de estos dos libros escribe abiertamente sobre su odio, su sed de venganza.

“Así como quería justicia, realmente no quería que el homicida y su cómplice recibieran la pena de muerte. Mi razonamiento detrás de esto me confundía inclusive a mí, ya que en la comisaría los hubiera matado con gusto, de haber podido. Ahora no estaba tan segura...”

Joy Swift atravesó una especie de experiencia religiosa durante ese tiempo, de modo que los conceptos de Dios y el perdón comenzaban a aparecer, pero no podía manejarlo

* Organización de veteranos de las dos guerras mundiales.

muy bien. “Algún día comparecerían ante Dios”, continúa, “pero por ahora quería que sufrieran y sintieran dolor. Quería que experimentaran un infierno viviente en la tierra. Quería que conocieran el terror en la prisión, terror sin escape, como mis hijos habían sentido. No quería misericordia, ya que ellos no la habían mostrado. Me acostaba en la cama a la noche preguntándome qué estarían haciendo en sus celdas en prisión. Soñaba con maneras de entrar a verlos. ‘Denme cinco minutos a solas’, diría. ‘Sólo quiero hablar con ellos’ ”.

Y esa fantasía, ese sueño casi sediento de sangre, era con lo que ella jugaba una y otra vez. Noche y día. Mantenía esa imagen de tener revancha en su mente las 24 horas del día. “Cuando el guardia estuviera fuera de la vista, sacaría una cadena larga y pesada debajo de mi camisa. Los azotaría sin misericordia al acobardarse contra las cuchetas. Los haría rogar de la misma forma en que rogó Tonya, pero no pararía. Imaginaba pandillas de prisioneros rodeándolos y ninguno escuchaba sus gritos. Quería que fueran arrojados a una celda oscura y sin ventanas. Quería que nunca vieran la luz del sol otra vez. Pero no quería que murieran. No todavía...”

Y ese patrón de conducta estuvo en su vida durante años. De hecho, estaba más que en su vida; ERA su vida. Era su rasgo identificador. Joy Swift era el ángel vengador, ni más ni menos. Ella y su esposo George estaban resueltos a pagarles con la misma moneda a Billy Dyer y Ray Richardson hasta las últimas consecuencias.

Pensando en ese título de programa radial *What To Do About LOVING Hatred* (Qué hacer con el odio AMADO), encontramos que aquí es donde Joy rápidamente se encontró a sí misma. Se deleitaba y descansaba en sus sentimientos de odio. Se permitía sus emociones heridas, su dolor. Disfrutaba el actuar “La Visión” en su mente: esa cadena y los interminables latigazos de un Billy Dyer gritando. Una y otra vez; los gritos, la revancha. Esa imagen amarga se convirtió en un dulce sueño para ella.

Y en mil maneras, probablemente menores, pero reales, todo el odio es veneno, ¿no?; tú y yo tenemos algo de to-

do eso por resolver. Nos encanta odiar.

¿Has estado alguna vez en una dinámica de grupo en la que realmente no te gustaba cierta persona? ¿Por cualquier motivo? Y tal vez tenías buenos motivos para no hacerlo. Tu causa era justa. Y quizá pronto encontraste a otra persona que se sentía de la misma forma. ¡Ahora estaban de parabienes! Los dos podían intercambiar historias de “estupideces”, compartir anécdotas, jugar interminables vueltas de “¿Puedes superar esto?” ¿Estabas disfrutando tu resentimiento, el continuo reciclado del programa de negociar tu odio de acá para allá? Sí, de una forma incorrecta, lo disfrutabas. Pero como comentó una vez un filósofo, una buena amistad no puede basarse en sólo tener un enemigo común! “Tú odias al Sr. Fulano y yo odio al Sr. Fulano, y en eso consiste nuestra amistad”. Eso realmente no va a durar mucho tiempo.

De un viejo libro de citas saco ésta a relucir; pertenece a un antiguo escritor, Juvenal: “La venganza es más dulce que la vida misma”.

¿No es eso verdad? Ciertamente he tenido períodos en mi vida cuando creí que era así. Es tan dulce jugar con la venganza, planearla, complotarla y, con suerte, experimentarla. Ah, pero examina por ti mismo la cita completa: “La venganza es más dulce que la vida misma. Eso piensan los tontos”.

Y esa es la verdad final. El odio es una cosa muy deliciosa, pero no es una dulzura que perdura. Se vuelve contra su comensal, y destruye a la persona que odia. En Salmos, tanto como en Proverbios, el Señor nos da esta verdad evidente. “Deja la ira y desecha el enojo” (Sal. 37:8).

Una vez más, no hay nada pecaminoso en algunas clases de enojo. La Palabra de Dios no nos instruiría a ser *tardos* para la ira a menos que hubiera veces en las que fuera apropiado *llegar* al punto del enojo. Cualquier cristiano que no se enojara con lo que pasó en la escuela secundaria de Columbia* y en Lago Ozark tendría un problema con su termómetro

* El 20 de abril de 1999, dos jóvenes estudiante dispararon contra sus compañeros(as) y profesores(as) del Colegio Columbia, matando a trece personas antes de suicidarse.

espiritual. Pero cuando tenemos enojo, tiene que ser la clase correcta de enojo, y tenemos que tardar en llegar allí. Y también al llegar a ese lugar, necesitamos tener una forma espiritual de ALEJARNOS del enojo.

Eso es lo que Joy Swift necesitaba. Esa Biblia de los Gedeones que estaba leyendo decía: “Desecha el enojo”. ¿Pero cómo? Y entonces: “No te irrites, eso sólo lleva al mal”. Ahora, cuando tus cuatro hijos han sido masacrados, “irritada” no es exactamente la palabra correcta para describir tu justo enojo. Pero esta joven madre necesitaba una solución para su odio, su impotente hambre de retribución.

Hay un versículo interesante en el Salmo 78, y está hablando sobre Dios, no sobre nosotros. Me gusta la imagen que nos ofrece: “[Él] dispuso un camino a su furor” (v. 50).

Quizá sea esto lo que todos necesitamos. ¡Odiamos a esa persona! Y lo disfrutamos; en un modo abiertamente pecaminoso, saboreamos nuestro odio. Pero bien adentro sabemos que estamos destruyéndonos a nosotros mismos lentamente. Necesitamos un camino para ese enojo, un camino espiritual que nos aleje de nuestro odio.

Joy Swift llegó a saber lo que era ese camino. En la fe cristiana se lo llamaba **perdón**. Esa era su única solución. “Lo lei”, confiesa. “Sabía que era en serio lo que Dios decía. Pero no estaba lista para aceptarlo. Quería poner el perdón debajo de una roca e irme”.

Y este fue un largo y arduo proceso. Lo cual está bien. Me alegra que Dios sea paciente conmigo mientras yo aprendo a ser paciente con otros. Pero día a día—no registres eso, más bien pon año tras año—Joy Swift crecía en su fe. Más tarde ella escribe esta agonizante pero heroica confesión: “Tuve que luchar a brazo partido con el hecho de que Billy y Ray también eran hijos de Dios, y él los amaba tanto como amaba a mis hijos. Ellos habían perpetrado un mal horrible contra nosotros, pero si estaban realmente arrepentidos y aprendían de sus errores, Dios podría perdonarlos y lo haría. Ese era Dios. Y eso era razonable y justo”.

Pasaron once años, que centelleantes se precipitaron

hasta 1988, antes que la Sra. Joy Swift, ahora una cristiana nacida nuevamente, concertara una cita con el guardián Armontrout en la Penitenciaría del Estado de Missouri. Ella pasó la noche en un hotel, orando y leyendo su Biblia y marcando versículos. Mateo 5:44: "Ama a tus enemigos". Ora por ellos. Perdónalos. Y escribió en el margen: "Billy, te perdono".

Al día siguiente se registró, mostró su licencia de conducir y pasó por los detectores de metales. Y finalmente, después de haber pensado en ese momento por once años, después de pasar y repasar la escena en su mente interminablemente, se sentó en una silla al lado de la barrera protectora de vidrio y habló por teléfono con un hombre de 24 años, Sr. William Dyer, la persona que había disparado y matado a sus cuatro hijos.

El primer punto es lo que ella le dijo a él aquel día, y es fuerte. Al reconstruir la conversación palabra por palabra de su libro, cuenta que dijo: "Billy, vine aquí a perdonarte... si estás arrepentido de lo que hiciste. Odio lo que le hiciste a mis hijos. Siempre odiaré lo que hiciste. Pero quiero saber que no te odio a ti. Tienes que entender que el perdón no me llegó fácil. Me ha tomado mucho tiempo llegar a este punto, y no quiero que lo tomes a la ligera".

¿Puedes imaginarte a ti mismo(a) en esa silla de plástico para las visitas, con el auricular del teléfono, y tratar de identificarte con lo que Joy experimentó ese día? ¿Lo que ofreció? Durante once años esta joven mujer había sentido "la corrosión en sus huesos" causada por su odio aplastante. E inclusive en 1988, y más adelante, a pesar de sus esfuerzos valientes, la amargura y el resentimiento fueron enemigos gemelos, crisis gemelas para Joy y su marido George. La boca puede decir: "Billy, te perdono"... pero al corazón todavía puede llevarle un tiempo hacer lo mismo. Y esto costó enormes pérdidas en la vida de esa joven mujer: el desafío siempre presente de permanecer en una actitud de perdón, de entregar sus congojas a Dios. Y luego otra vez. Y otra vez. Joy sería la primera en decir que moraba en las sombras de la

muerte; que vivió en la sala de terapia intensiva del hospital del odio durante bastante tiempo antes y después de esta visita a Billy Dyer en la prisión.

Aquellas palabras cuidadosamente elegidas que Joy dijo en esa penitenciaría de paredes grises nos dan un entendimiento penetrante de las palabras que a veces deberían *seguir* al perdón. Este es el mensaje que algunas veces debemos decir a la persona que nos han hecho mal. Aún si decimos “Te perdono”, e inclusive cuando decimos con nuestra boca y, probablemente, nuestros corazones: “Le entrego esto a Dios”, a menudo necesitamos decir también esto: “Tienes la capacidad de elegir. Yo te hago responsable de este hecho.”

Esto es una cita directa del libro de Vera Sinton, *How Can I Forgive?* (¿Cómo puedo perdonar?). Ella sugiere que en lugar de atacar a la persona, nos dirijamos con calma hacia la mala acción. Y expresemos nuestras emociones de esta forma: “Eres una persona madura. Sabes que hay cosas que están bien y otras que están mal en el mundo. Puedes elegir. Te hago responsable de este hecho”.

Fue un 4 de abril de 1968 cuando le dispararon al joven ministro negro y lo mataron. Era Martin Luther King, h., quien había dado su famoso discurso justo la noche anterior a su muerte: “He estado en la cima de la montaña y he visto la tierra prometida”. Le tocó a su amigo Bobby Kennedy, hablando esa noche en una manifestación política, anunciar el asesinato a una enorme multitud que todavía no había escuchado la noticia. Él habló del perdón y de avanzar juntos, y entonces fue baleado unos pocos meses más tarde en Los Ángeles.

Por supuesto que hubo furia esa noche. Millones de norteamericanos que habían puesto sus esperanzas en Martin Luther King, h., se apartaron de sus radios y televisores presas del horror y la impotencia. ¿Qué oportunidad había ahora? ¿Cómo podrían mejorar las cosas? Habían propuesto a un campeón, un portavoz elocuente, y ahora él ya no estaba. Y ciertamente las poblaciones privadas de sus derechos

civiles de 1968 tenían que sentir ese odio amargo; alguien allí les había hecho eso. ELLOS lo habían hecho, y ahora ELLOS debían pagar.

¿Pero enseña la Biblia sobre la no-violencia así como la no-expresión? Cuando estamos enojados, ¿deberíamos tan sólo ir a nuestros aposentos y orar a Dios? ¿O deberíamos también hablarle a esa persona con la que estamos enojados? ¿Es bíblica la confrontación?

Un artículo de un escritor del plantel del *Los Ángeles Times*, Beth Ann Krier, señala que algunas personas son “atiborradoras”, es decir que contienen el odio, y muchas otras son “escaleras mecánicas”, a las cuales ella define como “gritonas que vociferan”. Y cita del Dr. Hank Weisinger y su *Anger Work-out Book* (Libro para elaborar el odio), donde él advierte que el enojo cargado aun por una semana es un problema serio. El enojo que perturba aun una sola relación es un problema. Entonces el resentimiento con que nos “atiborramos” puede ser un desafío serio, inclusive un problema espiritual.

En su artículo “Letter From Birmingham Jail” (Carta desde la cárcel de Birmingham), King tenía esto que decir: “La libertad nunca es dada voluntariamente por el opresor; debe ser demandada por el oprimido”.

Y otra frase pegadiza de ese mismo artículo, más tarde impreso en el libro *Why We Can't Wait* (Por qué no podemos esperar): “Tendremos que arrepentirnos en esta generación no sólo por las palabras de odio y las acciones de la gente mala, sino también por los espantosos silencios de la gente buena”.

Es verdad, es necesario perdonar a nuestro prójimo y confiar en Dios. Pero también hay veces cuando el pueblo de Dios tiene que alzar su voz, oponerse al mal, exigir arrepentimiento. En su libro *Cry of the Soul* (Llanto del alma), los consejeros y doctores Dan Allender y Tremper Longman declaran que los cristianos raramente se enojan lo suficiente. “Cuanto más grande es la injusticia”, escriben, “más enojo tenemos que sentir. Leer sobre un niño paralizado por una

balacera de pandillas y no sentir odio es atroz”.

Por tanto, hay un momento para alzar la voz. Una de las historias más desdichadas de la Biblia de hecho tiene un final decente, a causa de este mismo principio. Segunda de Samuel 11 y 12 cuenta sobre una mujer embarazada, un encubrimiento real, y el esposo de la mujer, Betsabé, ejecutado en batalla según ordenaba la firma del rey David. Y es importante notar cuánta gente estaba involucrada en ese crimen sucio. David había mandado buscar a Betsabé, por lo que algunos siervos del palacio lo sabían. Lo sabía Joab, el general en el campo de batalla, porque había recibido las órdenes de batalla de David. Y por supuesto, cualquiera que pudiera seguir el rastro de un embarazo y contar hasta nueve meses también tenía sus sospechas. Por tanto, este era un complot palaciego del cual un montón de gente tenía que estar hablando por acá y por allá. ¡Y eso es resentimiento! ¿Era posible que el rey de todo Israel pudiera salir impune de todo esto? ¡Hablamos de un despótico! ¡Hablamos de abuso de poder! Y tenían que estar corriendo rumores, un mar de fondo de frustración entre el “pequeño pueblo” que sabía lo que había pasado.

Pero Dios no se queda a un costado esperando que su pueblo sólo trague saliva y se ahogue en resentimientos. Él envía a su propio profeta, un hombre llamado Natán, para enfrentarse con su Majestad. Y después de una pequeña y tranquila parábola que constituye el mensaje espiritual que él quiere transmitir, Natán el profeta señala con un dedo hacia el rostro del rey y declama estas cuatro palabras: “¡Tú eres ese hombre!” ¡Ésta es una de las grandes confrontaciones de la Biblia!

De manera que, en verdad, tragar saliva a menudo es el ejercicio espiritual que debemos soportar. A veces, cuando nos enojamos con una persona, se supone que simplemente debemos perdonarla. Pero también es verdad que a veces las acciones y el simple hecho de hablar son el rumbo espiritual que hay que tomar, como hizo Jesús en el templo donde los cambistas estafaban a la gente y robaban tarjetas

de crédito y de las cuentas de débito de todos los cajeros automáticos. Él perdonó a los pecadores, sí, pero en esta ocasión también dijo unas cuantas palabras enérgicas y tomó un azote de cuerdas para dar más énfasis.

Volviendo al asesinato de Martín Luther King, ¿cómo debían expresar su odio, su resentimiento, los que estaban sufriendo? ¿Acaso retirarse silenciosamente era la única respuesta? ¿Tener paciencia? ¿Tener fe? ¿Posponer el viaje a la Tierra Prometida por unas pocas décadas más? Ciertamente un poco de paciencia y confianza en Dios estaban a su disposición; tener fe en que el Padre celestial haría justicia debió ser una tarea espiritual difícil para quienes soportaban esa oscura noche de abril.

Pero también es bueno notar que exactamente una semana después el presidente Lyndon Johnson siguió adelante y firmó el Acta de los Derechos Civiles. Este hito de la legislación se aprobó el 11 de abril de 1968. Un gran crimen había sido cometido, pero la gente protestó; algunos legisladores reaccionaron contra el mal con sus discursos y sus votos, y los opresores fueron rechazados.

Por supuesto, protestar en una forma correcta es un desafío tal como el perdón. Hay dos cosas que hacemos con tremenda excelencia. Todos somos increíblemente elocuentes al hablarnos a nosotros mismos de nuestro odio. Muy a menudo ensayamos y pulimos ciertos discursos a un nivel del Premio Pulitzer; ¡pero nunca se lo decimos a la parte correspondiente! C. S. Lewis, en *Letters to an American Lady* (Cartas a una dama norteamericana), observa irónicamente: “¡Espero ser recompensado por todas las respuestas estupendas que pienso pero no pronuncio! Pero, ¡ay de mí! Aún cuando no las digamos, más de lo que sospechamos se refleja en nuestra mirada, nuestra conducta y nuestra voz. ¡Un silencio elaboradamente paciente puede ser muy irritante! Todos somos criaturas caídas y es muy difícil vivir con nosotros”.

A menudo, entonces, recurrimos a murmurar para nuestros adentros, el ensayo eternamente agobiante de

nuestras quejas. Nos dedicamos a la retribución silenciosa, al “silencio elaboradamente paciente”, desquitándonos con la persona con un millón de pequeñas tácticas psicológicas, pero no con comunicación franca.

Por lo menos no nos comunicamos con *esa* persona. Es muy común que cuando estamos resentidos ¡nos comuniquemos con otro ser viviente del planeta! Lo cual es la Estrategia Número Dos. Y éste es uno de los errores más letales en la fe cristiana: hablar de nuestro resentimiento a cada una de las personas que se nos cruza por la mente, excepto con la parte en cuestión.

Un documental reciente de la National Film Board de Canadá hace una poderosa afirmación sobre este dilema humano. *Glimmer of Hope* (Rayo de esperanza) registra la historia de Don y Mary Streufert, quienes experimentaron la pérdida de una hija a manos de dos jóvenes asesinos. Y sí, hubo una cierta furia, enfocada hacia sus adentros y también expresada tumultuosamente a cualquier oído comprensivo.

Pero entonces Don y Mary y su hija sobreviviente, Emily, se embarcaron en un proyecto para enfrentar a esos asesinos. Se reunieron con ambos en prisión, donde cumplían cadena perpetua. Ellos expresaron su ira, cuidadosamente, eligiendo las palabras con un criterio preciso, pero mirando a sus enemigos muy enérgicamente y diciéndoles: “Así es como me siento por lo que le hicieron a mi familia”. Y entonces, justo al final de la película, también hablan sobre el perdón, como un proceso hecho posible ahora porque se habían comunicado de un modo apropiado, cara a cara.

La Biblia tiene otra buena historia sobre este tema de la charla directa y la confrontación. En Lucas 19 hay un relato fascinante sobre un hombre desafiado verticalmente llamado Zaqueo, quien no había comido sus blinis* y decidió trepar a un sicómoro para conseguir ver a ese tal Jesús de Nazaret. De paso, él podría haber comprado muchísimos blinis

* Masas hechas de trigo, redondas, grandes y finísimas de espesor (como los panqueques tradicionales), que inclusive hoy día se compran en las calles de las ciudades y pueblos de Israel.

ya que era un recolector de impuestos nada honrado, malversando la mayoría de las ganancias del impuesto para sí mismo cada vez que la gente en su territorio presionaba la tecla “enviar” de su computadora. Sobre un total de 1.040 formularios de la Jerusalén de sus días, el gobierno estaba recibiendo 10 y él se quedaba con el 40.

Pero cuando él tiene un encuentro con Jesucristo, el perdonador Hijo de Dios, y se hace consciente de su pecado, simplemente no acepta el regalo del perdón. También promete devolver el dinero que ha robado; de hecho, él devuelve cuatro veces la suma que ha saqueado. No tenemos una transcripción de qué sucedió durante esa cena en que lo visitó Jesús, pero de algún modo Zaqueo llegó a darse cuenta de que él era ambas cosas: perdonado y responsable.

Cuando perdonamos a alguien, simplemente estamos tomando toda la situación y entregándosela a Dios. Y es importante notar lo que NO estamos haciendo: No estamos ignorando lo que pasó. No lo estamos minimizando. No estamos diciendo que no ocurrió, o que no importa. Si alguien rompe un florero, lo rompe. Ya está roto. El perdón no es un enorme y cósmico juego de “hagamos de cuenta que no...” En el caso de Joy, cuatro chicos estaban muertos. Perdonar a Billy Dyer no les devolvió la vida; no implicaba que este crimen horrible no había ocurrido o que no importaba.

Y encontramos en el mismo ministerio de Jesús que él no era meramente un expendededor de perdón barato. Él sólo miraba a la gente y le decía: “Has pecado”. Él le dijo a la mujer encontrada en adulterio, muy suavemente, pero también con voz audible: “Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más”. Lo cual fue su forma de decirle claramente que lo que había hecho era pecado. Estaba mal. Ella tenía algo de responsabilidad. Su perdón quitó la culpa, pero no hizo desaparecer la realidad.

Vera Sinton hace esta referencia adicional: “ ‘Perdón’ no es una fórmula mágica: Nunca debe evitar que hablemos de los problemas en una relación y que encontremos soluciones reales”.

Recuerdo un artículo en la revista oficial de mi denominación, la *Adventist Review*, donde un columnista sugirió que alguien que había sido víctima de violación o algún crimen sexual podría, un tiempo más tarde, ser restituido a su empleo en una posición donde hubiera gente joven bajo su autoridad nuevamente. Y hubo una inundación de cartas de lectores diciendo: “No señor, no lo creo”. Porque el perdón no borra la realidad; no implica que no necesitamos enfrentar el mal y decirle a alguien: “Sí, hiciste esto”. No significa que no tengamos que buscar soluciones reales, como sugiere Sinton.

En un capítulo titulado “Cuando el perdón parece injusto”, ella habla sobre un caso en Londres donde tres hombres entran por la fuerza a una casa, violan a la hija, atan al padre y al novio, y los golpean con un bate. Esta familia, siendo cristiana, ofrece perdón a los agresores. Como resultado, once meses más tarde el juez dicta tres sentencias muy leves. “La familia victimizada parece estar manejándolo bien”, comenta. “Su sufrimiento no debe haber sido tan terrible”.

Y esa víctima cristiana de suave hablar, ese padre, ¡protesta energéticamente! “Para él no había contradicción entre decir personalmente: ‘Los perdono’”, escribe Sinton, “y demandar que la justicia de la ley fuera llevada a cabo completamente”.

Como consecuencia de su visita a la prisión, Joy Swift reaccionó con la misma resolución tranquila. Ella miró a los ojos oscuros y siniestros de este joven asesino, Bill Dyer, y le dijo que lo perdonaba. A causa del Calvario, gracias a la fuerza de su Dios, era capaz de pronunciar esas increíbles palabras, esas palabras de liberación. Pero cuando los abogados se acercaron a ella y le preguntaron si ella aprobaría la audiencia venidera de su libertad bajo palabra, ella dijo lo que yo creo es una respuesta muy bíblica en tan sólo tres palabras: “De ninguna manera. No por un largo, largo tiempo. De ninguna manera”. Absolver de la culpa, pero no apartarse de la realidad.

Cómo perdonar a un presidente no *arrepentido*

CUANDO LE DICES “TE PERDONO” A TU DESPRECIABLE VECINO CUYO PERRO LADRA TODA LA NOCHE, ¿QUÉ SIGNIFICA ESO? NO HAY CALVARIO, NI MARTILLOS, NI CLAVOS, NI MUERTE INVOLUCRADA. ¿POR QUÉ CUANDO DIOS PERDONA TIENE QUE HABER UNA CRUZ Y UN RÍO DE SANGRE?

Esto bien podría haber cambiado el curso de la historia de los Estados Unidos: un pequeño discurso de televisión titulado “Decreto Presidencial N° 4311”. Anunciada por Gerald Ford, trigésimo octavo presidente de los Estados Unidos, el 8 de septiembre de 1974, la proclama le concedía el perdón a Richard Nixon, trigésimo séptimo presidente de los Estados Unidos. Invocando sus poderes presidenciales de acuerdo con el Artículo II, Sección Dos de la Constitución, él perdonaba a Nixon por todas y cada una de las ofensas que podría haber cometido contra el gobierno durante el escándalo de Watergate.

Hubo bastante rumor sobre esto: un nuevo presidente, después de menos de un mes, perdonaba al hombre que le había dado su trabajo. Ford explica muy articuladamente, en su maravilloso libro, *A Time to Heal* (Un tiempo para curar), por qué sintió que sencillamente tenía que hacerlo por el

bien de la nación. Al estudiar los principios bíblicos involucrados en el perdón y el hecho de alimentar rencores, vemos, irónicamente; que ese fue precisamente el motivo por el cual él emitió el perdón.

El país entero fijó su atención en el Watergate; Norteamérica se obsesionó colectivamente con el rencor, con el deseo de “capturar” a Nixon para castigarlo, para escupir sobre cada detalle de sus presuntos malos actos. ¿Qué le pasaría a sus cintas? ¿Qué había en esas cintas? ¿Iría Nixon a prisión? “Todos somos adictos al Watergate”, observó el General del Ejército Bob Barret. “Algunos de nosotros nos estamos inyectando droga; algunos de nosotros estamos aspirando algo de droga; algunos de nosotros lo estamos relacionando con otra cosa. Pero alguien tiene que presentarse y hacer de nosotros una nación, hacernos padecer el síndrome de abstinencia”. Y como resultado, sólo Gerald Ford tuvo acceso al Artículo II, Sección Dos. Sólo Gerald Ford tuvo la autoridad constitucional para “perdonar”, para terminar con el rencor oficialmente con tal de que el país pudiera seguir adelante con su actividad.

Pero lo interesante es esto: En el proceso del perdón había un elemento que estaba fuera de cualquier control antes de que fuera anunciado, y por una simple razón: Richard Nixon no estaba dispuesto a admitir que había hecho algo malo. Él no había confesado antes del 9 de agosto, y el famoso helicóptero voló enérgicamente alejándolo repentinamente de la Casa Blanca; de todas formas tampoco pensaba hacerlo después de ese día. Sencillamente no quería decir: “Me equivoqué”.

Los abogados de Ford dieron vueltas y vueltas. Alegaban que aceptar un perdón era, en sí mismo, admitir que eres culpable. Si no, ¿por qué lo necesitarías? El mero hecho de firmar el documento era una confesión tácita de tu crimen. Y ellos citaron un veredicto famoso, un incidente de 1915 conocido como el caso Burdick, donde la Corte Suprema había sentenciado así: “Un perdón implica una imputación de culpa, una aceptación y una confesión de la misma”.

Pero cuando el abogado de Ford, Benton Becker, viajó a San Clemente para encontrarse con el ex presidente, el secretario de prensa Ron Ziegler fue insolente y agresivo como solía serlo. “Déjame poner algo en claro”, dijo sin vacilar. “El presidente Nixon no va a firmar ninguna admisión de culpa, ya sea que Jerry Ford lo perdone o no”. Ford escribe más tarde cuán asombrado y enojado estaba de que Ziegler, el secretario de prensa de Nixon, fuera tan increíblemente arrogante, refiriéndose a Nixon como si aún fuera presidente y llamando “Jerry” al presidente Ford, como si él fuera el chico de los mandados. El abogado casi se dio vuelta y volvió al aeropuerto en ese mismo momento. Pero los temperamentos más fríos prevalecieron, finalmente elaboraron cuidadosamente el vocabulario con el cual Nixon rencorosamente admitió que, sí, había cometido errores que mucha gente imparcial podría interpretar como egoístas e inclusive criminales, firmó el documento, Ford apareció en televisión para anunciarlo, y el resto es historia. Aún hoy, muchos eruditos sugieren que Ford más tarde perdió la elección de 1976 con Jimmy Carter precisamente por haber promulgado ese Decreto N° 4311.

¡Ciertamente uno de los motivos por los que no estamos dispuestos a perdonar a una persona es porque parece dejar de lado la realidad de que ha actuado mal! Si alguien hace algo malo y debe ir a prisión, y eso no ocurre, pareciera que tal vez en realidad no haya hecho algo tan malo. Quizá no nos hirió tanto como hemos dicho. El perdón pareciera anular nuestro derecho moral a tener razón.

En cierto modo, sin embargo, Ford estaba expresándole a Nixon las palabras del libro de Sinton, *How Can I Forgive?* (¿Cómo puedo perdonar?): “Eres una persona madura. Sabes que hay cosas que están bien y otras que están mal en el mundo. Puedes elegir. Te hago responsable de este hecho”.

Sinton continúa señalando que el perdonar a alguien no es lo mismo que justificarlo. Para nada es lo mismo: “Si justificamos algo que está descaradamente mal, le estamos diciendo al ofensor: ‘Espero poco de ti. Te desprecio. No te

considero digno de mi enojo moral' ”.

Ella agrega una sensata advertencia acerca de que el perdón no debería ser usado como el atajo de salida de un conflicto, de que tenemos una responsabilidad de defender la justicia en este mundo. Pero después pasa a lo que el perdón, propiamente dicho, puede lograr basado en la realidad. Después de que tú y yo tomamos coraje para decirle a alguien: “Sí, te equivocaste, pero te perdono... y perdonar significa que *hay* algo que está mal y que decido entregarle al Señor en vez de obsesionarme a mí mismo”, recién entonces podemos llegar a este punto. “ ‘Sí, hiciste eso’ ” dice Sinton. “ ‘Acepto tus disculpas. No voy a guardar rencor. Voy a confiar en ti como lo hice antes’ ”.

En cierto modo, todo esto nos lleva al gran reino cósmico donde las corrientes teológicas corren muy profundamente. ¿Qué expresa el perdón de Dios acerca de nuestros pecados? En lugar de ofenderse con nosotros eternamente o guardar un rencor galáctico, Dios nos perdona. Pero su perdón de nuestros pecados, ¿dice acaso que no hubo tales pecados, o que sí los hubo? En su libro *Mere Christianity* (Mero cristianismo), C. S. Lewis tiene un capítulo sobre todo el tema del Calvario y la expiación. Y él formula esta buena pregunta: Si Dios quiere quitar nuestra culpa, ¿por qué no lo hace y listo? ¿Tan sólo porque es Dios? Él no responde a ninguna corte superior. ¿Por qué una cruz? ¿Por qué un sacrificio expiatorio, ese increíble regalo de su propio Hijo? “Si Dios está preparado para absolvernos, ¿por qué entonces no lo hace?”, escribe Lewis.

La ciencia del Calvario y el milagro de la gracia es algo que los redimidos estudiarán por un largo tiempo a los pies del Instructor que tiene marcas de clavos en esos pies. Pero parte del motivo por el cual hubo una cruz escabrosa, y por el cual hubo derramamiento de sangre sobre esa cruz, es seguramente porque el pecado es real. La cruz es, en una forma muy tangible, una expresión del cielo de cuán mortal es la infección del pecado. La forma en que Dios perdona comunica de tal manera que nadie en el universo pueda ma-

interpretar que nuestros pecados sean reales. Son fatales. Son eternamente destructivos. Y entonces Dios perdona en una forma que dice todas esas cosas. No está justificando el pecado, ignorándolo, cubriéndolo, disimulándolo, sacándolo del medio, poniéndolo en algún armario. Cuando él perdona a través del derramamiento de sangre de su propio Hijo, le está diciendo a todos los receptores, a todos los oyentes y espectadores: “No estoy ignorando el pecado; estoy manejándolo. Estoy perdonando el pecado porque *hay* pecado que perdonar”.

Y justo aquí, en nuestra sala de cirugía, donde tú y yo decidimos si perdonamos a alguien o sólo seguimos alimentando cuatro botellas llenas de nutrientes para nuestros rencores, creo que el Calvario nos provee un increíble modelo. Podemos perdonar a alguien sin el temor de que nuestro perdón de alguna forma borre la realidad de lo que esa persona hizo mal. Si hay algo que nuestro perdón realmente refuerza es la verdad de lo que ocurrió. Así como el Calvario es una expresión enorme, monumental y universal de la cruda realidad de nuestras transgresiones, el perdón que le ofrecemos a un ofensor puede tener ese mismo valor moral silencioso. De hecho, es gracias al poder moral del Calvario que nosotros podemos perdonar. “Perdona a otros así como tú has sido perdonado”, nos dice la Biblia. La cruz es una afirmación suficiente del mal como para cubrirnos a nosotros y a aquel que peca contra nosotros.

Vera Sinton comparte un debate muy sabio de punto y contrapunto sobre lo que A, el perdonador, necesita hacer, y B, el “perdonado”, también tiene que hacer. “El perdón junto con el arrepentimiento produce reconciliación”, escribe. “El perdón es: 1) Otorgar libre absolución por una herida, 2) abandonar todo pedido de compensación, 3) dejar de sentir resentimiento”.

Y ahora ¿cómo responde B, el pecador de Watergate? “El arrepentimiento es: 1) Aceptar el perdón por un dolor provocado, 2) llevar a cabo cualquier restitución apropiada, 3) dejar de sentir culpa y vergüenza”.

Esos “salmos imprecatorios” que se encuentran en la palabra de Dios son los gritos agonizantes del hombre al cielo diciendo: “Dios, por favor aclara tu garganta y por lo menos di que los pecados de mis enemigos eran reales, que lo que hicieron estuvo mal. ¡Por favor!” Afortunadamente, el Calvario lo dice fuerte y claro. Para nuestros enemigos... y para nosotros también.

09

Perdón en una tabla de madera

AHÍ ESTÁ ESA PERSONA CON LA QUE SIMPLEMENTE NO PUEDES LLEVARTE BIEN. DISCUSIONES DEL PASADO LEVANTARON UNA BARRERA DE DIEZ METROS DE ALTO ENTRE USTEDES, Y NO PARECE HABER NINGUNA SALIDA POR ENCIMA, POR DEBAJO, NI ALREDEDOR DE ESA PARED DE ODIOS. ¿HAY ALGUNA CLASE DE ARREGLO PARA ESTE TIPO DE DISFUNCIONES DE FURIA QUE A MENUDO EXPERIMENTAMOS CON OTROS?

Es difícil imaginar a esa persona enojada, o con un temperamento de berrinches, pero el presidente Jimmy Carter admite que a menudo ha luchado con sentimientos de resentimiento prolongado. Desdichadamente, la persona con la cual tenía una "Guerra Fría" prolongada se llamaba Rosalynn de Carter.

Allá por 1987, él y su esposa decidieron ser coautores de un libro que titularon *Everything to Gain* (Todo para ganar). Eso ocurrió cerca de la elección que perdió contra Ronald Reagan en 1980, y su posterior mudanza a Plains, Georgia. Infelizmente, la cosa más importante que ella y él ganaron fue un poco de presión sanguínea extra por estar en desacuerdo sobre cómo escribir ese estúpido libro. El 97% del tiempo estaban en perfecto acuerdo. Pero durante el otro

3% estaban casi a punto de estallar. No coincidían, y ninguna cantidad de discusión podía resolver sus disputas. Afortunadamente, el Servicio Secreto estaba allí para prevenir que se mataran el uno al otro, pero eso se estaba perfilando como una “catástrofe Carter”, lo cual iba a llevar a que las Naciones Unidas lo resolvieran.

Finalmente el editor intervino y dijo: “Miren. En los lugares donde no pueden ponerse de acuerdo, marquen los párrafos. Lo pondremos tal cual en el libro: una ‘J’ para los suyos, Sr. Presidente, y para las partes que escribió su esposa pondremos una ‘R’ en el margen”.

Y el compromiso realmente funcionó. Es el clásico caso de “desacuerdo amistoso”, y la armonía prevaleció. Así y todo, el presidente Carter admite en su libro, *Living Faith* (Fe viviente), que en varias ocasiones hubo largos períodos silenciosos de resentimiento entre ellos. Sentimientos de dolor y mal humor, y –digamos esto a favor del trigésimo noveno Presidente de los Estados Unidos de América– ¿malas caras? Después de todo, él y su esposa son tan humanos como el resto de nosotros.

Y aún así, este hombre cristiano, quien no es tan sólo un líder mundial, sino también un maestro de escuela dominical y un renacido bautista, se dio cuenta de que algo necesitaba cambiar en su propio corazón. Y confesó ante el mundo entero: “Rosalynn y yo somos de voluntad fuerte y frecuentemente tenemos desacuerdos, algunos de los cuales duran varios días. Es difícil para cualquiera de los dos admitir que estamos equivocados. Recientemente, después de cierta pelea preocupante, decidí que nunca deberíamos dejar que otro día termine estando enojados el uno con el otro. Fui a mi tienda de maderas y corté una fina tabla de nogal, un poco más chica que un cheque de banco. Entonces la grabé: *Toda noche, siempre, es buena para una disculpa –o perdón– a tu manera. Jimmy*”.

¿No es ese un tremendo regalo? Cada noche, ese pequeño pedazo de madera garantizaba que la armonía prevalecería: ya sea con una disculpa o con un ofrecimiento de

perdón. El que fuere necesario. Luego Carter agrega esta posdata final: “Hasta ahora he sido capaz de honrarla cada vez que Rosalynn me la mostró. ¡Y lo ha hecho!”

Hay un par de puntos a tener en cuenta. Ante todo, algunas veces nuestro odio puede ser sacado del medio con un simple plan. Una pequeña irritación puede ser borrada con sólo ponerla en su lugar. Esas iniciales al lado de los párrafos espinosos; ellas se encargaban de éstos. Una madre desesperada, fuera de sí, una vez escribió a un especialista en paternidad por el hecho de que su pequeño niño derramaba la leche día tras día, comida tras comida. Era un caso de “¿Tienes leche?” “No, está en el suelo otra vez”. Y el experto en orientación de niños contestó así: “¿Por qué simplemente no corre el vaso de leche un poco más lejos del borde de la mesa?” “Oh, no lo había pensado”. Problema resuelto. Y muchas de las cosas que causan nuestro resentimiento son así de fáciles.

Pero entonces la segunda historia de Carter nos lleva un poco más adentro en el reino espiritual. Porque esta pareja casada hizo dos cosas. Primero, estaban dispuestos a discutir el problema. Él reconoció el dolor que le estaban causando esos períodos de separación emocional. Admitió el mal de la antipatía, del odio albergado. Esa es una clave: estar dispuesto a hablar sobre eso. Y entonces Jimmy Carter simplemente superó sus sentimientos y sus emociones. “Cada noche”, aseguraba, “estoy dispuesto a confesar si me equivoqué. Estoy dispuesto a perdonar si *tú* te equivocaste. Pero nunca nos iremos a la cama furiosos otra vez”. El Presidente y la Sra. Carter aseguraron que a causa de su amor, y de acuerdo con su fe, ellos simplemente se **PERDONARÍAN**. Cada lugar, cada momento, bajo cualquier circunstancia concebible e imprevista. Eso era parte del ser un matrimonio cristiano. Eso era obediencia. Y sin importar cómo se sentían, o si estaban aún convencidos de lo justo de su propia causa, ellos *obedecerían* Efesios 4:26, el versículo de la Biblia sobre no dejar que se ponga el sol cuando aún estamos enojados.

A veces, si estamos buscando un plan franco para terminar con el enojo, todo se reduce a lo más básico: una disculpa. En su encantador libro de béisbol, *Field of Hope* (Campo de esperanza), Brett Butler describe cómo fue jugar con Andre Thornton, uno de los jugadores cristianos más grandes de todos los tiempos. Butler, también cristiano, consideró a Thornton como un gigante hombre de Dios. Los jugadores se sentaban en ronda con sus latas de cerveza y con sus cuentos prohibidos para menores y sus insultos reforzados con guarangadas, y entonces Thornton entraba a la habitación. *Instantáneamente* las cosas se calmaban. Incluso el tipo más jaranero sabía que Thornton era un caballero cristiano. Y él tenía la fuerza y el apoyo suficientes como para fundamentar su postura.

Sin embargo, en esta pequeña anécdota Butler perdió la paciencia una vez en el avión del equipo cuando se volcó una gaseosa encima. Y Thornton, fuera de su carácter usual, hizo el comentario más diminuto y fastidioso. Nada del otro mundo. Y de alguna forma, Brett Butler, cristiano como era, perdió la paciencia, le gritó a Thornton que se callara y agregó un par de “espacios en blanco”. Y todos en el avión se rieron a carcajadas: “¡Butler dijo una mala palabra! ¡Butler dijo una mala palabra!” Lo cual, como Brett trataba de ser un cristiano, fue un gran titular. Los muchachos saludaban y festejaban de alegría por este pecado tan público.

Obviamente, Butler se sintió muy mal por todo eso. Le remordió la conciencia toda esa noche. Y al día siguiente estaba decidido a decirle a Andre Thornton cuánto lo sentía. He aquí el resultado: antes de que pudiera decir una palabra, Thornton vino a él. “Brett, lo siento”, dijo. Y Butler no lo podía creer. “¿Tú lo sientes? ¿Pero de qué estás hablando? ¡Yo soy el que perdió el control!” “No”, le dijo Thornton: “Si yo no te hubiera provocado, tu no habrías dicho lo que dijiste. Todo es culpa mía”.

Brett Butler, pensando más tarde en lo ocurrido, estaba sencillamente pasmado por la humildad de ese hombre. Él sabía que había estado mal. Y aún así, este otro jugador se

estaba echando la culpa a sí mismo, aceptándolo, buscando el perdón para que no hubiera ni una sola pizca de resentimiento, la cual puede destruir a quien observe a un cristiano.

Estos dos jugadores podrían haber tropezado con algo en cuanto a este tema del odio y el resentimiento. Fueron más allá del odio por una simple razón: su fe cristiana lo requería. En cierta forma, no tenían otra opción. Los cristianos *deben* perdonar. Los cristianos *deben* reconciliarse.

En *What's So Amazing About Grace* (¿Qué es tan asombroso acerca de la gracia?), Yancey comparte otra historia a lo largo de estas líneas: "Walter Wink cuenta de dos mediadores de paz que visitaron a un grupo de cristianos polacos diez años después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial. '¿Estarían dispuestos a encontrarse con otros cristianos de Alemania Occidental?', preguntaron los mediadores. 'Ellos quieren pedir perdón por lo que Alemania le hizo a Polonia durante la guerra y comenzar a construir una nueva relación'. Al principio hubo silencio. Después, un polaco habló. '¡Lo que estás pidiendo es imposible! ¡Cada piedra de Varsovia está bañada en sangre polaca! ¡No podemos perdonar!' "

Una y otra vez esta pregunta se cuela en el tema del rencor: ¿Son algunos pecados simplemente DEMASIADO grandes? Aquí está el resto de la historia: "Antes que el grupo se fuera, sin embargo, ellos oraron el Padrenuestro juntos. Cuando llegaron a las palabras: '...perdona nuestros pecados así como nosotros perdonamos...', todos dejaron de orar. Aumentó la tensión en el ambiente. El polaco que había hablado tan vehementemente dijo: 'Debo decirte que sí. No podía orar más el 'Padrenuestro', ya no podía llamarme cristiano a mí mismo, si me niego a perdonar. Humanamente hablando, no puedo hacerlo, ¡pero Dios nos dará su fuerza!' " Entonces Yancey agrega: "Dieciocho meses más tarde los cristianos polacos y de Alemania Occidental se volvieron a juntar en Viena, estableciendo amistades que continúan aún hoy".

Allí es a donde nos lleva la fe cristiana. Oh, hay méto-

dos y sistemas; podríamos tallar nuestro pedido de paz en un pequeño pedazo de madera. O tan sólo correr el vaso de leche. En estos días puedes mandar una disculpa por *mail* si no estás listo para hacerlo cara a cara. Pero la persona que pone su fe en Dios está armada sabiendo que todo lo que Dios ordena, también lo provee. Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”.

Los monjes benedictinos, dice Yancey, tienen este ritual que los ayuda en esta aparente imposibilidad de lograrlo. La gente que tiene problemas por resolver y odio enjaulado por liberar se junta para compartir y orar. Y entonces, aún cuando parezca muy duro, ponen sus manos en un recipiente grande de cristal lleno de agua, aún sosteniendo mentalmente ese dolor, esa pena. Y al seguir orando por el milagro de la gracia, del perdón, lenta y simbólicamente abren sus manos. Y el dolor, toda la frustración construida, esa larga LISTA que han llevado consigo, se escurre poco a poco. La sueltan en esa agua de gracia.

“Imagina”, escribe, “¿qué impacto podría tener si blancos y negros en Sudáfrica, o en los Estados Unidos de Norteamérica, hundieran sus manos repetidamente en un recipiente de perdón común?”

10

Perdona nuestra suciedad

¿QUÉ DESAYUNASTE AYER A LA MAÑANA? PROBABLEMENTE NO LO RECUERDES. ¿CUÁLES FUERON LAS PALABRAS EXACTAS, LAS ESTÚPIDAS Y DESPRECIABLES PALABRAS, QUE TU ENEMIGO USÓ EN ESE DISCURSO GROSERO CONTRA TI ALLÁ POR 1983? PROBABLEMENTE LAS TENGAS PROFUNDAMENTE ARRAIGADAS EN TU MENTE, PALABRA POR PALABRA.

Clara Barton, de la Cruz Roja, una vez sufrió una gran injusticia. Cierta persona había sido increíblemente cruel e injusta con ella. Años más tarde, sin embargo, cuando un amigo suyo empezó a avivar el fuego nuevamente, trayéndole recuerdos del doloroso pecado, nuestra heroína alegó que no se acordaba absolutamente de nada. “Lo siento”, dijo moviendo su cabeza negativamente, “simplemente... no me acuerdo”.

“Oh, vamos”, protestó el amigo, listo para disfrutar del destello de espadas verbales, listo a arrancar la costra y ver un poco de sangre fresca en el suelo. “¡Fue horrible! ¡Tienes que acordarte de eso!”

Y la respuesta volvió con apacible fuerza. “No”, dijo ella, “recuerdo claramente el haberme olvidado de eso”.

¿No es maravilloso? Me recuerda la canción clásica, amada por cristianos y judíos, que se encuentra en el centé-

simo tercer salmo del rey David: “No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (vs. 9-12).

Me encanta esa poderosa metáfora de que Dios se lleva nuestros pecados y, deliberadamente, con su mente omnipotente, los perdona. Los limpia por completo. Juan 5:24 nos dice que cuando una persona viene a Dios, el o ella “[cruzan]al otro lado”; tienen, en ese mismo momento, vida eterna. Sus pecados desaparecen. Dios los lleva tan lejos como el este está del oeste.

En su libro *The Bible Jesus Read* (La Biblia que Jesús leía), Philip Yancey investiga algunos pasajes fascinantes del Antiguo Testamento que han dejado perplejos a los cristianos por siglos. Y al comentar el Salmo 103, él explica una palabra egipcia: *hapiru*. Así llamaban los maestros egipcios a sus esclavos hebreos: *hapiru*, “los sucios”. Y por supuesto, los siguientes dos versículos en el Salmo 103 dicen así: “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda que somos polvo”.

Y Yancey comenta: “Tenemos un Dios que conscientemente olvida nuestros pecados y conscientemente recuerda nuestra debilidad”.

¿No te parece un buen anteproyecto? Por supuesto, la mayoría del tiempo hacemos exactamente lo opuesto. Conscientemente recordamos, deliberadamente nos centramos en los malos actos de nuestro prójimo hacia nosotros. No los olvidamos conscientemente; consciente, cuidadosa y metódicamente los esculpimos en el fresco de mármol de nuestra mente. Los ensayamos, escribimos poemas sobre ellos, los relatamos entusiastamente a nuestros amigos y parientes y hasta a los que llaman por teléfono al número equívocado, ésos que nos sacan de nuestra cómoda silla durante

un partido de fútbol un domingo por la tarde.

Y ciertamente también ignoramos el criterio de Dios en la segunda mitad de la ecuación, donde la Biblia dice: “Se acuerda que somos polvo”. Nosotros, por otro lado, ignoramos conscientemente la debilidad de la otra persona. No le damos la más mínima importancia al polvo, o a las telarañas, o los antecedentes, o la falta de educación, o los dolores y las penas privadas de nuestro enemigo. La frase “circunstancias atenuantes” es totalmente extraña para nosotros. Excepto si es aplicada a nosotros mismos, naturalmente.

Dale Carnegie cuenta la historia de cómo Mary Todd Lincoln, la esposa del decimosexto presidente de los Estados Unidos, despotricaba durante horas y casi echaba espuma de rabia por toda la gente del sur. ¿Cómo podían tener esclavos? ¿Cómo podía alguien ser tan retrógrado? Alimentó sus quejas hasta que Lincoln debió haber querido dejarla sola en la Habitación Lincoln e irse a dormir al sillón del hall de abajo. Pero, como cuenta Carnegie en la historia, el presidente Lincoln finalmente le dijo, muy calmadamente: “Querida... no los critiques. Ellos son exactamente lo que seríamos nosotros bajo las mismas circunstancias”. En otras palabras: polvo. Polvo nacido y alimentado en lo profundo del sur de Estados Unidos, donde las plantaciones y las cadenas de esclavos y donde las escuelas dominicales segregadas racialmente eran la forma en la que pequeños niños y niñas habían sido criados por generaciones. Habían crecido en el polvo, y polvo es lo que eran. Eso no justificaba el mal, pero ayudaba a una persona a entender por qué el mal estaba allí.

Se nos recuerda aquí –y es irónico que el rey David también esté involucrado en esta historia– el famoso versículo donde Samuel está buscando a un nuevo rey para Israel, y Dios le dice a su profeta: “Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” (1 Sam. 16:7).

Ciertamente, puedes tomar ese versículo de dos formas. A veces una persona puede barrer el polvo de afuera,

dejando una superficie lisa y brillante... y el Señor ve dentro del corazón y ve el mal que hay allí, la suciedad oculta. Pero nuestro Dios amante también puede ver nuestros errores pasados, la fina apariencia de nuestros defectos, y ve nuestras pruebas, las debilidades con las que estamos batallando. Y antes de que tú y yo estemos tentados a alimentar un rencor, a recordar heridas pasadas y a olvidar las deficiencias sucias que llevaron a esas heridas, tratemos de pensar con la mente de Cristo.

Esta es otra porción de la correspondencia de C. S. Lewis a esa “dama norteamericana”. Era una rencorosa por excelencia; tenía una montaña de resentimientos que se apilaban más alto que la Estatua de la Libertad. No podemos leer sus cartas a Lewis —probablemente algo bueno—, pero es notorio que estaba furiosa casi todo el tiempo. Él responde a una de sus críticas de un fulano de tal: “Su penitencia sin duda puede ser muy imperfecta y sus motivos muy mezclados”, escribe él, “pero también lo son todos nuestros arrepentimientos y nuestros motivos. Acepte los de esa persona así como usted espera que Dios acepte los suyos”. Luego agrega este recordatorio que se encuentra en Mateo 6:15: “Recuerde que él ha prometido perdonarla así, y sólo así, como usted los perdona a ellos”.

Aparentemente, a menos que aprendamos a adoptar esta filosofía de “polvo” que el cielo tiene para con nosotros —“Dios conscientemente se olvida de nuestros pecados y conscientemente recuerda nuestra debilidad”— y aplicarla con aquellos que nos hacen mal, nosotros mismos deberíamos salir de la sombra de la amnesia clemente de Dios.

Un poquito mas adelante, en la misma carta a esta dama norteamericana que no perdonaba, Lewis agrega este segundo pensamiento: “Trate de no pensar en sus pecados y mucho menos hablar de ellos. ¡Los propios son un tema mucho más útil! Y si, luego de considerarlo, no puede encontrar errores de su propio lado, entonces clame por misericordia: porque este debe ser el engaño más peligroso”.

Bien, Dios no tiene engaños... pero tú y yo cierta-

mente los tenemos, ¿verdad? Son noticias maravillosas que Dios, quien conoce tanto más que nosotros, sea aún la Persona que toma nuestros pecados y los deposita en el rincón más lejano del universo, fuera de su propia vista. Ése es el Dios, que nunca olvida, que deliberadamente *sí* olvida.

Para nosotros el desafío es a hacer lo mismo: deliberada e intencionalmente, **olvidar**. Sacar de nuestra mente los agravios, esa vieja herida. Y después decirle a nuestra mente, quizá muchas veces al día: “¡Estoy harto de esto! ¡Mente, aléjate de ahí!” Tenemos que hacer que el olvidar sea un principio espiritual, tal como Jesús hizo cuando los clavos estaban enterrándose en sus manos y pies. ¿Cómo podía él llegar a perdonar, cuando cada respiración era una agonía intensa? Y después ese viernes por la tarde, cada aliento que tomaba, cada momento que él soportaba, era dolor más allá de cualquier descripción. ¿Cómo podía él perdonarlos? Pero eso es exactamente lo que él hizo. “Padre, perdonémoslos”, dijo. “Aun mientras esto esté pasando,elijamos perdonar”.

Dos años después de que C. S. Lewis enviara esa carta a través del tormentoso Atlántico, tuvo la oportunidad de escribirle a su amiga de nuevo. Él estaba cansado y frágil ahora; su propia muerte llegaría tan sólo cinco meses más adelante. Pero, nuevamente, el 25 de junio de 1963 se sintió obligado a recordarle a esa mujer sobre el poder del olvido, del perdón. “Espero que ahora que sabe que está perdonada”, escribe, “invierta la mayor parte de las fuerzas que le quedan en perdonar”.

Y se necesita fuerza, ¿no? Es difícil olvidar a propósito las mismas cosas que tu alma pide a gritos que se cataloguen y registren, y que se aferran tan fuertemente de los músculos de tu mente. Pero fíjate cómo podemos hacerlo: “Deje todos los resentimientos”, escribe Lewis, en el manuscrito de un fatigado pero fiel veterano, “a los lastimados pies de Cristo”.

II

Gritándoles a los ciegos

SI ALGUIEN TE BLOQUEA EN EL TRÁFICO, TE ENOJAS, ¿SÍ? TODOS LO HACEMOS. PERO SI DESCUBRES QUE PERDIÓ UNA RUEDA, O QUE SU VOLANTE REPENTINAMENTE SE TRABÓ, HACIENDO QUE SU AUTO DIERA UN TUMBO FRENTE A TI —ESPECIALMENTE SI TERMINARA SE-RIAMENTE HERIDO—, BUENO, ENTONCES LE DARÍAS MENOS IMPOR-TANCIA AL ASUNTO.

El escritor motivacional Stephen Covey cuenta acerca de un hombre en un subterráneo que veía frustrado cómo otro pasajero permitía que sus hijos se comportaran salvajemente. Se trepaban a los asientos y los pasaban por encima, molestando a otros pasajeros, haciendo ruido, riñendo y peleando en juego por todas partes hasta que podías notar enojo en un montón de rostros. Y finalmente este joven carraspeó su garganta y le dijo a ese hombre recostado en su asiento: “Mira, amigo, ¿por qué no le pegas unos latigazos y haces tu trabajo? Tus hijos son una molestia enorme. ¿Eres ciego o qué?” O palabras similares al mismo efecto.

Y si recuerdas la historia de Covey, el padre levantó la mirada y vio a su acusador con angustia en sus ojos. “Tienes razón”, le dijo dubitativamente. “Supongo que debería hacer algo. Pero venimos del funeral de mi esposa. Los niños acaban

de perder a su mamá. Y supongo que justamente... no son ellos mismos. Lo siento".

Puedes imaginarte la pausa larga y avergonzada... con el traqueteo de las ruedas del subte recordándoles a todos los que estaban escuchando en ese vagón que no siempre conocemos toda la historia. Hay páginas ocultas a nuestra vista, y funerales de los cuales no sabemos nada.

¿Has sido lanzado alguna vez a un minirrencor, o tal vez inclusive un maxirrencor, sólo para descubrir que había algo que no sabías? Vas a trabajar, y el mismo tipo que cada día llega tarde falta otra vez. Y todos agitan sus cabezas. "¡Hay cada uno! ¿Cómo saldrá impune de esto?" Pero entonces, alrededor de las 10 de la mañana, la frase comienza a deslizarse por los corredores y vestíbulos: "La esposa de Tom falleció en un accidente automovilístico la noche pasada".

Hasta ese momento estabas muy furioso. Pero así de repente, con las famosas palabras de la señorita Emily Litella en *Sábado a la noche en vivo*, dices: "Oh... no importa". Y el gran discurso que construiste en tu mente parece morir en ese preciso momento.

En nuestra ceguera a menudo nutrimos nuestros rencores. Estamos enojados y resentidos porque no conocemos todos los hechos. Pero intenta mirarlo desde el otro lado de ese vagón de subterráneo. ¿Cuán a menudo estamos incorrectamente enojados con la otra persona porque no consideramos su ceguera?

Caso: Estás parado en ese mismo subte de Nueva York lleno de gente, yendo con ilusión al juego del Campeonato Mundial de Béisbol, cuando de repente alguien te da un tremendo pisotón. Te lo hizo puré... pero bueno. ¡Ay! Y giras rápidamente para gritarle: "¿Qué te pasa? ¿Estás ciego?" Justo entonces notas sus anteojos oscuros y su bastón blanco. Y esa línea de ataque muere en tu garganta. "¿Eres ciego?" Sí, es ciego. Y por supuesto, no nos enojamos con una persona ciega que pisa nuestros dedos del pie; no puede evitarlo. No lo hizo intencionalmente.

Vera Sinton cuenta una historia con una frase bastante

conocida: “En 1987”, escribe, “millones de televidentes vieron entrevistas con Gordon Wilson. Él y su hija fueron sepultados bajo escombros por una bomba en un desfile público en Irlanda del Norte. Él estaba sosteniendo su mano cuando ella murió”.

Irlanda del Norte ha sido el escenario de frustraciones ardientes durante largas décadas. Todos vimos los reportes de la CNN de esas explosiones, el terrorismo interminable entre la organización de Sinn Féin de la IRA y los Orangemen (Hombres anaranjados), católicos contra protestantes. Y este Gordon Wilson acaba de perder una hija por la violencia, por “Los Conflictos”. Pero nota su respuesta, como lo cuenta Sinton en la historia: “Él estaba sosteniendo su mano cuando ella murió. Pero él se negó a alimentar su mala voluntad contra los terroristas. ‘Oraré por ellos esta noche y cada noche. Que Dios los perdone, porque no saben lo que hacen’ ”.

Sé que escuchaste esa frase antes (“Dios, perdónalos, porque no saben lo que hacen”); yo también. “Elijo no estar enojado, porque la persona que acaba de pisarme era ciega”. “Elijo no guardar rencor, porque la persona que mintió sobre mí estaba confundida, equivocada y asustada, sintiéndose muy incapaz”. “Elijo no tomar represalias por esta bomba, porque las personas que encendieron la mecha estaban ciegas espiritualmente, empobrecidas moralmente, por el efecto acumulado de un millón de heridas pequeñas de las cuales no sé nada”.

Ahora es verdad que hay un límite para esto. Hay ceguera y también hay mal. Es penosamente real que la gente a veces detona bombas y sabe exactamente lo que hace. Clava clavos en las inocentes manos del Salvador, y lo hace con sus ojos bien abiertos. Pero cuán solemne es ver que Jesucristo, que estaba recibiendo esos martillazos, le dio a los soldados romanos el beneficio de la duda. “Padre, perdónalos”, oraba. “Están ciegos. No saben lo que están haciendo. No se dan cuenta de las consecuencias de este momento”.

Piensa en la persona con la cual tienes más resentimiento en tu vida, la persona que realmente piensas que abu-

só de ti, abusó de su posición y abusó de su poder. Y tal vez lo haya hecho. Pero ¿conoces todos los antecedentes, la historia completa de su niñez, sus años de adolescencia? ¿Sabes cómo fue criado? ¿Conoces los tormentos ocultos y privados que ha atravesado, los colapsos que tuvo en la escuela, los divorcios? No lo sabes, ¿o sí? Yo tampoco. Jesús mismo, quien sabía lo que sus enemigos habían vivido, quien tenía un panorama completo de sus puntos débiles y también sus pecados premeditados, eligió darle menos importancia a esos hombres necios y mal aconsejados con sus martillos y clavos.

Aquí hay otra ilustración sacudida por la tempestad a bordo del *Caine*. Ese capitán de barco psicótico, Queeg, hizo de la vida un verdadero infierno para los oficiales y la tripulación. Bastante pronto todos lo odiaban; guardaban rencores que eran tan calientes como los proyectiles de morteros que volaban por encima de sus cabezas. Pero el autor Herman Wouk describe una escena donde el personaje central, Willie Keith, salía a cubierta y miraba el océano agitado por las olas, la vasta expansión de los cielos. “Él podía, por lo menos por un rato”, escribe el autor, “reducir a Queeg a un hombre enfermamente bien intencionado que luchaba contra un trabaajo que iba más allá de sus posibilidades”.

Hay otra escena fundamental donde Steve Maryk, el oficial ejecutivo, y Keefer, el oficial de comunicaciones del barco, pasan por encima de la Quinta Flota para decirle al Almirante Halsey que su capitán es un loco, y que tenía que ser reemplazado bajo el Artículo 184 de la Marina. De hecho, Maryk tiene un informe que se guardó, donde registró todas las cosas sordas, paranoicas y esquizoides que hizo el capitán. Y cuando Keefer empieza a despotricar sobre Queeg, sobre lo tirano que es, lo abusivo y mal oficial que es, Maryk lo hace callar con su propio argumento. “Esa es otra historia, Tom. Si el viejo está enfermo de la cabeza no hay nada por lo cual enojarse”.

Y Keefer, luego de un alarga pausa, asevera a regañadientes. “Verdad”. Es como una persona ciega pisándote. Duele, pero no te enojas por eso.

En su capítulo "Nice People or New Men" (Gente linda u hombres nuevos), del clásico cristiano *Mere Christianity* (Mero cristianismo), C. S. Lewis se dirige a la clase de problema del capitán Queeg que molesta a un montón de gente. Y es esto: ¿Por qué tantos cristianos son cretinos? ¿Por qué los cristianos te pisan en el subterráneo? ¿Por qué son tan criticones? ¿Por qué son tan poco amistosos en la iglesia? ¿Por qué algunos que viven en Irlanda del Norte encienden mechas para bombardear y matar a chicos inocentes? ¿Por qué aquí, en los Estados Unidos, hombres que fueron bautizados en estanques un domingo a la mañana, salen a la medianoche en una camioneta y prenden fuego una iglesia de negros? ¿Por qué estos así llamados Hombres Nuevos y Mujeres Nuevas no son muy afables? ¿Y por qué no debería guardarle rencor a una persona que actúa de esa forma?

Bien, Lewis reconoce la realidad de que cuando los cristianos nos comportamos mal, hacemos que el cristianismo sea poco creíble para el mundo que observa. Pero bien al final del capítulo nos da este recordatorio pacifista, que viene directamente del pie de la cruz, donde Jesús susurra esas palabras sobre ceguera y perdón. "Realmente, ¿qué puedes llegar a saber sobre el alma de la otra persona, junto con sus tentaciones, sus oportunidades, sus luchas? Hay un alma en toda la creación que sí conoces: el único cuyo destino está en tus manos. Si hay un Dios, tú estás, en cierta forma, sólo con él".

Quizá todos deberíamos ubicarnos en la cubierta de ese barco, el *Caine*. A nuestro alrededor hay gente herida, confundida, paranoica, marcada por la guerra: pisando los dedos de nuestros pies, hiriendo nuestros sentimientos, dando órdenes estúpidas. A algunos soldados les duele la cabeza, otros son lisa y llanamente malos. ¿Cómo podemos ver la diferencia? ¿Cómo podemos saber a quién guardarle rencor? ¿Cómo podemos decidir si nos sublevamos o nos quedamos en el barco? Es difícil, ¿no? Pero a tu alrededor está el poder agitado del océano, el perdón del Calvario y la ternura del Salvador que dice: "Padre, perdónalos a todos; no saben lo que están haciendo".

I2

Siempre *furiosos* con el Sr. Inconsciente

AÚN SI POR EL ESFUERZO DE USAR TU CEREBRO ESTUVIERAS PAGANDO EL SALARIO MÍNIMO —DIGAMOS... CINCO DÓLARES LA HORA—, Y PASARAS CINCO HORAS CADA SEMANA REFLEXIONANDO SOBRE TU ODIOS HACIA CIERTA PERSONA, ESE ENEMIGO TE ESTÁ COSTANDO ¡VEINTICINCO DÓLARES POR SEMANA! ¡TE ESTÁ USANDO! Y QUIZÁS ÉL O ELLA NI SIQUIERA SEPAN LO ENOJADO QUE ESTÁS.

Este es uno de los perfiles más escalofriantes del que alguna vez se haya escrito: una trágica historia sobre un niño llamado Lee. Como lo cuenta el autor del best-seller, William Manchester, este joven tenía un futuro sin esperanzas. Era más bien petiso, y ya estaba perdiendo pelo. Tenía una voz chillona y preadolescente. Y no podía mantenerse en su puesto y ganar más de un dólar por hora allá por 1960.

Tenía una esposa que era bastante atractiva, pero se reía de él, agrediendo verbalmente frente a sus amigos. De hecho, fue tan lejos que llegó hasta a quejarse públicamente con otros sobre sus fallas sexuales; no era “un hombre en la cama”, decía sarcásticamente cuando él estaba parado a dos metros de distancia.

Todas esas humillaciones, esas imperfecciones, se construían una sobre otra. Lee no hablaba de eso, sino que

básicamente sufría en silencio. Después de que su esposa lo abandonara y se mudara a lo de un amigo, él se sentaba solo frente a un televisor blanco y negro y miraba películas de suspenso y de asesinatos misteriosos. Sus ojos tenían una mirada vidriosa, pero bien adentro el volcán del resentimiento estaba hirviendo pacíficamente. “Se estaba volviendo loco lentamente”, escribió Manchester más tarde.

Y finalmente, un viernes por la mañana, cuando se dirigía al trabajo con un amigo suyo, según resultaron las cosas, ese paquete de barrales de cortinas en el asiento trasero realmente no eran barrales después de todo. Y Lee, derramando todo su resentimiento en un acto de violenta retribución, apretó el gatillo de su formulario de correo Mannlicher-Carcano,* y lanzó balas que impactaron en el presidente John F. Kennedy.

Así de mortal puede ser el resentimiento si dejamos que se acumule. Ese es el resultado final de la furia que no se resuelve. Y sí, eso es lo que puede pasar si memorizamos y seguimos cantando la misma canción: “¡No puedo dejar de ODIARTE!”

En su libro *The Death of a President* (La muerte de un presidente), William Manchester señala cómo de una manera impersonal y a larga distancia, a Lee Harvey Oswald le molestaba todo lo que Kennedy tenía y él no. Kennedy era rico, bronceado y poderoso, y Lee no poseía ninguno de esos privilegios. Y día a día, mientras su vida iba cayendo amargamente y sin rumbo hacia el 22 de noviembre de 1963, él simplemente no podía superar su resentimiento. No podía desviar su mente hacia ninguna otra dirección.

Ahora piensa un poquito más en la otra persona en nuestra relación de furia, aquella que odiamos. Si puedo tomar prestado un poco más de música, esta vez de Linda Ronstadt, recuerdo esas palabras de queja: “He sido engañada, maltratada. ¿Cuándo seré amada?” Y quizá no sea accidental que también sea un éxito de Ronstadt el que dice

* Marca de fábrica. Rifle o fusil de repetición parecido al Mauser.

así: “No sirves para nada, no sirves para nada, no sirves para nada... nene, no sirves para nada”. Porque la mayoría de las veces, nuestros resentimientos en la vida se dirigen a esa otra persona. No podemos ser felices a menos que ellos no sirvan para nada Y a menos que todo el resto del mundo esté de acuerdo con nosotros acerca de que no sirven para nada. Nos gustaría pararnos en la iglesia, señalarlos y gritar: “¿Puedo presentar un testigo? ¡Ellos no sirven para nada!”

Volviendo al tema “ciego” del capítulo anterior, hay otro pedacito de verdad trágica en la vida y del que a menudo no nos damos cuenta, pero que la historia de Lee Harvey Oswald señala dolorosamente. Buena parte del tiempo tenemos resentimientos hacia una persona o su conducta y, francamente, la persona con la que nos estamos obsesionando no tiene ni idea de que estamos enojados. Está a kilómetros de distancia y completamente ajeno a todo.

Piensa en esto. ¿Acaso sabía el presidente Kennedy en la Casa Blanca que un ex marino resentido, separado de su mordaz esposa rusa, estaba hundido en la soledad allí en una pequeña casa de Fort Worth? ¿Sabía algo acerca de los pensamientos venenosos que Lee tenía cuando J. F. K. y su hermano menor Bobby estaban haciendo frente a la crisis de los misiles cubanos y luego planeaban el viaje a Dallas? Por supuesto que no. Aún así, cada día Lee Harvey Oswald se pasaba horas, literalmente, juntando bronca, acariciando su odio, complotando para cobrarse su revancha con el mundo, tramando planes para hacer que esos Kennedy, ricos y de esmoquin, pagaran un precio por su inmerecida buena fortuna.

Recuerda una vez más ese renglón de Roger Ebert sobre los rencores: “Alguien debería decirles que el resentimiento es sólo una forma de dejar que alguien use tu mente sin pagar alquiler”. Y esto es verdad en nuestras relaciones personales así como en el reino espiritual. ¿Por qué deberías permitirle a ese enemigo que use tu mente de esa forma, que te torture con pensamientos de odio, y no pague alquiler? ¡Él ni siquiera sabe que estás gastando toda esa energía

en él! ¡Qué trampa mortal es esta!

Y aún más avasallante es darse cuenta de cómo el enemigo de este mundo, Satanás, hace lo mismo. ¡El resentimiento es su arma preferida! Imagina el precio que pondría en la etiqueta. Si pudiéramos ponerle una etiqueta con el precio por las horas y los días, e inclusive sumando hasta los años, donde hemos meditado acerca de lo enojados que estamos con alguien, no podemos imaginar la celebración que haría. Y por supuesto, esas horas salen del tiempo en el que podríamos estar leyendo la Palabra de Dios, orando, compartiendo a Cristo con otros, olvidándonos de nosotros mismos al servir a los demás.

Hay una historia trágica en el Antiguo Testamento, en 1 Reyes 12, donde un nuevo rey, Roboam, había heredado el trono de su padre, Salomón. Y todo el pueblo, resentido por años de opresión e impuestos, envió una delegación para pedirle al rey un poco de alivio. Habían albergado odio durante años y ahora finalmente se estaban comunicando. Las cosas habían estallado.

Y al leer la historia, es claro que este rey no estaba al corriente de los hechos. ¡Despistado! No podía ni siquiera establecer una mínima conexión con el resentimiento que ellos sentían. Le preguntó a dos grupos de consejeros: “¿Cómo debo responder? ¿Debo tratarlos con menos rigor?” Un grupo dijo que sí, pero el otro, una colección de rudos de ‘Generación X’ de la realeza, dijo: “No, multiplícalo. Muéstrales quién es el jefe. Diles que estamos triplicando el tamaño de la renta pública; que estamos pasando de latigazos a escorpiones”. Y este rey reservado, Roboam, tan desconectado del resentimiento de su pueblo, siguió el consejo del grupo de los que eran menores de 30. Y como resultado, el reino se dividió en dos y nunca fue unido nuevamente.

¿Qué hacemos entonces con nuestra furia? W. R. Alger una vez escribió, y no queremos que esto ocurra: “Los hombres a menudo hacen con su ira lo que ellos quieren con su razón”.

Y recordamos los consejos gemelos que nos llegan a

través de los años. Primero, el antiguo proverbio chino: "Nunca respondas una carta (o un *e-mail*) cuando estés enojado".

Luego el consejo no bíblico de Mark Twain en *Pudd'n-head Wilson*: "Cuando estés enojado, cuenta hasta cuatro; cuando estés muy enojado, blasfema".

¡Ciertamente no te aconsejo que hagas eso cuando comuniques tu resentimiento! Pero ¿qué hacer?

Probablemente haríamos mejor en buscar consejo en nuestras Biblias en lugar de seguir el de Samuel Clemens esta vez. Resalta estas dos perlas clásicas del libro de Proverbios: "Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad" (16:32).

Aquí deberíamos extrapolar el razonamiento y sugerir que la persona que es lenta y cuidadosa en *expresar* su odio es igualmente sabia. A veces los resentimientos necesitan ser expresados en palabras, especialmente si queremos dejar a un lado nuestra carga de odio antes de que caiga el sol como enseña la Biblia. Pero seamos lentos en airarnos y tardos en expresar enojo. Oremos por cada palabra antes de decirla; caigamos de rodillas antes de redactar ese *mail* agresivo, y arrodillémonos una segunda vez antes de presionar el botón ENVIAR.

Y entonces, sólo un capítulo mas tarde, en Proverbios 15:1, leemos las siguientes magníficas palabras: "La blanda respuesta quita la ira; mas la palabra áspera hace subir el furor".

¿Cuánta gente ha concluido sus peleas con esa amable y suave respuesta? Se ha sugerido que estas cuatro palabras: "Me equivoqué, lo siento", están entre las más poderosas del planeta. En su clásico best-séller, *How to Win Friends and Influence People* (Cómo ganar amigos e influir sobre las personas), Dale Carnegie le aconseja a la gente que diga a su adversario: "Puedo estar equivocado. Frecuentemente lo estoy. Examinemos los hechos".

Justo aquí deberíamos cruzar al otro lado del campo

y pensar por un momento sobre lo que está pasando ahí. El resentimiento es malo, pero ser una persona que *causa* resentimiento innecesariamente, bueno, eso es aún peor. ¿Por qué debería el pueblo de Dios vivir de tal forma que origine permanentemente tal amargura y odio candente? ¿Por qué deberíamos nosotros, que somos jefes, líderes y esposos, llevar adelante nuestros asuntos con tanta insensibilidad que nuestros subordinados sientan resentimiento y odio?

¡Es irónico notar que estas dos perlas bíblicas maravillosas –acerca de ser tardos en enojarnos y usar la blanda respuesta– hayan sido escritas por el rey Salomón! ¡Aquí está el rey cuya insensibilidad y pesados impuestos llevaron a la división del reino de su hijo Roboam! Sus palabras fueron buenas, pero qué gran bendición podría haber sido él mismo si hubiera vivido como un verdadero monarca, humilde y temeroso de Dios.

Y para ti y para mí hoy, ¿qué tal unas palabras blandas? ¿Para ambos lados de esta ecuación que llamamos resentimiento? ¿Podemos vivir, por un lado, vidas de perdón? ¿Y por otro lado vidas agradables que no necesitan demasiado perdón? Sería bueno pasar de nuevo nuestra canción *country* favorita pero de la forma que nos guste: “¡No puedo dejar de AMARTE!”

13

Entregándole tus rencores al Presidente

VES A UN ACTOR EN TELEVISIÓN GRITANDO POR TELÉFONO:
"¡ESTOY TAN ENOJADO QUE ME GUSTARÍA SACUDIRLO A PATADAS!"
Y TE PREGUNTAS: "¿A QUIÉN LE ESTÁ HABLANDO ASÍ?" ¿TE SOR-
PRENDERÍA ENCONTRAR QUE LA GENTE EN LA BIBLIA LLAMÓ AL TE-
LÉFONO ROJO* Y LE GRITÓ A DIOS USANDO EXACTAMENTE ESAS
PALABRAS?

Allá por octubre del 2000, justo antes de la famosa elec-
ción "del muchacho de los hoyuelos" y la maratón de
Florida, el *Newsweek* mostró algunos de los temas difíciles
con los que el nuevo Comandante en Jefe de Norteamérica,
Gore o Bush, se tendría que enfrentar en muchas de las par-
tes conflictivas del mundo. Ehud Barak versus Yasser Arafat.
El ataque suicida al *USS Cole* en Yemen. ¿Qué haría Putin a
continuación en Rusia? ¿Podría Kostunica manejar las cosas
en Serbia y mantener a Milosevic fuera de su camino al in-

* Teléfono con el cual se comunican entre sí directamente los presidentes de los principales países del mundo. Se comenzó a usar después de la Segunda Guerra Mundial (1958), más precisamente a partir de la así llamada Guerra Fría. Aquí aludiría, por vía metafórica, a una comunicación directa con la Deldad.

tentar llevar a su pueblo a una nueva era de libertad? Y el *Newsweek* se lamentó con esta frase turbulenta que el nuevo presidente debía considerar: "Norteamérica ahora es Goliat, enfrentando a muchos David, enemigos que utilizan la caudela, la velocidad y el suicidio para derramar sangre. ¿Qué podemos hacer?"

Y aquellos de nosotros que tengamos pasaporte norteamericano, ya sea que viajemos a los puntos calientes de la tierra, o sólo hagamos la cola para subir a la montaña rusa Matterhorn en Disneylandia, tenemos que considerar esta pregunta: ¿Está el presidente al tanto de todo esto? Todo esto se lo llevan y lo depositan sobre su escritorio: "Aquí tiene, Sr. Presidente. Haga que todo esto desaparezca". ¿Es él lo suficientemente duro? ¿Puede el dólar realmente parar allí, o el pueblo norteamericano debería retener algunas monedas de cinco y diez centavos?

¿Alguna vez ansiaste desencadenar una injuria de odio atado con veneno hacia alguien que te había herido? En tu mente, practicaste y afinaste ese discurso hasta que ardía con pasión violeta y poder. Oh, ¡era bueno! Rimaba como un sermón de Jesse Jackson. Despedazaba a tu enemigo hasta que no quedaba ningún centímetro cuadrado de él.

En el libro de Yancey, *The Bible Jesus Read* (La Biblia que Jesús leía), hay un capítulo completo sobre algunos de los arranques de furia que de hecho puedes encontrar en Salmos. Casi en cada una de las páginas el rey David está arrojando jabalinas verbales a sus enemigos, o, realmente, pidiéndole a Dios que se hiciera cargo del asunto. Aquí tienes sólo una porción al azar del Salmo 68: "Levántese Dios, sean esparcidos sus enemigos; y huyan de su presencia los que le aborrecen. Como es lanzado el humo, los lanzarás; como se derrite la cera delante del fuego, así perecerán los impíos delante de Dios" (vs. 1, 2).

Previamente, en el Salmo 58, él es aún más gráfico: "Oh, Dios, quiebra sus dientes en sus bocas". Aquí está hablando de los impíos. "¡Quiebra, oh Jehová, las muelas de los leoncillos!" (v. 6). Luego, tan sólo cuatro versículos más

abajo, agrega: “Se alegrará el justo cuando viere la venganza; sus pies lavará en la sangre del impío”.

¿Cuál es el objetivo de toda esta Escritura violenta y de quebrantamiento de dientes? Yancey de hecho levanta estas plegarias tan furiosas del rey David como el modo correcto de enfocar el tema de nuestro odio no resuelto. “Si una persona me trata mal injustamente”, escribe, “tengo varias opciones. Puedo buscar la venganza personal, una respuesta condenada por la Biblia. Puedo negar o reprimir mis sentimientos de odio y dolor. O puedo llevarle esos sentimientos a Dios, confiándole la tarea de la ‘justicia retributiva’ ”.

Luego Yancey agrega esto: “Los salmos de maldiciones son ejemplos vívidos de esta última opción. ‘Es mi tarea la de vengarse; voy a devolverles con la misma moneda’, dice el Señor; las oraciones como los salmos de maldiciones ubican la venganza en las manos que corresponde. Significativamente, estos salmos expresan su indignación a Dios, no al enemigo”.

Esa revelación es maravillosa, ¿no? Cuando estás hirviendo de odio por dentro, cuando estás quemándote de resentimiento, a veces esos sentimientos no están mal. ¿Pero adónde deberían ir? La Biblia nos dice que la opción número uno –vengarse por uno mismo– no es apropiada. Proverbios 20:22 dice: “No digas: Yo me vengaré; espera a Jehová, y él te salvará”.

Reprimir y contener nuestro odio también está mal; la Biblia nos dice que no dejemos que nuestros rencores continúen luego de la puesta de sol.

Pero aquí la opción número tres es lisa y llanamente ratificada. Podemos hacer que nuestras frustraciones, nuestro odio reprimido, nuestros rencores, marchen directamente hacia la Casa Blanca del universo, entren a la Oficina Oval y le digan al Presidente –en realidad al Señor Dios Todopoderoso– Jehová: “Aquí tienes. Lo quieres, lo tienes”. Eso es exactamente lo que la Biblia nos dice que hagamos. Ir descaradamente a la sala del trono de gracia, y entregar esa historia lamentable y que causa odio a Dios. Porque el estre-

mecimiento acaba allí, y también el dolor de estómago.

Yancey continúa observando asombrado que nuestros gritos, nuestros alaridos de furia, aparentemente no son ni una amenaza para Dios ni tampoco le molestan. ¡No le molestan! “Instintivamente, queremos ‘limpiar’ nuestros sentimientos en nuestras plegarias, pero quizás hacemos todo lo contrario. Tal vez deberíamos esforzarnos por llevarle todos nuestros peores sentimientos a Dios. Después de todo, lo que sería chusmerío dirigiéndonos a cualquier otra persona, es una petición si nos dirigimos a Dios. Lo que es una maldición vengativa cuando hablamos de alguien: ‘¡Malditas personas!’, es un ruego de dependencia impotente cuando se lo decimos directamente a Dios: ‘Es tu problema, y el de esa maldita gente, ya que sólo tú eres un Juez justo’ ”.

Instintivamente pediría perdón por tales palabras, o culparía a Philip Yancey y diría: “Sólo estoy haciendo circular su vocabulario picante”. ¿Pero cuántas veces pensamos sobre alguien con “esas palabras”? ¿Y no es precisamente trabajo de Dios, el Juez justo, decidir si una persona va a ser condenada o se va a perder? Toma tus pensamientos de odio sobre ese tema y deposítalos sobre su escritorio. A él no le molesta. No llama a Seguridad o al Servicio Secreto, ni te arroja al Rosedal [uno de los inmensos jardines de la Casa Blanca en los EE.UU.].

Yancey sigue con una confesión personal: “Hago de esto una práctica semanal, durante una larga caminata en la colina detrás de mi hogar, el presentar a Dios mi odio contra la gente que ha actuado mal conmigo. Vuelvo a contar todas mis razones para sentirme injustamente tratado o incomprendido, forzándome a revelar francamente a Dios sentimientos profundos, porque ¿acaso no los conoce Dios de todos modos?” Luego confiesa esto: “Puedo asegurar que el derramamiento en sí mismo tiene un efecto terapéutico. Usualmente salgo de casa y siento como si hubiera dejado una enorme carga. La injusticia ya no está adherida como una espina dentro de mí, como lo estaba antes; se la he dicho en voz alta a alguien, a Dios”.

Es difícil imaginar el estar ahí, en la Oficina Oval, y que el Presidente nos escuche pacientemente mientras ventilamos todo. Y luego tranquilamente presiona el llamador y entra un hombre de su confianza. “Steve, cuida de mi amigo”, dice. “Cualquier cosa que necesite...” O levanta un teléfono, llama a un líder importante de la Armada y le ordena que despliegue todo el armamento militar de la nación, su monstruo de poder, para resolver mi problema. Él no está desconcertado con mi dilema; no está confundido ni se encuentra ante una encrucijada. Simplemente pone a disposición todos sus recursos y se preocupa por mi necesidad.

Y nuestro imperturbable Líder se interesa en todas nuestras necesidades, grandes y pequeñas. La difunta y gran Erma Bombeck una vez articuló el clamor más profundo de mucha, mucha gente. Esta era su plegaria diaria: “Señor, si no puedes hacerme ver flaca, haz que mis amigas luzcan gordas”.

¿Te suena esto? La Biblia está llena de plegarias similares. “Haz que mis enemigos se vean gordos”. “Hazlos perder todo su dinero”. “Señor, si no es mucha molestia, ¿podrías, por favor, levantarte y matarlos a todos? ¡Puedes hacerlo, Señor! Si tan sólo golpearas a mis enemigos hasta la muerte, no te pediría ninguna otra cosa por el resto del mes”.

Es interesante que los escritores bíblicos pasaron por una clase de esquizofrenia espiritual. Sólo unas páginas más adelante de donde el salmista clama al cielo por venganza, el hijo del salmista, Salomón, escribe esto en el capítulo 24 de Proverbios: “Cuando cayere tu enemigo, no te regocijes, y cuando tropezare, no se alegre tu corazón; no sea que Jehová lo mire y le desagrede, y aparte de sobre él su enojo” (vs. 17, 18).

Esa es una sugerencia un poco extraña, ¿no? Si actuamos demasiado contentos porque nuestro enemigo está destrozado, Dios podría dejar de golpearlo tan sólo para enseñarnos una lección. ¿Deberíamos aparentar que no estamos festejando el fallecimiento de nuestro oponente, o sólo

celebrar dentro del ropero, donde Dios no pueda vernos?

En *What's So Amazing About Grace?* (¿Qué es tan asombroso acerca de la gracia?), Philip Yancey cuenta la devastante historia extraída del libro de Simon Wiesenthal, *The Sunflower* (El girasol). Allá por 1944, Segunda Guerra Mundial, Wiesenthal vio lo peor del nazismo. Él fue un prisionero de guerra en Polonia, y vio cómo las brigadas de Hitler mataban a su abuela. Ellos raptaron a su madre y la metieron de prisa en un tren de ganado que se dirigía a los campos. Se cuenta que él perdió algo así como 89 de sus parientes en el Holocausto. Él mismo trató de suicidarse en vano cuando fue llevado prisionero por primera vez.

Y hay un relato, una anécdota, en la que él está en un hospital alemán, forzado a ayudar a limpiar. Y lo mandan al lado de una cama de un nazi que se estaba muriendo, un hombre cubierto de vendas de pies a cabeza. Quiere confesarle a un judío, cualquier judío, sus pecados. Y en un tono áspero, Karl admite cómo él y sus compañeros nazis, en la ciudad de Dnyepropetrovsk, habían reunido a más de 300 judíos y los habían puesto en un edificio de tres pisos. Lo llenaron de gas y luego encendieron esa hoguera humana, disparándole a cualquiera que intentara salir del edificio en llamas. Fue una horrible y dolorosa escena, y ahora este soldado nazi estaba intentando confesarse. “En las últimas horas de mi vida tú estás conmigo”, gruñó. “No sé quién eres, sólo sé que eres judío y eso es suficiente”.

Y él quería que Simon Wiesenthal lo absolviera, lo perdonara. Sólo tres palabras: “Sí, te perdono”, hubieran enviado a Karl a una muerte en paz. Y Wiesenthal, parado allí con sus prendas de prisionero, con la estrella de David amarilla en su uniforme harapiento, no podía pronunciar esas palabras. No las *diría*. Sin emitir una sola sílaba, se dio vuelta y salió de la habitación. Los crímenes de este hombre, la maldad del Tercer Reich, la quema de esos 300 judíos, el asesinato de su propia abuela, todo eso era demasiado como para perdonar. No había caso.

Más de veinte años más tarde, Simon Wiesenthal le

escribió a muchos teólogos, obispos y rabinos, preguntándole acerca de ese recuerdo agonizante. "¿Qué debería haber hecho?", preguntaba. "¿Debería haber perdonado a ese alemán criminal por sus pecados?" Él recibió treinta y dos respuestas de esos religiosos. Sólo seis sugerían que quizá podría haber ofrecido el perdón. Otros señalaban que, moralmente, Wiesenthal sólo podía perdonar pecados cometidos contra él. Uno de ellos citó al antiguo poeta Dryden: "El perdón, *a la persona perjudicada*, de hecho le pertenece".

Y después Yancey resume de la siguiente manera: "Unos pocos judíos de los que fueron consultados dijeron que la enormidad de los crímenes nazis había excedido toda posibilidad de perdón. Herber Gold, un autor y profesor norteamericano, declaró: 'La culpa de este horror recae tan fuertemente sobre los alemanes de esa época, que ninguna reacción personal hacia eso es injustificable'. Otro dijo: 'Las millones de personas inocentes que fueron torturadas y asesinadas tendrían que volver a la vida antes de que yo pudiera perdonar'. La novelista Cynthia Ozick fue cruel: 'Dejen que el hombre de la SS muera sin confesar, o sea, sin ser absuelto. Dejen que vaya al infierno'. Un escritor cristiano confesó: 'Creo que lo estrangularía en su cama'".

Bien, esta historia parece estar mucho más allá de los límites de lo que la raza humana pueda alguna vez manejar. Excepto que esta gente sí lo manejó. Esto es lo que les pasó a ellos. Y lo relato aquí por dos razones. Primero, porque quizá coloca nuestras heridas triviales en perspectiva, la pequeñez de nuestro odio continuo con esa cierta persona. ¿Está nuestro odio realmente justificado? ¿No estaremos tal vez jugando DEMASIADO con nuestro insignificante resentimiento?

Pero este es el asunto más importante: ¿Es posible que algunas cosas *no puedan* ser perdonadas del todo? ¿Es el Holocausto tan grande, tan horrendo, tan inaceptable, que simplemente vacíe todas las reservas de gracia del cielo... y aún requiera más? Una vez pregunté en un programa de radio de Navidad si quizás el terrorista de Oklahoma, Timothy

McVeigh, sencillamente no podía ser redimido, ni siquiera por el cielo. Tal vez el Calvario mismo, ese sacrificio monumental por la raza humana, no sea suficiente como para lavar las injustas muertes de 168 víctimas inocentes. ¿Es posible que ni siquiera el presidente pueda perdonar *eso*?

En nuestra humanidad, quizás es comprensible que pudiéramos pensar así. Y confieso aquí que no conozco tu dolor. No sé quien te ha lastimado, ni a qué punto. Todo lo que sí sé es lo que la Biblia dice. Y cuando Juan el Bautista mira hacia arriba y ve a Jesús venir hacia él, dice sin duda: "¡Miren, este es el Cordero de Dios que quita el pecado del MUNDO!"

¿Cómo contraponer esa tarde de viernes en el Calvario con esa mancha de pecado universal que llamamos Holocausto? ¿La quema de esos 300 judíos? ¿El asesinato en la ciudad de Oklahoma de 168 hombres, mujeres, adolescentes, niños y bebés? Tú también has visto esa imagen, donde los bomberos sacaban a ese bebé muerto. ¿No es eso tan grande, tan monstruoso, que Dios mismo no lo perdonará o inclusive no pueda hacerlo?

Yo creería que es así, y tú creerías que es así. Pero la Palabra de Dios nos dice claramente que Jesucristo puede quitar todo pecado y lavar cualquier mal. Todos los pecados pueden ser perdonados, a menos que el pecador resueltamente de vuelta su rostro y rechace los llamados del Espíritu Santo.

Lo que eso significa es esto. Cada vez que una persona se aferra al odio, o retiene su bronca, está en esencia diciendo: el Calvario no es suficiente para esto. El cielo no es lo suficientemente grande. Dios no es lo suficientemente bueno o poderoso. La sangre de mi Salvador no es lo suficientemente potente como para cubrir este mal... y ese es el motivo por el que tengo que seguir echándole leña a este fuego por mí mismo eternamente. Si la venganza es necesaria, no puedo confiar en que Dios lo manejará; necesito permanecer en *este* trabajo por mis propios medios.

Si hacemos una afirmación espiritual de que el per-

dón es simplemente entregarle una persona a Dios –rendirle esa persona, sus malos actos, su resentimiento y su amargura a un Salvador fuerte–, entonces lo que está a prueba es tu *creencia* diaria y a cada hora de ese Salvador, en la fuerza de ese Dios. El perdón realmente prueba tu fe cristiana, tu conexión con Dios. ¿Es real que nuestro Dios “puede”, como dicen todas las canciones? ¿Podemos confiar en que él manejará la tiranía de nuestro enemigo, para devolverle el mal que estamos entregándole?

Es muy interesante notar que en Lucas 17, donde Jesús habla acerca de perdonar a otras personas, explica detalladamente que si alguien peca contra ti aun siete veces en un día, estás obligado a perdonarlo. Entonces Jesús sabía que experimentaríamos la furia en ebullición de los malos actos repetidos, de la insensibilidad diaria. Cristo sabía que vendrían situaciones donde esa cierta persona llegaría a nosotros, no con un horrible acto aislado de violencia o asesinato, *sino* que continuamente! Y sus instrucciones son claras: perdónalo. Perdónalo siete veces en el mismo día si es necesario.

Pero la siguiente oración es muy interesante. En el versículo 5 todos los apóstoles dijeron a una voz: “¡Señor, aumenta nuestra fe!”

Y tal vez digamos: “¿Eh? ¿Qué tiene que ver la fe con el perdón?” Y la respuesta es clara. A menos que tengamos fe en un Dios poderoso, a menos que hayamos puesto nuestras vidas, nuestros destinos y nuestra necesidad de venganza en *sus* manos, somos sencillamente incapaces de dejar ir a esa persona malvada. No podemos hacerlo.

Tal vez no lo elaboremos con tanta facilidad. Más probablemente, si tú eres como el resto de nosotros, sólo te aferras al odio porque disfrutas hacerlo; amas odiar. Y no abandonamos fácilmente las cosas que amamos. Pero el largo testimonio de la experiencia humana dice que ese odio que amamos se da vuelta y al final nos destruye.

Yancey comparte un último comentario: “El hecho de no perdonar me encierra en el pasado y cierra toda capaci-

dad de cambio. Entonces cedo el control a otro, mi enemigo, y me condeno a mí mismo a sufrir las consecuencias del mal. Una vez escuché a un rabino inmigrante hacer una afirmación asombrosa: 'Antes de venir a Norteamérica tuve que perdonar a Adolfo Hitler', dijo. 'No quería traer a Hitler dentro de mí a mi nuevo país' ”.

¿Tienes un Adolfo Hitler que dejar atrás antes de entrar a un nuevo país? Créeme, Dios es lo suficientemente grande.

Un punto más acerca de gritar y dar alaridos en su presencia. Volviendo al presidente, o algo así como un muchacho de Arkansas llamado Bill, tengo dos libros: uno de Bob Woodward, el otro de George Stephanopoulos; y ambos describen el temperamento del ex presidente. Stephanopoulos, a menudo en el otro extremo de la línea, llamaba “ataques morados” o “terremotos” a las rabietas de Clinton. O a veces tan sólo “la ola”. Cuando el presidente se ponía lo suficientemente furioso, podía estar uno a uno con el rey David, sin duda. “¡Lo quiero muerto, muerto!”, gritaba refiriéndose a un asesor incompetente. “Quiero que le den muchos latigazos”.

Y cuando caemos de rodillas para tener una “sesión de plegaria imprecatoria” con Dios, pensamos: “Tal vez no debería hacer eso. Tal vez debería hacer menos ruido, ‘cuidar mi vocabulario’ ”. Yancey también interviene en ese cuestionamiento: “Como muestran claramente los libros de Job, Jeremías y Habacuc, Dios tiene un alto umbral de tolerancia acerca de lo que está permitido decir en una oración”. Después de todo, una “jeremiada” es esencialmente eso: un ataque a gritos. “Dios puede ‘manejar’ mi furia no reprimida”, escribe Yancey. “Puedo llegar a descubrir que mis sentimientos vengativos necesitan de la corrección de Dios; pero sólo si llevo esos sentimientos a Dios voy a tener tal oportunidad de corregir y curar”.

Aquí es donde estamos. Tenemos un Presidente a quien llevarle nuestras frustraciones, un Líder con abundante experiencia. Especialmente en escuchar.

I4

Perdonar siete veces

JASPER, TEXAS. LARAMIE, WYOMING.* ESTOS SON NOMBRES QUE NOS RECUERDAN LA CRUELDAD, EL ODIO REPRIMIDO... Y AHO- RA LOS RENCORES ARDIENTES QUE NO SE VAN A IR PRONTO. ¿PUE- DEN SER PERDONADOS ESOS CRÍMENES? EN LA CRÓNICA POLICIAL HAY UN VIEJO CASO ENTERRADO QUE FUE SIETE VECES PEOR.

¿Hay algo que *ahora mismo* te esté costando mucho per- donar? Está bien; todos a veces tenemos que luchar contra la tentación de jugar con y atender a cierta "lista" mental.

Me gustaría darte la forma completa y la abreviada de lo que Vera Sinton sugiere como las principales cosas por las que una víctima podría legítimamente guardar rencor. La siguiente es su lista de siete cosas muy difíciles, las cuales serían una agonía perdonar... Y junto con esta hay una o dos ilustraciones como "fotos instantáneas" de cada una.

Nº 1. *Una injusticia llevada a cabo por fines políticos cíni- cos.* Mi primera reacción se retrotrae más de una década al pobre Michael Dukakis, cuya campaña presidencial fue dada

* En Jasper, un afroamericano (James Byrd) fue asesinado a mano de tres hombres blancos; en Laramie, un homosexual (Matthew Shepard) fue ultimado por dos jóvenes. A am- bos crímenes –junto con otros similares– se los consideró "crímenes de odio", porque fueron perpetrados por cuestiones raciales, culturales, etc.

vuelta por la publicidad del famoso Willie Horton. En su lecho de muerte, el operador político Lee Atwater confesó algo de arrepentimiento por la injusticia de esa publicidad de ataque racista.

Los historiadores recordarán que un tal Alexander Hamilton no consiguió que sus sentimientos se sobrepusieran a una discusión política. A su tiempo, allá por 1804, el vicepresidente Aaron Burr disparó y mató a Hamilton en un duelo. Comparado con el Sr. Hamilton, diría que Dukakis aprendió más bien fácilmente.

Este es el N° 2: *La destrucción envidiosa de un hombre a causa de su buena influencia sobre otros*. Nombres como Martin Luther King, h., o Mahatma Gandhi vienen a la mente en forma inmediata.

¿Y qué te parece esta? N° 3: *Ser traicionado por dinero por alguien en quien confiabas*. Entenderás que un predicador cristiano vaya directamente a esa gran historia antigua de la Biblia a cerca de José, quien fue vendido por sus hermanos. Y tal vez, en el reino de la ficción y Hollywood, pensaríamos quizás en Michael Corleone, cuyo teniente de confianza, el *capo*, Tessio, traicionó a su jefe a la familia Barzini. Ese no es un buen ejemplo, porque todos en esa historia estaban apuñalando por la espalda a todos los demás; la ropa sucia del Padrino estaba más sucia que la de nadie. Pero la ilustración de traicionar por dinero aún sigue allí.

Aquí tienes uno fuerte, el motivo N° 4 de Vera: *La deserción de un compañero cercano en un momento de riesgo, negando todo conocimiento de ti*. Tal vez haz leído el maravilloso libro de la Segunda Guerra Mundial, uno de mis favoritos, titulado *Flee The Captor* (Escape del captor), donde un joven cristiano llamado John Weidner ayudó a más de mil refugiados a escapar de los nazis. Pero hay una historia en ese libro sobre un hombre llamado Joseph Smit, quien liquidó toda la fortuna de su familia y se la dio a uno de estos “pasadores” (hombres encargados de pasar gente por la frontera), un hombre especializado en las rutas de la llamada resistencia para salir de Alemania y la Francia ocupada. Las cosas anda-

ban geniales hasta que justo en la coyuntura crucial, con los controles de alambres de púas más difíciles justo adelante y los gendarmes de la GESTAPO por todas partes, de repente, este “pasador” había desaparecido. Se había marchado... y con todo el dinero de Joseph Smit con él.

Afortunadamente, Weidner, como cristiano dedicado, se involucró y arregló todo, usando sus propios fondos y arriesgando su propia vida para ayudar a la familia a cruzar el límite a Suiza. Pero imagina ese sentimiento vacío e impotente de odio: sin plata, sin comida, sin amigos, y la persona que te había prometido quedarse contigo y ayudarte: DESAPARECIDA.

Aquí está la N° 5 en la lista de Vera Sinton, y recuerda que su libro lleva por título: *Who Can I Forgive?* (¿Cómo puedo perdonar?). ¿Te suena eso? *Aporrear a alguien por un poco de diversión*. Y aquí, en Norteamérica, nos avergüenzan hombres como James Byrd, h., y Matthew Shepard, quienes fueron torturados y asesinados por ser diferentes. Imagina las luchas que todavía están teniendo sus padres y parientes al tratar de resolver su odio, al tratar de entregarle a Dios el profundo dolor que hay en sus corazones.

La N° 6: *Permitir que un hombre inocente sea sentenciado a muerte*. También aquí, en los Estados Unidos, hemos tenido recientemente una ola de revocaciones de sentencias de muerte y escándalos policiales, ya que se descubre que los testigos han mentido y los oficiales de ejecución han fabricado evidencia. En Illinois suspendieron la sentencia de muerte después de descubrir que habían tenido doce ejecuciones y trece condenas capitales revocadas. “Ni siquiera hemos llegado a la mitad”, dijo el gobernador George Ryan al anunciar la moratoria. Pero imagina el enojo si alguien permitiera a sabiendas, deliberadamente y con premeditación, que se mantuviera firme una condena equivocada, y fuera tu hijo el que sujetaran con correas a una camilla para recibir la inyección letal.

Ahora el punto final en el catálogo de Vera. N° 7: *Estar parado mofándose de una persona que sufre un agudísimo dolor*. Y

volviendo al N°5, podríamos poner arriba del cartel de “Buscado” a Russell Henderson y Aaron McKinley de la ejecución de Laramie, y luego al trío de asesinos de Jasper, Texas: Lawrence Brewer, John William King y Shawn Allen Berry, quienes arrastraron a un hombre detrás de una camioneta y se reían mientras lo veían morir. Y por supuesto, a lo largo de las tristes páginas de la historia humana tenemos hombres como el infame Josef Mengele, el doctor cuyos hechos horribles están registrados en *The Rise And Fall of The Third Reich* (Surgimiento y caída del Tercer Reich). Mengele ideó “experimentos” que luego realizó en prisioneros judíos, viendo imperturbablemente, tomando notas, mientras hombres y mujeres eran objeto de las formas de tortura más crueles: por ejemplo, midiendo cuán rápido un hombre se congelaría hasta morir.

Y preguntamos una vez más, al pensar en esta lista: ¿Cómo podrías perdonar si tú, o alguien que amas, hubiera tenido que soportar inclusive una de estas siete atrocidades increíbles? ¿Cómo podrías entregarle una cosa semejante a Dios? ¿Cómo podrían estas palabras: “Padre, perdónalos”, tener algún remoto significado?

Bueno, podemos repasar toda esa lista de siete ofensas, siete bloqueadores del perdón, y darnos cuenta de que fue Jesús, más que nadie, quien soportó no una sino todas estas siete injurias.

Esta es, nuevamente, la lista de la vergüenza de Sinton. N° 1: *Una Injusticia llevada a cabo por fines políticos cínicos.* Ciertamente, así aconteció con Jesús. N° 2: *La destrucción envidiosa de un hombre a causa de su buena influencia sobre otros.* Ese fue precisamente el motivo por el cual los fariseos y saduceos estuvieron tan enojados con Jesús. N° 3: *Ser traicionado por dinero por alguien en quien confiabas.* ¿Te suenan las iniciales J. I., de Judas Iscariote? N° 4: *La desertión de un compañero cercano en un momento de riesgo, negando todo conocimiento de ti.* Y por supuesto, lo que Pedro le hizo a Jesús, tres veces antes de que cantara el gallo, casi define la palabra “negación”, ¿no?

Nº 5: *Aporrear a alguien por un poco de diversión*. Esta es la transcripción de lo que ocurrió en ese patio de Lucas 22:63 y 64, de acuerdo con la paráfrasis *The Message*: “Los hombres que tenían a cargo a Jesús comenzaron a ridiculizarlo, dándole bofetadas. Le vendaron los ojos y lo insultaban: ‘¿Quién te pegó esta vez?’ La estaban pasando estupendamente con él”.

¿Suena eso como un fantasma de Jasper, Texas?

Pasamos a la Nº 6: *Permitir que un hombre inocente sea sentenciado a muerte*. Eso se refiere precisamente a lo que hizo Poncio Pilato, lavando sus manos en aquel lavabo, al decir: “No me culpen a mí”. Pero aún tenía que firmar la orden oficial de la F.D.E., “Fecha de Ejecución”.

Y finalmente, la Nº 7: *Estar parado mofándose de una persona que sufre un agudísimo dolor*. Alrededor de la cruz, ese viernes por la tarde, los vendedores ofrecían gaseosas y Cracker Jacks* mientras las multitudes se reían a carcajadas de Jesús sobre la cruz. Lucas 23:35-37: “Y el pueblo estaba mirando; y aún los gobernantes se burlaban de él, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, el escogido de Dios. Los soldados también le escarnecían, acercándose y presentándole vinagre, y diciendo: Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo”. “Si eres un Rey, ¿dónde está tu ejército? ¿No van a venir a rescatarte?”

Mira, tú y yo jamás podríamos decir: “¡Mi carga es demasiado pesada como para perdonar! Está más allá de la gracia, más allá del perdón. Es demasiado”. Jesús pasó por esa prueba, el maratón de los siete ataques que despedazan el alma, cada uno de ellos injustificadamente. Y aún así él perdonó a la gente que estaba involucrada... ¡justo en ese momento! ¡Mientras los clavos estaban atravesándolo! Mientras la saliva golpeaba su rostro. Mientras las burlas sonaban en sus oídos.

Vera Sinton concluye esta lista de siete puntos y es-

* Marca de fábrica. Especie de galletitas dulces que se venden en los estadios de juego.

cribe: “Jesús, el Hijo de Dios, es la única persona sin pecado que haya vivido alguna vez. Mientras todas estas cosas le estaban ocurriendo a Jesús, él amaba a todas las personas que estaban involucradas, ofreciendo amistad a aquel que lo traicionó, advirtiéndole a sus compañeros del peligro que vendría. Desafió suavemente al gobernador que lo sentenció. Oró abiertamente por los soldados que estaban clavando sus manos y pies a una cruz”.

¿Y cómo? ¿Cómo cumplió Jesús sus propias palabras sobre perdonar siete veces, e inclusive 70 veces siete? ¿Cómo hizo para no sólo no alimentar un rencor, sino que de hecho nunca permitió que comenzara? Estaba perdonando al mismo tiempo que los pecados eran cometidos.

Bien, estamos en Lucas 23. Si el desafío está allí, tal vez la respuesta también. Y seguramente, si te diriges unos nueve versículos más abajo, allí está. Versículo 46: “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”

Ya sea que tú seas pariente de Matthew Shepard, o Coretta Scott King, o tan sólo alguien que ha sido estafado(a) por sus compañeros(as) de trabajo, esas siete palabras pueden realmente deletrear el fin de tu tormento interior. “Padre, pongo mi vida en tus manos”. “Padre, te entrego todo... a ti”.

15

Muerte a larga distancia en la Playa Omaha

“NO ODIABA A LOS JUDÍOS”, DIJO ÉL EN SUS ÚLTIMAS CONFESSIONES. ERA ALBERT SPEER, EL MINISTRO DE ARMAMENTOS DE HITLER. ESA ES UNA AFIRMACIÓN INUSUAL PARA UN ASESINO NAZI: “NO ODIABA A LOS JUDÍOS”. PERO LUEGO LA POSDATA: “ME ERAN INDIFERENTES”. Y ESA INDIFERENCIA, ESA DISTANCIA, CONVIRTIÓ A SPEER EN UN ASESINO DEL HOLOCAUSTO.

Hubo un artículo excepcional que apareció en la revista semanal de mi denominación, la *Adventist Review*. Y el título de Miroslav M. Kis es este: “Who Is My Enemy?” (¿Quién es mi enemigo?). Esa es una variante, por supuesto, de la parábola donde un hombre le preguntó a Jesús: “¿Quién es mi prójimo?”

El profesor Kis, que enseña teología y ética en la Universidad Andrews en Michigan, viene de una experiencia en el este europeo, en Ucrania, e introduce su artículo describiendo cómo solía vivir su familia en Croacia, Serbia y Bosnia. Y no encontró diferencias enormes, comparando los 25 años en que vivió allí con los 30 años de paz y prosperidad que ha disfrutado en el oeste. De hecho, escribe: “Todo lo que recordamos son las diferentes expresiones culturales de amabilidad”.

En otras palabras, así es la gente. Hay bien por todos lados y mal por todas partes. Bombas y ramos de flores en todos los países. Pero él continúa describiendo lo que hace un enemigo, lo que genera un rencor. Lo que le da pie a su artículo es esta frase: “Desarmar las paredes que nos separan”. ¿Cuál es el ingrediente que más construye esa pared? Y su respuesta es tan larga como una palabra: distancia. “La distancia es parte de la esencia del crear y mantener la hostilidad”, escribe. “Es casi imposible matar a alguien ‘de cerca’. La cercanía es casi siempre un antídoto para la enemistad”.

Quizás hayas visto la violenta película de guerra *Saving Private Ryan* [en español, *Rescatando al soldado Ryan*], dirigida por Steven Spielberg (1998). Es todo un retrato de enemistad, ¡de derramamiento de sangre! Esos primeros 25 minutos son probablemente el cuadro cinematográfico de guerra más brutalmente exacto que alguna vez se haya filmado. Pero la mayor parte del tiempo había mortandad a distancia: una ametralladora barriendo la arena y el agua de la Playa Omaha, Normandía, el 6 de junio de 1944. Podías observar a través de tu mira y ver una figura distante, y presionabas el gatillo, y la figura se derrumbaba en el agua empapada en sangre. Un personaje llamado Daniel Boone Jackson era un tirador certero y soldado norteamericano de Hickory Valley, Tennessee. Irónicamente, susurraba una plegaria silenciosamente: “Bendito sea el Señor por mi fuerza, que le enseñaron a mis manos a hacer la guerra y a mis dedos a luchar”, citando el Salmo 144, mientras mataba a un soldado alemán después de otro. Allí, en las escenas de la batalla final, este francotirador norteamericano estaba en la torre de la campana de una iglesia orando y disparando hasta que un tanque Tiger lo alcanzó. Pero fue una muerte a larga distancia, fue arte militar anónimo.

Mucho más aterradora fue la misericordiosa breve escena donde un alemán y un norteamericano están encerrados en combate mortal en el piso superior de un edificio bombardeado en Ramelle. Ahora ya no había distancia. Estaban ojo a ojo, agujereándose, despedazándose el uno al

otro. Y finalmente, lentamente, el alemán se inclina hacia su enemigo con un cuchillo, apagando la vida de un joven granjero a sólo quince centímetros de distancia. Y eso fue lo peor, porque esa clase de cercanía está en severo y horrible contraste con la distancia que uno usualmente necesita para odiar, luchar, mutilar y matar.

En este artículo de revista del Dr. Kis, él nos cuenta que la palabra bíblica *oyebh*, en hebreo, no se refiere solamente a un enemigo, sino que específicamente significa un enemigo o agresor que “viene de afuera para causar injuria personal o nacional”. Alguien que entra desde “allí afuera”, de la distancia, para herirte.

Y en tus propias relaciones personales, aún si tú y yo vivimos muy lejos de Bosnia, es el mismo problema: la distancia es lo que estimula nuestros rencores. Permitimos que nuestro odio ponga muchos kilómetros, por lo menos kilómetros emocionales, entre nosotros y la persona con la que estamos enojados. Donde una vez nos habíamos mirado ojo a ojo, y sentido cerca el uno del otro, y habíamos hablado y compartido abiertamente, ocurre un distanciamiento... y enseguida es fácil odiarnos. El Dr. Kis nos dice (y recuerda que él enseña ambas cosas: religión y ética, así que este es un campo de estudio de primera prioridad para él) que el primer escalón hacia la “formación de enemigos” es este: identidad. “Nuestra búsqueda por la identidad a menudo se mueve en una dirección negativa. Nuestra autoafirmación se forja a expensas de otro”.

Esta demanda negativa de identidad, escribe él, nos lleva cuesta abajo por cuatro malos caminos: “La distancia de las diferencias”, “La distancia de las burlas”, “La distancia de la difamación”, y “La distancia de la indiferencia”. Primero noto las cosas que son diferentes; tal vez caiga en una actitud de contar chistes étnicos. Luego comienzo a ridiculizar a esa persona que solía tener como amigo(a). Luego paso a la difamación, a insultar abiertamente. Y finalmente, la distancia de la indiferencia. Deja de importarme del todo.

Kis nos recuerda que el primer rencor de la Biblia

termina con Dios preguntándole a Caín: “¿Dónde está tu hermano? ¡Tu *hermano!*” Y Caín se encoge de hombros. “¿Cómo puedo saberlo? ¿Soy yo su guarda? ¡Déjame en paz!” Hablando de *Rescatando al soldado Ryan* y la Segunda Guerra Mundial, Kis cita lo siguiente de Albert Speer, quien sirvió como ministro de armamentos de Adolfo Hitler: “Si hubiera continuado viéndolos como seres humanos”, confiesa Speer, “no habría permanecido siendo nazi. No los odiaba. Sólo era indiferente hacia ellos”.

Eso hizo posible que los nazis en Auschwitz negociaran con una compañía química de las cercanías, I. G. Farben, que quería 150 mujeres para usar en un experimento. No pagaban más de 170 marcos por cabeza. Nota lo siguiente: no una “persona”, sólo una “cabeza”. Unas pocas semanas más tarde, otro memorando fue enviado. “Las pruebas fueron hechas. Todos los sujetos murieron. Nos contactaremos con ustedes a la brevedad para tratar una nueva carga”.

Escalofriante, ¿sí? Y comienza con una distancia. Éstas no eran mujeres, ni siquiera prisioneras. Sólo garabatos en una hoja de papel. Eran 170 marcos por cabeza. Los “sujetos”. Necesitamos “una nueva carga”. Cuando te permites a ti mismo guardar rencor, dejas que se forme distancia entre tú y tu enemigo; ésa es la dirección en la que te encaminas. Tú comienzas a conducir tu tanque hacia Auschwitz y los hornos.

Seré el primero en confesar que la “distancia” y la enemistad son cosas más bien confortables para nosotros. Es fácil empujar a alguien porque lo odias, y luego odiarlo porque está lejos. Es difícil ir hacia alguien, cuando pronto podrías poner algunos océanos separándote, y decir: “Mira, ya es suficiente. Me equivoqué. No quiero odiarte ni que me odies a mí. No quiero ser un *oyebh*, un enemigo de afuera, o continuar pensando en ti como tal. ¿Podríamos acercarnos? ¿O por lo menos dar un paso el uno hacia el otro, intentar entendernos mutuamente?”

Volviendo al primer siglo después de Cristo, por supuesto, había una cierta cantidad de enemistad entre los ju-

díos y los no judíos. “Distancia” era su palabra favorita por aquellos tiempos, tal como la adoptamos hoy, no sólo en el Medio Oriente sino también en nuestros propios vecindarios. En *The Message*, la paráfrasis de la Dra. Eugene Peterson de Efesios 2:13 y 14 menciona explícitamente esta misma idea de distancia: “El Mesías ha remediado las cosas entre nosotros para que ahora estemos juntos en esto”, el gran plan de salvación de Dios, “los no judíos de afuera y los judíos de adentro. Él derribó la pared que nos mantenía distanciados el uno del otro. Revocó el código legal que había pasado a ser muy pesado por las cláusulas con letras chicas y las notas al pie de las páginas que entorpecían más de lo que ayudaban. Entonces él comenzó todo otra vez. En lugar de continuar con dos grupos separados por siglos de enemistad y sospechas, él creó una nueva clase de ser humano, un nuevo comienzo para todos”.

Nota lo siguiente: “La pared que nos mantenía *distanciados* el uno del otro”. Aquí tienes un poquito más: “Cristo nos unió a través de su muerte en la cruz. La cruz nos hizo aceptarnos, y ese fue el fin de la hostilidad. Cristo vino y predicó la paz a ustedes, los de afuera, y paz a nosotros, los de adentro. Nos trató como iguales, y entonces nos hizo iguales. A través de él ambos compartimos el mismo Espíritu y tenemos el mismo acceso al Padre”.

Esa es una teología que nos deja pasmados, seguramente. Pero piensa en esa persona que odias tanto, y en el rencor tipo Gran Cañón del Colorado que se ubica justo en el medio. ¿Es esa persona salva por la cruz, igual que tú? Sí. ¿Tiene esa persona el mismo acceso al Espíritu Santo que tienes tú? Sí. El mismo acceso al Padre, igual que tú, ¿no? Sí. ¿Lo ama el Padre como te ama a ti? ¿Murió Jesús de la misma forma por él como por ti, derramó su sangre por ambos, a pesar de la barrera actual? Y por supuesto, ese árbol genealógico en tu vieja Biblia Reina-Valera te dice claramente que cualquier par de personas que tengan el mismo Padre... son hermanos. O hermano y hermana.

Por eso Pablo escribe: “Cristo nos unió a través de su

muerte en la cruz. La cruz nos hizo aceptarnos" ... Por lo menos, se supone que nos hace aceptarnos. Suena brutal decir, y miro con culpa mi propio corazón, que no debería haber rencores –ninguno, ni siquiera uno, cero– entre el pueblo de Dios. Guardar un rencor es negar el poder de la cruz. Es tan sencillo como eso. Que Dios tenga misericordia de todos nosotros, al alejarnos de Auschwitz y dirigirnos al Calvario.

Cobrando *fuerzas* de la tormenta

¿PERMITIRÍA DIOS QUE TUVIERAS UN ENEMIGO POR ALGÚN PROPÓSITO? ¿UNA PEQUEÑA HERIDA AHORA, PARA PREPARARTE PARA UN TERREMOTO DE DOLOR DENTRO DE UN AÑO? EN VEZ DE GRITAR AL CIELO: “¡DIOS, POR FAVOR, QUITA A ESTA HORRIBLE PERSONA DE MI VIDA!”, TAL VEZ DEBIÉRAMOS PREGUNTAR EN SU LUGAR: “SEÑOR, ¿QUÉ ESTÁS INTENTANDO ENSEÑARME?”

La gente lo llamó “el niño obispo” cuando recibió ese alto título a la joven edad de 38 años. Más tarde, a los 68, iba a recibir el nombre informal de “Cardenal superior de Norteamérica”. Joseph Bernardin era el arzobispo de Chicago más amado, y había una buena cantidad de católicos que pensaban que él bien podría convertirse algún día en el primer Papa norteamericano.

Tengo un maravilloso libro escrito por un amigo del cardenal, Eugene Kennedy. Los dos hombres tomaron caminos muy diferentes: Bernardin escalando posiciones, agregando más y más influencias a su currículum vitae, mientras Kennedy, que había sido su sacerdote compañero, con el tiempo dejó el sacerdocio para casarse. Y Kennedy, en esta biografía conmovedora, titulada *My Brother Joseph* (Mi her-

mano Joseph), habla con respeto de la tranquila fuerza que Bernardin poseía. “Yo aprendería bien de cerca, a lo largo de 30 años, cuando nadie más estaba mirando, cuán profundamente valiente era”, escribe Kennedy, “en un suave estilo no argumentativo que permeaba la fuerza extensible de su carácter”.

Kennedy descubrió de primera mano esa “fuerza extensible”, queriendo decir fuerza que puede enfrentarse al estrés y la tensión, fuerza que puede doblarse pero no quebrarse. Cuando él quería dejar el sacerdocio católico para casarse con su “Sally”, la Dra. Sara Charles, la mujer de la que se había enamorado, necesitó que Joseph Bernardin lo ayudara con los procesos formales de laicismo de la iglesia, las peticiones necesarias para dejar sus votos sacerdotales. Y Joseph amablemente dijo que lo ayudaría dentro de los límites de su oficio. Pero eso sería complicado; tomaría mucho tiempo, y ciertamente había asuntos políticos involucrados en todo eso.

Entonces Kennedy se inclinó a él con un pedido muy, muy difícil. “Podrías casarnos”, dijo; un pedido que estaría claramente fuera de los límites de las leyes de la iglesia. Y Kennedy escribe: “Lo había forzado a ir por ese camino dañino en el que la verdadera amistad chocaba con las responsabilidades juradas”.

Luego de sólo un momento, este hombre fuerte y apacible movió su cabeza en forma negativa. “No puedo hacer eso. Aun si lo quisiera, no puedo hacerlo”. Y él explicó que tenía una lealtad más alta hacia su iglesia y sus enseñanzas.

Aun como cristiano protestante, reconozco a la gente que es fiel a lo que siente que son las doctrinas y los credos de su familia eclesiástica. Pero hay otra lección para aprender de la vida de este notable siervo de Dios. Primero, llevó adelante un escándalo público cuando la gente lo acusaba de ayudar a derrocar a su predecesor, el Cardenal Cody. Después una granada más grande: el 12 de noviembre de 1993, en la Corte distrital de EE.UU., el distrito sur de Ohio, Divi-

sión Occidental, el caso N° 0-1-93-0784 fue archivado a nombre de un querellante, Steven Cook, quien alegaba que el Cardenal Joseph Bernardin había abusado sexualmente de él cuando Steven era menor de edad.

Puede ser que recuerdes la historia porque sacudió a la nación por un tiempo. ¿El arzobispo de Chicago? ¿Importunando a un joven confundido, tan sólo un adolescente?

Pero el Cardenal Bernardin respondió con honestidad, amor cristiano franco. Él oró al atravesar esa crisis. Respondió pacientemente las preguntas que lo insultaban por parte de los periodistas. De hecho se sentó y escribió una carta personal al mismo hombre que lo estaba acusando: Steven Cook. "Debes estar sufriendo mucho. La idea de que sería bueno que te visitara personalmente vino a mí ayer por la mañana. El objetivo de la visita sería estrictamente pastoral, para mostrar mi preocupación por ti y orar contigo".

El circo de los medios de comunicación duró más de tres meses, 108 días para ser exactos, antes de que Steven Cook retirara los cargos que había hecho en la Corte. Ninguno de ellos era cierto, y Bernardin se paró frente a los micrófonos en Chicago y le dijo a los reporteros: "*Deo gratias*, gracias a Dios".

Piensa en la oportunidad que podría haber sido eso como para que naciera el rencor más grande de todos los tiempos. Una falsa acusación. El escrutinio público: más tarde Kennedy le dijo a su amigo Joseph que él era muy probablemente "el hombre más investigado de Norteamérica, y el hombre con la cuenta más limpia; nadie había sido capaz de encontrar algo contra él". Bernardin podría haber sido perdonado ciertamente si hubiera hervido de rabia, albergado rencor contra Steven Cook y por su ambicioso abogado, Steven Rubino, y el sacerdote canalla, Charles Fiore, quien había ayudado a avivar las llamas. Pero no. Sin rencor. Sin resentimiento. Sin atender las heridas. Nada más que oración, bondad y honestidad.

Sin embargo, la frase pegadiza que significa tanto es esta: "Joseph aceptó la tormenta", escribe Kennedy, "como

parte de lo que Dios le pedía que experimentara como una condición de su servicio a la Iglesia. No entendía lo que la Providencia le estaba preparando, que se aclaró... más tarde, pero hizo de la confusión el fundamento de su vida espiritual en vez de maldecir la injusticia de que eso le hubiera tocado a él. Ahora comenzaba cada día con una hora de oración, y su calma surgía del estar seguro de que se entregaba a la voluntad de Dios, sin importar lo que ocurriera”.

Ahora, ¿de qué se trata todo esto? Alrededor de un año más tarde, Joseph Bernardin fue golpeado con un cáncer de páncreas. Un cáncer que crecía rápidamente. Sin importar lo que hicieran, y los doctores sugerían algunas ideas útiles, sería este cáncer el que terminaría con su vida. Kennedy escribe: “Parecía tan injusto (tan engañoso como esta enfermedad que había entrado en él como un espíritu del mal) que Joseph, quien recién había atravesado la peor de las pruebas, tuviera que traspasar el aro de papel de un circo cruel sólo para encontrarse con la muerte, a filo de garras y animales sueltos, esperando por él”.

Y dos años más tarde, el 14 de noviembre de 1996, Bernardin —*Mi hermano Joseph*— se fue.

Pero esto es lo que toda esta historia significa para nosotros hoy. Sucede una situación que es muy injusta. ¡Lo es! ¡Es injusta “en tu propia cara”! Y tienes que tratar con eso cada día, cada hora, con toda esa injusticia: cómo esa otra persona sale impune después de haberte herido; cómo ellos reciben las bendiciones que tú mereces, mientras tú terminas con el desprecio que debería ser aplicado a ellos. Entonces eres tentado a guardar rencor, a atender tus sentimientos heridos, a pensar en diferentes formas de tomar revancha. Por supuesto que lo haces. Todos queremos reaccionar así.

Pero qué imagen encontramos en esta pacífica historia, donde un hombre de Dios mira a las cámaras de televisión y ve sus fotos salpicadas en todas las tapas de cada diario importante, llenas de mentiras, y se dice a sí mismo: “¿Qué estará preparando la Providencia para mí? ¿Qué

quiere Dios que aprenda? ¿Por qué el cielo está permitiendo que reciba esta disciplina espiritual?”

Sé de gente que ha disfrutado vidas buenas, prósperas y bien ordenadas... excepto por una cierta persona en su esfera. Una persona que los hiere. Una persona cuya conducta siempre preocupa sus almas. Una persona que es injusta e insensible. Y por años simplemente tienen que manejarlo: ya sea en su lugar de trabajo, en la iglesia o en la familia. Y en vez de maldecir e irritarse y permitir que el rencor ocupe una cama cara en la sala de emergencias del centro de sus mentes, simplemente le preguntan a Dios en oración: “¿Padre, qué es lo que quieres que aprenda de esto? Estoy listo para sentarme a tus pies y ser instruido a través de esta experiencia. Abre mi mente para descubrir y desarrollar los rasgos de carácter: paciencia, oración, perdón, un corazón que entienda a otros, o lo que sea; aquello en lo que tú ves que aún necesito más ayuda para armonizar”.

Y en algunos casos, es simplemente cuestión de endurecerse. Es dejar que esas olas turbulentas rueden sobre ti mientras tratas de ponerte de pie contra las corrientes de la crueldad y las acusaciones. Como Bernardin, ahora te encuentras orando una hora por día, en vez de cinco minutos. Haces de esta “confusión el fundamento de” tu vida espiritual.

Job llegó a ese punto, cuando finalmente dijo sobre Dios: “Aunque él me matare, aún confiaría en él”.

Pedro llegó allí. Después de pasar las pruebas de su falla al caminar sobre el agua –y eran olas impetuosas– y de su negación de Jesús, finalmente estaba preparado para las batallas reales que le hicieron frente en la Iglesia cristiana primitiva. Más tarde, en su primera Epístola, escribió esto: “En lo cual [la herencia de Dios para nosotros] vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Je-

sucristo" (1:6, 7)

Lewis, al escribir a esa mujer norteamericana cuyo segundo nombre parecía ser Rencor, comparte esta frase de ánimo: "Es muy difícil creer que toda la indignación que uno siente simplemente está mal; pero supongo que uno debe aferrarse a lo que dice el texto: 'La ira del hombre hizo que no operara la justicia de Dios'. Supongo que uno debe seguir recordando que siempre hay algo muy profundamente malo dentro de un hombre". Ahora observa esto de cerca: "Para usted sólo puedo esperar –y los párrafos de su carta confirman mi esperanza– que a través de todo esto esté siendo llevada más cerca de Dios de lo que podría haber estado de otra forma".

¿No te gustaría estar más cerca de Dios? ¿Tener, como Joseph Bernardin, esa calma, esa "fuerza extensible"? A veces sólo tomamos fuerzas al pararnos contra el viento... cuando *hay* viento.

17

Matemática *absurda*

LAS MATEMÁTICAS DE ESTE MUNDO DICEN: "DEVUELVE TODO CON LA MISMA MONEDA". SI ALGUIEN TE HIRIÓ POR \$ 20, ENTONCES TÚ LE DAS OTRO TANTO DE VUELTA. NO DESCUENTAS TU REVANCHA NI SIQUIERA EN 5 CENTAVOS. TIRO A LA CABEZA POR TIRO A LA CABEZA, Y OJO POR OJO. PERO ESTAMOS A PUNTO DE GRADUARNOS DE UN SISTEMA COMPLETAMENTE NUEVO DE MATEMÁTICAS.

El béisbol profesional es un universo en el que los conceptos de rencor y obtener revancha prosperan en forma imponente. En el picante libro acerca del béisbol de George Will, *Men at Work* (Hombres trabajando), él entrevistó al entrenador Tony LaRussa, quien era, en ese momento, el capitán del equipo de los "A" de Oakland. Y LaRussa confesó bastante animadamente que había una ciencia precisa, una matemática, en la idea de vengarse. Es sabido comúnmente que si el lanzador del equipo opuesto golpea a uno de tus bateadores, si lo voltea con un lanzamiento, tú vas a vengarte. ¿Vas a perdonar a ese muchacho y dejarlo escapar así porque sí? No seas estúpido.

¿Pero qué ocurriría si tu muchacho cae desplomado, y esto ocurre en la octava entrada de un partido crucial donde estás ganando por tan sólo 2 a 1? Todo lo que necesitas conseguir son tres salidas más. ¿Realmente vas a arriesgar el juego en sí mismo por pegarle a uno de esos

tres bateadores, poniéndolo al muchacho en la base, sólo para “vengarte”?

“¿Quién debería decidir si hay que tomar represalias?”, se le pregunta a LaRussa, y éste responde: “Tiene que ser el director técnico. A veces caminas hasta donde está el jugador de tu equipo que fue golpeado y le dices: ‘Realmente creo que este individuo te disparó’. Pondremos a alguien en esa primera entrada mañana”.

Hay algo más en esta maravillosa matemáticas del béisbol de la Liga Mayor [campeonato nacional]. “LaRussa es exigente en cuanto a la proporcionalidad del castigo”, escribe George Will, porque él dice: “Intentas equipararlo lo mejor que puedes. Si ellos atacan a tu gran productor, entonces tú atacas al mejor productor de ellos. Si ellos atacan con un tiro débil a Juan Pérez (quien hace años solía jugar para los “A”) y el jugador de ellos que ocupó la segunda base no es un jugador supremo, ese no es el hombre. Si alguien le tira a Walter Weiss, entonces buscas su novato más prometedor o su jugador de segundo año que es una gran estrella”.

En otras palabras, tienes que devolvérsela golpeando a un jugador del mismo calibre del que se lastimó de tu lado. Súper estrella por súper estrella, jugador de segunda base por jugador de segunda base, novato por novato. Según esa teoría, si Juan Pérez fue golpeado en la séptima entrada, y yo era Sammy Sosa llegando a batear en la siguiente entrada, lo llamaría tan pronto como pudiera. Es que la matemática del béisbol dice que no voy a hacer un lanzamiento, voy a *golpear*.

Es bastante entretenido leer esto, y te preguntarás quién lleva los registros: “Ah, Skip, le debemos a los Marineros un chirlo y un pelotazo en el hombro de alguien durante este juego. Eso quedó pendiente de la temporada pasada cuando nunca se la pudimos devolver”. Y esa clase de cosas. ¿Pero cuán a menudo vivimos de esta misma forma en nuestras propias vidas lejos de los caminos hacia las bases? Si alguien te ensucia al nivel de 50 dólares, ¿no piensas

en alguna manera de devolver exactamente ese mal? ¿Cinuenta por cincuenta? Como el personaje de ficción George Constanza, quien dice al empleado de la farmacia en la serie de televisión *Seinfeld*: "Esto no está terminado. Tienes mis 10 dólares. Puedes creer que se acabó, pero no es así. Voy a recuperar ese dinero". Y él dedica cada momento despierto a concebir una venganza de un valor de 10 dólares contra ese negocio, ya sea robándolo o haciendo cualquier otra cosa. Si tu enemigo te insulta, pesas cuidadosamente cuánto dolor exacto te ha causado, y quieres lastimarlo de esa misma forma... si no un poco más. Perezoso por perezoso, novato por novato. Y como ya hemos descubierto, esta estructura matemática simplemente no funciona. Deja a todos magullados y estropeados, en cuerpo y alma. Las matemáticas de la revancha son una falla universal, y en nuestros corazones sabemos que es así.

Sin embargo, permíteme llevarte hacia atrás, justo donde comenzamos: al increíble libro cristiano *Dead Man Walking*, escrito por la Hermana Helen Prejean. Un hombre llamado Lloyd LeBlanc atravesó el horror de perder un hijo. Nadie sabía dónde estaba David, ni lo que le había pasado. ¿Estaba simplemente perdido? ¿Secuestrado? Pero entonces llegó el espantoso llamado de la policía. "Creemos que hemos hallado el cuerpo del chico". Algún monstruo maligno sin nombre ni rostro, en algún lugar allí afuera, había hecho eso: asesinado a su hijo. El amor de su vida, la luz de su existencia... se había ido.

Ahora, de acuerdo con las matemáticas de los "A" de Oakland, y los otros 29 clubes de béisbol, y el mundo, Lloyd LeBlanc tendría sólo una opción: odiar y hervir de furia hasta que llegara el día maravilloso en que él mismo pudiera enterrarle un cuchillo a Patrick Sonnier y ver su vida extinguirse poco a poco. Hasta el día en que pudiera tomar un arma y pudiera volarle la cabeza a ese miserable canalla. Hasta el día, 5 de abril de 1984, cuando pudiera ver cómo los oficiales de la Penitenciaría en Angola presionaban el interruptor que electrocutaba al interno N° 95281. Esa es la

matemática del mundo; esto es lo que obtuvo este padre dolido. Sonnier mató a mi niño; ahora voy a tomar parte mental, moral y espiritualmente en querer verlo muerto. Vida por vida, dolor por dolor, lágrima por lágrima. Me voy a vengar; voy a equilibrar la balanza.

Pero recuerda, el Sr. Lloyd LeBlanc era un cristiano, no un lanzador de los "A" de Oakland. Se supone que la matemática del evangelio era diferente para él. Sin embargo, sigue leyendo si no viste la película, y trata de imaginar la escena en tu mente. "Lloyd LeBlanc dice", escribe la Hermana Helen, "que cuando él llegó con los representantes del comisario, allí en el cañaveral, para identificar a su hijo, se arrodilló al lado de su hijo, 'yaciendo allí con sus ojitos saltones como balas', y rezó el Padrenuestro".

¿Puedes visualizar eso? Papá arrodillado en el polvo sobre el cuerpo sin vida de su niño. Y en lugar de pensar en la revancha, en matar, él comienza a rezar el Padrenuestro. Es un buen católico, y las palabras del Padrenuestro son las que gobiernan su vida. Por lo menos se supone que debe ser así. Y entonces comienza: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre".

Sería difícil en ese momento no caer en el polvo y en lugar de eso gritar al cielo: "¿Padre mío? ¿Dónde estabas, Padre, cuando esto ocurrió? ¿Por qué permitiste que mi niño muriera? ¡Maldito seas!" Pero Lloyd ora. "Santificado sea tu nombre. Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy el pan nuestro de cada día..."

Y no puedo imaginar la pausa universal que debe haber seguido a continuación. Los ángeles deben haberse inclinado; Jesús se debe haber acercado bien cerca; Dios mismo habrá bajado del cielo a ese cañaveral para escuchar a ese hombre increíblemente valiente. ¿Recurriría a la furia, la amargura del odio, a las matemáticas callejeras de este mundo hastiado de batallas? ¿O Lloyd LeBlanc terminaría su plegaria? Y luego de un momento, después de esa pausa elocuente, ese momento tan horrible de evaluar el costo, el

Sr. Lloyd LeBlanc continuó: “Y perdona nuestros pecados... como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

Él lo dijo. Realmente lo dijo. De hecho, no lo conté bien, porque Helen Prejean dice que cuando Lloyd llegó a esa línea, *no se detuvo ni se equivocó*. “Quienquiera que sea que haya hecho esto, lo perdono”, dijo él. El 5 de abril de 1984, medianoche en la cámara de ejecución de la Penitenciaría de Angola, cuando Patrick Sonnier, unos momentos antes de su muerte le dijo: “Sr. LeBlanc, quiero pedirle perdón por lo que Eddie y yo hemos hecho”, este hombre cristiano asintió con la cabeza, “señalando un perdón que él ya había otorgado”.

Y aquí, en el cierre de nuestra difícil aventura juntos, amigo(a), supongo que sólo quiero decir esto: La Biblia no nos invita a perdonar porque nos hará más felices. A usar el perdón como técnica para hacerle frente al problema; un juego mental, una táctica psicológica de resolución del conflicto. Leí lo que este hombre cristiano hizo en ese cañaveral, y me doy cuenta de que estamos siendo invitados realmente a mudarnos a un reino completamente diferente. Es tan *shockeante* como eso. “Padre, perdónalos”, es el fundamento eterno de un reino diferente... un reino que no es de este mundo. Y se nos invita a mudarnos a ese asombroso lugar.

Hace unos años acepté el desafío de escribir acerca de algunas de las mejores parábolas de Jesús en siete semanas. Descubrí que esas historias enseñan, una y otra vez, las matemáticas de un reino lejano. Un muchacho trabaja una hora y recibe el pago de un día completo: así es la matemática del cielo en el reino celestial. Un hijo pródigo despilfarra por completo la fortuna de su padre, pero es perdonado; consigue una nueva fortuna. Las matemáticas del cielo en el reino celestial. Gente sin dinero, sin esmoquin, sin entrada, todos invitados a una fiesta de boda de etiqueta. La matemática del cielo. El primero será el último y el último primero. Matemáticas del cielo. Te clavan clavos en tus manos y pies: “Padre, perdónalos”. Matemáticas del cielo en el

reino celestial. Tus peores dolores y odios entregados a un Padre fuerte: "Papá, encárgate tú de esto". Eso es lo que puedes decir cuando pasas a ese reino maravilloso, distante y diferente.

Y nunca querrías ir a vivir allí, y decir: "Padre, perdónalos", a menos que estuvieras seguro de que Papá puede encargarse de eso.